This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

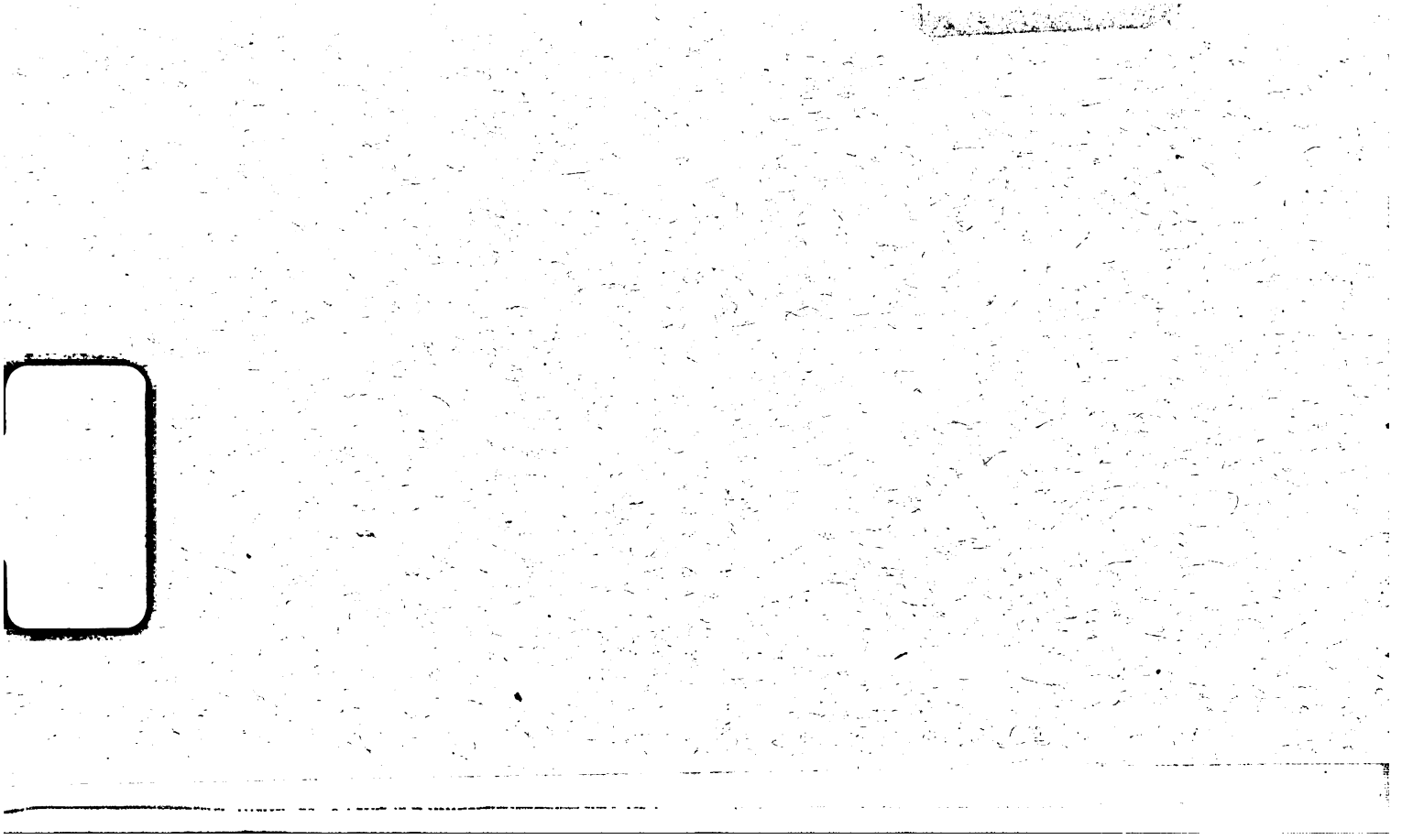
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

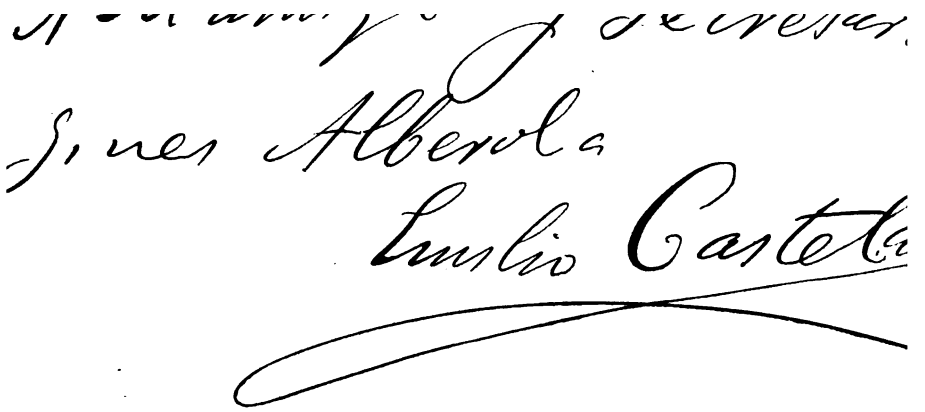
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08242423 9





LAS

GUERRAS DE AMÉRICA

Y EGIPTO.

8210

LAS

GUERRAS DE AMERICA

Y EGIPTO.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

POR

EMILIO CASTELAR.

MADRID:
OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
CALLE DE CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXXIII

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS
1915

Es propiedad.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID, 1883.—Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa.—Paseo de San Vicente, 20.

LA LIBERTAD

Y LA

GUERRA DE AMÉRICA.

Los grandes continentes responden á los tres términos del silogismo, á las tres fases del tiempo, á lo que llaman los hegelianos, en lengua un tanto extraña, la trilogia del pensamiento. Asia y África son las tierras de lo pasado; Europa y sus islas y archipiélagos, las tierras de lo presente; América y la Oceanía, las tierras de lo porvenir. Miéntras en el primero de los continentes la Historia lo domina todo y la religion todo lo regula, subsistiendo en las cimas de las sociedades el despotismo y en las bases la casta, cual subsisten los ejemplares arqueológicos en un museo moderno, se ve por Europa, en todas sus instituciones y en la combinacion que forman, el paso de unas edades á otras edades del mundo, y en América, en

aquella naturaleza vírgen, se descubre el escenario grandioso de una nueva sociedad y en aquellas numerosas repúblicas los organismos de un nuevo y progresivo espíritu. Por tal motivo, ni se pueden juzgar á derechas los imperios asiáticos todavía subsistentes con el criterio de los americanos, nacidos para la libertad; ni se puede juzgar América, la tierra de la democracia y de la República, con el criterio de los que recibimos aún sobre nuestra conciencia libre y nuestros derechos reconocidos la sombra letal de antiguas y colosales ruinas. Así entendimientos de primera magnitud han confundido nuestro estado político y social con el estado político y social de América; y al confundirlos, se han visto desmentidos en sus anuncios y burlados en sus proyectos y en sus cálculos. Nadie desconocerá en España la claridad de ideas que distinguia el alma verdaderamente lúcida de nuestro gran orador Sr. Pacheco; y sin embargo, despues de haber abordado en tierras de Méjico y visto el grandioso espectáculo de la jóven América, decia, sin vacilaciones, en el Senado español, allá por mil ochocientos sesenta y dos, que desde la Patagonia hasta el Potomac iba todo el continente americano á producir una serie de fuertes y duraderos imperios. Nadie se cansa de admirar los talentos oratorios y económicos del gran Gladstone, el cual reune, como pocos, en su

vasta mente, desde las ideas más abstrusas de la Metafísica hasta las nociones más prácticas de la Hacienda; y sin embargo, creia, durante la guerra de América, en la victoria del Sur sobre el Norte y en el rompimiento de la gran federacion anglo-sajona.

Estos errores manifiestos de entendimientos tan grandes provienen, sin duda, de ideas adquiridas en el medio social en que se vive, como ciertas enfermedades del cuerpo provienen de miasmas recogidos en al aire que se respira. Quien escribe estas líneas, incapaz en su humildad de compararse ni medirse con tan claros ingenios, adivinó en los conflictos americanos, por el criterio democrático que le esclarecia, todo lo porvenir. Para mí jamas fué dudoso el triunfo de la unidad en los Estados-Unidos y el vencimiento y destruccion de los esclavistas y de los negreros. Con los ojos de la esperanza veia el pabellon americano, entre el humo de los combates y el vapor de la sangre, conservando, como un cielo sereno, todas sus estrellas, que llevan á la conciencia de los oprimidos la luz, y á los corazones el calor de la libertad. El 15 de Abril de 1864 escribia yo en el periódico *La Democracia* estas palabras sobre la guerra de los Estados-Unidos, anunciando con toda seguridad la disputada victoria: «Los puritanos fundaron la colonia; los grandes hombres del siglo úl-

timo, la República; pero Lincoln las ha santificado. Merced á los primeros, la libertad de la conciencia humana tuvo un templo; merced á los segundos, la democracia ha tenido una tierra fecunda donde realizar su ideal y producir sus maravillas; merced al tercero, ni una nube empañará ya las americanas estrellas. El negro no oirá los chasquidos del látigo, y la negra no engendrará sus hijos para el mercado. Cinco millones de bestias de carga se convertirán en cinco millones de hombres libres. Las últimas cadenas del eterno pária, que ha cruzado ¡pobre Abel! la tierra con el alma extinta, se romperán para siempre entre las manos de un hombre que ha sabido ser fuerte.»

Pues exactamente lo mismo sucedióme con la intervencion europea en Méjico. Aquí parecia segura la victoria del nuevo Imperio sobre la herida República. La diplomacia entera, con maravillosa uniformidad, sustentaba la tutela del antiguo sobre el nuevo Mundo. La estrecha inteligencia entre Francia é Inglaterra era como prenda segura de victoria.

El César, que desde las Tullerías dirigiera á Europa, se levantaba en la capital de nuestro continente con aire de omnipotencia, para sujetar á la nueva España, ya que su predecesor no habia podido sujetar á la vieja en nuestra guerra de la Independencia. La casa de Austria daba el más

brillante de sus príncipes al nuevo reciente trono. Un grito de júbilo se oia en todas las córtes y entre todos los cortesanos, y al eco de aquellos gritos de júbilo escribia yo las siguientes palabras el 29 de Enero de 1864 : «Las ideas de una edad que vivifica las instituciones progresivas y mata las instituciones reaccionarias, envenenará el Imperio mejicano, y dentro de poco quedará de él ¡ah! lo que hoy queda del Imperio de Itúrbide.» Y en el mismo escrito, hablando de Napoleon III, decia : «Bájo la corona de Napoleon y de Carlo-Magno se oculta el calavera de Estrasburgo, y su águila, tan temida, es aquella águila domesticada como una gallina, en cuyas alas rotas pretendió subir al Imperio. Cuando se conquista un Estado que es una república, no hay más remedio, para retenerlo, que destruirlo. Un Estado que es republicano prefiere siempre las tempestades de una revolucion procelosa al silencio y á la paz sepulcral del despotismo. El que conquistando un Estado que fué libre no lo aniquila, será aniquilado. La rebelion es eterna en esos pueblos mal sujetos y de contínuo excitados por el recuerdo de las antiguas instituciones y el amor inextinguible á la libertad que exacerba el nuevo amo, si es déspota, con crueldades que sublevan; si es bueno, con beneficios que humillan. Pero, sobre todo, la mayor torpeza que se puede cometer en el mundo es la de

conquistar un Imperio para otro, es la torpeza de los Colonnas y de los Orsinos conquistando ciudades italianas para César Borgia, su enemigo; es la torpeza de Luis XII conquistando Nápoles para Fernando el Católico, su rival; torpeza mayor en Bonaparte, que tiene la experiencia histórica y sabe que la casa de Austria es su enemiga, y por tanto no desconoce el axioma de Maquiavelo : «Es un »error creer que los servicios recientes hagan olvi»dar á los poderosos las antiguas injurias.» En semejante empresa, el único vencido será el Emperador. Para Napoleon I, España; para Napoleon III, Méjico.» Y en 21 de Abril de 1864 decia yo, hablando del infeliz Maximiliano : «Tal vez sea la víctima escogida por la Providencia en esa expiacion tremenda que á cada paso nos enseña la Historia; la víctima escogida para pagar todas las tiranías de su raza.» Tres años más tarde, en Julio de 1867, se habia cumplido este trágico pensamiento.

Cito estos anuncios, no ciertamente para envanecerme con ellos, sino para decir á los jóvenes pueblos americanos cómo el interes que tengo por su suerte ilumina y esclarece mis juicios. Y un deber de conciencia me obliga hoy á decirles que todos los amantes de la libertad en Europa reprueban á una el terrible choque, nunca bastante sentido, entre las repúblicas del Sur. Á la lectura de esos combates homéricos por mar y por tierra,

cuando el telégrafo nos anunciaba esos encuentros en que las aguas marinas hervian bajo el fuego de los cañoneos, y las tripulaciones enteras en los abismos se precipitaban y sumergian con la serenidad de los antiguos espartanos, hemos sentido nuestros corazones españoles henchirse de orgullo; porque razas menospreciadoras de la muerte como nuestra raza, heroicas en el combate, dotadas de esas viriles virtudes, las cuales revelan un natural dispuesto siempre al sacrificio y al martirio, podrán sostener guerras desatentadas, por fratricidas; pero no caerán, no, en bizantinas decadencias capaces de enflaquecer y matar á los pueblos, deshonrándolos, ademas, para siempre, en la memoria de los hombres.

Combates marinos que recuerdan nuestro suicidio de Trafalgar; cercos que compiten con los cercos de Zaragoza y de Gerona; correrías por tierras inhospitalarias, llevadas á cabo con la celeridad del huracan y con desprecio completo de los elementos, como si la voluntad humana creyera contrastar las fatalidades mismas del Universo; desafíos á todos los poderes de Europa cual los sustentados por el inmortal Juarez; encuentros homéricos donde el valor toma proporciones gigantescas; todos estos hechos demuestran la energía de una raza libre; y allí donde obran esas grandes energías no ha lugar al desmayo y al decaimiento, sino más

bien á la esperanza de que, pasado el período revolucionario y guerrero, todas esas fuerzas han de converger á fecundizar el trabajo y á mover hácia adelante la tarda sociedad.

¡Cuánto cuesta fundar las instituciones progresivas! América, para pasar del régimen colonial antiguo al régimen republicano moderno, ha necesitado de crísis pavorosas; y para pasar del régimen republicano, enflaquecido por la revolucion y los golpes de Estado, al régimen republicano legal y pacífico, ha necesitado de no ménos intensísimos dolores. Y cuando logra la regularidad en su órden interior y en la renovacion de sus poderes públicos, ¿por qué triste fatalidad han caido regiones tan importantes, y pueblos tan cultos, y Repúblicas tan firmes en los horrores de la guerra? ¿Qué agravio no podia satisfacerse por sentencia de árbitros, como satisfizo Inglaterra sus agravios á los Estados-Unidos? ¿Qué reivindicacion territorial no podia fácilmente arreglarse allí donde hay tanta tierra y tan poca gente? Á todo debió recurrirse ántes que á la guerra entre pueblos hermanos, provenientes de idéntico orígen y llamados á unos mismos destinos. La guerra sembrará entre ellos odios seculares, que á cada paso provocarán conflictos sin número, deteniendo su colaboracion activa en la cultuea universal y humana. La guerra debilitará el régimen democráti-

co y lo convertirá por fuerza en una oligarquía militar. La guerra ahuyentará la inmigracion, sin la cual esas cortas naciones, perdidas en tan vastos espacios, no podrán obtener jamas los beneficios de la industria y del comercio. La guerra perturbará los presupuestos y gravará con una deuda enorme los erarios. La experiencia nos acaba de mostrar que, al fin y al cabo, resulta la victoria tan triste como la derrota en los conflictos internacionales. No podia haber nada en el mundo de éxito tan completo como la batalla de Sedan y la toma de París, tras las cuales Alemania reincorporaba extensos territorios á su Imperio y veia su eterna enemiga, Francia, herida y humillada tristemente á sus piés. Y sin embargo, comparad ahora el régimen político de Francia con el régimen político de Alemania; el estado social de Francia con el estado social de Alemania; la riqueza de Francia con la miseria de Alemania, y decidme luégo quién parece el vencedor y quién el vencido en esa pavorosa catástrofe. Pues el vencedor en la guerra de América estará constreñido por mucho tiempo á sufrir un Estado fuerte que anule sus instituciones democráticas, una organizacion militar que mengüe sus libertades públicas, una deuda y un presupuesto que perturben todas sus relaciones económicas.

Y nosotros tenemos tanto más derecho á hablar

así, cuanto que, en la guerra entre España y las repúblicas del Pacífico nos opusimos con todas nuestras fuerzas, primero á que se declarára por nuestra parte, y despues á que se mantuviera. Parecíanos mal aquel combate de la antigua metrópoli con sus emancipadas colonias; parecíannos mal aquellos inútiles bombardeos; y lo deciamos con toda entereza y sencillez, áun á riesgo de herir el sentimiento nacional, en nuestra patria tan susceptible y tan despierto. Imaginaos lo que nos parecerá hoy el combate entre repúblicas hermanas. ¿Cómo? Aquellas inmensas costas que se extienden desde Chile al Perú, cuyas entrañas guardan tantos metales preciosos que piden la explotacion del trabajo, y cuya superficie contiene el nitro, la soda, el salitre, necesarios á nuestra industria; con sus depósitos de riquezas baldías en la tierra firme y sus depósitos de guano en las islas; aquellas costas, en que tantas miserias humanas pueden hallar alivio y tantos problemas económicos solucion y arreglo; en vez de los pacíficos barcos que cambian los productos y llevan las ideas en los rizos de sus velas y en el vapor de sus máquinas, ¿se verán condenadas, por odios increibles entre los hombres, á ver combates más ciegos y terribles que los empeñados en las escalas inferiores de la animalidad, entre los implacables peces, por el goce y crecimiento de su triste vida?

El telégrafo nos anuncia la rendicion del Callao, los combates sangrientos de Miraflores y del Chorrillo, la toma de Lima, el propósito en los peruanos de refugiarse hasta en las cordilleras de los Andes y oponer al vencedor una resistencia pasiva, más provechosa que la activa y constante opuesta con tantas batallas y encuentros hasta el terrible dia de hoy, sin más resultado que la desgracia y el vencimiento. ¡No puede, no, decirse cómo nos ha conmovido y adolorado el espectáculo terrible de esas luchas sangrientas! Fingiamos en nuestra imaginacion el teatro de tales tragedias. Veiamos el Pacífico inundado de luz y repitiendo en su ondulante superficie la claridad de un cielo siempre tranquilo y esplendoroso; veiamos los grandes desiertos de arena áurea en los cuales se alzan los cañaverales que destilan miel; veiamos las hermosas orillas del Arica pobladas de una vegetacion propia de los mejores oásis; veiamos las ricas haciendas trabajadas por razas várias y dirigidas por el peruano, caballero en su jaco andaluz, rodeado de hermosas mujeres envueltas en el manto nacional y destellando de los ojos negros el relampagueo de su alma española; veiamos las casas medio mudejares, con los balcones madrileños, y las celosías monásticas, y los patios sevillanos; veiamos todos estos idilios enrojecidos por la sangre, ahumados por la pólvora,

cubiertos de millares de cadáveres, los cuales habrán prestado al aire de la vida con sus miasmas el aliento de la muerte, y un grito de dolor se escapaba de nuestro pecho, y una terrible duda sobre la verdad de los humanos progresos taladraba nuestra conciencia.

Los pueblos de la América española deben oir á un amigo que les dirige advertencias inspiradas por el cariñoso afecto á ellos consagrado desde los primores albores de su vida pública. Ya que han establecido su independencia y burlado todas las amenazas de reaccion hácia la tutela europea; ya que han fundado sus repúblicas é ido poco á poco al reemplazo legal y pacífico de las presidencias; ya que han engendrado generaciones ménos revolucionarias y más penetradas de la idea del derecho, no caigan ahora en el error y en el crímen de sustentar guerras entre sí, al término de las cuales podria venir el enflaquecimiento y hasta la destruccion de nuestra ilustre familia. En el Norte tienen un pueblo sajon, el cual ha de mantener por fuerza con la gente hispano-americana competencias de raza; en el Mediodía tienen un Estado imperialista, el cual ha de sostener por fuerza con las repúblicas democráticas una competencia de instituciones y de política; guárdense, pues, de estos dos grandes enemigos, uniéndose en el anfictionado contrario á esas civiles y fratricidas

guerras. Las divisiones de las ciudades helénicas en el Peloponeso, tan sólo sirvieron á la férrea y oscura Macedonia ; las divisiones de los pueblos españoles en el Sur, tan sólo servirán al imperial y esclavista Brasil. El Nuevo Mundo es inmenso, como el espíritu moderno, y en sus espacios hay tierra bastante á todas sus naciones, como en sus democracias hay derechos y libertades que pueden satisfacer á todos los hombres.

POLITICA HISPANO-AMERICANA.

Trazar líneas ideales y teorías científicas para el gobierno y direccion de los pueblos es cosa fácil, en verdad, con sólo volver los ojos á la razon pura y al derecho abstracto, que dan, como puntos naturales y razonados, la libertad y la justicia. En pocas fórmulas y en pocos teoremas enciérranse las verdades fundamentales, dimanadas de la pura ciencia y aplicables á los pueblos modernos. Cada nacion ha de gobernarse á sí misma en plena é independiente sabiduría, y cada individuo ha de gobernarse á sí mismo tambien ejerciendo aquellos derechos que caracterizan nuestra naturaleza, y la encarnan, tal como salió de las divinas manos, en el seno de la sociedad. Indudable de todo punto que tales apotegmas contienen la verdad política en su esencia. Pero no basta con poseer tal verdad y divulgarla en el sentido comun humano, hasta convertirla en verdadero axioma, de todos creido y por todos proclamado á una, si luégo sucede

que permanece allá como idea abstracta en los espacios cerúleos de nuestra fantasía, y no baja realmente á vivir con nosotros y en nosotros dentro de la realidad. Si la ciencia escudriña las ideas, la política las cumple; y en cumplirlas se halla indudablemente así el secreto de una política progresiva como el mérito de los grandes repúblicos.

Y la ciencia y la experiencia nos enseñan que las ideas puras y científicas reciben modificaciones profundas al sujetarse á la realidad, por igual manera que nuestro espíritu se modifica en su contacto y comercio con el cuerpo. Mal psicólogo aquel que desconoce ó niega la fisiología, y mal fisiólogo aquel que sólo ve nervios, músculos, huesos, fibras, humores, sangre, bílis, complexion material y fisiológica en el seno de nuestra naturaleza y en los elementos de nuestra vida. Indudablemente, las condiciones geográficas y climatológicas modifican mucho la política. Ciertas latitudes extremas se prestan poco al desarrollo de instituciones armoniosas. El desierto de Arabia produce más bien profetas que estadistas, y da teologías ántes que ciencias. Las regiones del África, por un sol abrasador desoladas, se prestan mucho á la vida nómada del aduar errante, y poco á las instituciones fijas y á las leyes sábias de los pueblos cultos. Y lo que sucede con el clima, sucede con la fisiología de las razas. No puede negarse que la

semítica en toda su historia prefiere las sociedades teocráticas á las sociedades civiles propias de las razas arias. No puede negarse que la libertad individual y el derecho personalísimo, y el Jurado, y las formas representativas, prevalecen mucho más entre los pueblos de orígen sajon que entre los pueblos de orígen latino. Y lo que decimos de la naturaleza del alma, y lo que decimos de la complexion del pueblo, decimos tambien de las religiones y de las historias diversas. Indudablemente, ciertas creencias y ciertos dogmas se prestan más á la política moderna que otras creencias y otros dogmas. La debilidad constitucional y crónica del patriarcado bizantino se amolda más á la autocracia y á los autócratas, es decir, al predominio del Estado sobre la Iglesia, que nuestra religion histórica y patria, en la cual, á pesar de la division de potestades, tanta y tan grande autoridad ha quedado al elemento religioso. Muy ciego habria de ser quien desconociese mayores virtudes en el puritanismo inglés, en el calvinismo ginebrino, en la religion de los cuákeros para las repúblicas y para las democracias que en esta nuestra religion latina, organizada monárquicamente al constituirse la supremacía del Pontificado sobre todas las iglesias y todos los obispos del universo católico. Religion, arte, historia, clima, naturaleza material y fisiológica de los pue-

blos forman las costumbres, y las costumbres tienen más poder que las leyes en el régimen y direccion de las sociedades humanas.

Mírese como se quiera esa América, no puede negarse que merece con razon y derecho el título de templo preparado por Dios á recibir el espíritu moderno. Ninguno de los viejos continentes se dilata y extiende como el continente nuevo desde uno á otro polo. Ninguno posee, por el coro de sus islas en el Atlántico y el coro de sus islas en el Pacífico, por las Antillas y por las Australias, tantos términos geográficos, que puedan corresponder en el espacio á los términos dialécticos del desarrollo y desenvolvimiento de la idea humana en el tiempo. Esas dos grandes penínsulas, América del Norte y América del Mediodía, juntas por el istmo de Panamá y dilatadas en ambos hemisferios, han surgido al comienzo de nuestra edad moderna para cumplimiento de un fin humanitario y sintético. Cuando se ve la triste soledad y contínuo atraso de África, el continente, que fuera mediador entre Asia y Europa, surge por su propia virtud á la vista el patente ministerio de América en el planeta. ¡Cuán pocas ruinas de instituciones antiguas en su vírgen seno! ¡Qué débiles obstáculos oponen los recuerdos, las tradiciones, las leyendas, al desarrollo y progreso de las ideas modernas! Aquí, entre nosotros, ¡cuántas

aristocracias feudales áun á medio enterrar en el suelo, y cuántos miasmas ponzoñosos, áun no bien extinguidos y disipados en el aire! Las mismas innumerables lenguas de la vieja Europa, si dan riqueza y variedad á sus literaturas, en desquite oponen dificultades innumerables á la comunicacion estrecha entre los pueblos. No hace muchos dias que uno de los primeros filólogos del mundo, nuestro amigo Max Müller, se quejaba con quejido acerbo del inmenso trabajo necesario para el conocimiento ligero de las várias lenguas en que las literaturas europeas están escritas. El ilustre profesor, que ha sondeado, no solamente los idiomas hoy en uso y vivos, sino tambien los idiomas muertos que guardan el espíritu de los pueblos extintos, proponia un regreso á la edad del Renacimiento, en que todos los sabios escribian latin más ó ménos puro como medio único de simplificar los trabajos indispensables para la adquisicion de la cultura europea y para la extension de íntimas relaciones entre los sabios y literatos de nuestra Europa. Ninguno de tales inconvenientes en América. Dos lenguas, la lengua de los descubridores y la lengua del pueblo mercantil por excelencia en la vieja Europa, bastan á tan dilatado espacio como el de uno y otro hemisferio, y á tantos pueblos y Estados como se diseminan y viven por tan lejanas tierras. ¡Cuán amortiguado llega

el espíritu intolerante de nuestras viejas teocracias, el privilegio histórico de nuestras gastadas dinastías, el maleficio secular de nuestras arraigadas supersticiones! El espíritu moderno y la jóven naturaleza de América celebran sus nupcias en el fecundo seno de un amor inextinguible. Y la sociedad, ese resultado del espíritu y de la naturaleza, jóven tambien, ha de ser por fuerza libre, republicana, democrática, es decir, esencialmente progresiva y moderna. Síntesis del mundo; mirad cómo el espíritu de la moderna Europa ¡oh! puede ir desde cada una de nuestras naciones por las islas y archipiélagos del Atlántico, y el espíritu de la vieja Asia por las islas y archipiélagos del Pacífico, á unirse y á identificarse por completo en su seno. La humanidad y la tierra se aperciben á cumplir este luminosísimo ideal.

Indudablemente, una ley de la vida, que impera tanto en los soles como en las moléculas, exige universal combate entre todas las cosas, y de semejante ley no podia por ninguna manera eximirse ó exentarse América. Dos razas diversas forman sus Estados ocultos y sus naciones civilizadas; la raza hispano-latina de un lado, y de otro lado la raza anglo-sajona. Estas dos razas, de orígenes diversos, han de emular por fuerza, si no combatir, en aquel inmenso espacio. Las dos llegaron á su seno con pocos lustros de diferencia, si bien la

una recogió casi todo su territorio, como primera descubridora y pobladora de tanto mundo, miéntras la otra quedó como confinada en el extremo Norte. Las ideas determinan los hechos en la sociedad. Nuestra raza, la raza hispano-latina, llegaba por providenciales decretos en el minuto histórico en que representaba con mayor pujanza la reaccion imperial y pontificia, miéntras la raza anglo-sajona, en sus diversas familias y sectas, llegaba representando la revolucion religiosa. De aquí una coincidencia bien extraña; miéntras, por su natural y por su historia, el genio hispano-latino se amoldaba mejor que el genio anglo-sajon á la naturaleza del Nuevo Mundo, por su idea y por su religion, el genio anglo-sajon se amoldaba mejor que el genio hispano-latino á la sociedad reclamada por aquella misma naturaleza. La rivalidad, la emulacion, la competencia entre los latinos y sajones explica de un modo clarísimo el estado particular de la política americana en este mismo instante de crísis trascendental y suprema.

Nadie nos gana en admiracion á los Estados-Unidos. Provenientes de la revolucion religiosa, formados por aquellas tribus que buscaban allá, en los espacios de América, un altar para su Dios y un seguro para su derecho, responden al ideal de la política cristiana y cuajan y cristalizan en todas sus instituciones el espíritu moderno. En un

siglo de libre y segura existencia, tras los terribles sacudimientos últimos engendrados por la infame servidumbre de los negros, han reunido cincuenta millones de pobladores, y superado por el ejemplo de sus libertades armónicas y el esfuerzo de su trabajo creador á todas las naciones del mundo. Nadie, repito, estima como yo sus ciudadanos enteramente libres, sus derechos naturales seguros, su soberanía nacional inmanente, representada por dos Cámaras y una Presidencia tan ilustre; su Jurado popular y sus comicios de sufragio universal, escuelas prácticas de un gran pueblo; la distribucion de la autoridad por todo el cuerpo social, como se distribuye la sangre por todo el cuerpo humano; su Iglesia independiente y autónoma; su Estado progresivo; su democracia trabajadora; su envidiable y envidiada República, obra geológica de la reforma religiosa, de la libertad inglesa, del temperamento sajon, de la conciencia libre, de los cuákeros cuasi místicos, de los puritanos expulsos, de innumerables fuerzas creadoras, cuyo conjunto ha producido esa sociedad estable y móvil, que parece una teoría científica vaciada en la realidad viviente, como se vacia la idea pura en la humana palabra. Mas la sociedad aquella, como compuesta de mortales sujetos al error en su inteligencia y al mal en sus acciones, propende inevitablemente al exceso, á la invasion, y no diré á la conquista, por

impedírmelo el convencimiento íntimo de que, fundada para la libertad y para el trabajo, siente incompatibilidades irreductibles é incontrastables con el despotismo y con la fuerza. Sin embargo, padeceríamos de ceguera incurable si desconociésemos cómo allá, en el fondo de los Estados-Unidos, existe una tendencia muy fuerte á un predominio muy grande sobre la raza hispano-americana; predominio que, de prevalecer cual intentan varios de sus estadistas, y áun alguno de sus partidos, concluiria tarde ó temprano por anular en el Nuevo Continente á nuestra ilustre raza, y extinguir una lengua y una sangre allí tan necesarias como el aire que circula por su atmósfera y la savia que circula por su tierra.

En pocas ocasiones la tendencia invasora de una política, inspirada en el predominio de la raza inglesa y en su dilatacion por el continente americano se ha conocido tan manifiestamente como ahora. El departamento de Negocios extranjeros en Wasingthon, modelo antiguo de política sábia y prudente, ha rebasado el claro límite de la conveniencia diplomática, y ha caido en sueños propios de cualquier imperio invasor y guerrero. Regentaba este ministerio, hace poco, un hombre de importancia y de sabiduría reconocidas por todos, las cuales aumentan, á la verdad, en mucho lo grave de sus proyectos y lo tremendo de sus res-

ponsabilidades. Si Mr. Blaine fuera uno de los muchos políticos improvisados por nuestras procelas y tormentas, inexperto en achaques diplomáticos, exaltado por su complexion, abierto en su espíritu á las fantasías poéticas de las leyendas americanas, con escaso conocimiento del mundo y con poca mesura propia, imputáramos á ignorancia y á inexperiencia el vasto plan de su propaganda sajona sobre los pueblos españoles. Pero en los Estados-Unidos, en aquella tierra de la libertad y del derecho, donde la ciudadanía sola constituye una verdadera enseñanza; escuela el comicio, escuela el Ayuntamiento, escuela el Jurado, escuela el Congreso particular, escuelas, por último, los Congresos ó Cámaras nacionales; ó no se sabe nada, y, por consiguiente, no se llega jamas á las altas posiciones, ó se sabe y se mide, á ciencia cierta, la distancia mediante entre los ideales y las realidades, como el piloto sabe los grados de latitud en que se encuentra y las millas que lo separan del punto final de su viaje. Han atribuido muchos la política invasora de Mr. Blaine á deseo de llamar el sentimiento público sobre su persona y captarse votos para la próxima Presidencia. Pero un hombre de su altura sabe que los pueblos, amaestrados en los saludables ejercicios de la libertad, prefieren al idealismo vago y á la epopeya política, más ó ménos fantaseada en una imaginacion exaltadísima,

los progresos prácticos del derecho, del trabajo y del comercio. Por lo mismo que aspiraba, con motivo y razon, á la gloria de dirigir un gran pueblo, gloria que trae aparejada una inmensa responsabilidad, habia de presentarse á sus conciudadanos para merecer y alcanzar su confianza, más bien como un estadista que como un aventurero, ofreciendo á sus ojos las reformas prácticas, tan deseables del pueblo americano, y no los espejismos, ilusiones de la vista y juegos de la luz, tan bellos como fugaces. No se ideó el apólogo indio del viajero que despreciaba el grano de las espigas y aguardaba el fruto de las rosas, para pueblo tan práctico y sensato como el pueblo amaestrado en la libertad y en la repúblicà.

Dejemos aparte los móviles de la política, y bástenos conocer sus resultados. Lo cierto es que cuatro grandes cuestiones, de interes universal, han surgido por América; y en estas cuatro cuestiones, el ministro último de Estado, en Washington, ha concebido soluciones inspiradas tan sólo en el interes y en el egoísmo de sus gentes. Várias y múltiples todas estas cuestiones, por su caráter, por su importancia, por su complicacion extrema; industriales y económicas unas, guerreras otras, diplomáticas las más, trascendentales todas; y á las partes y á la totalidad se ha querido llevar el criterio exclusivo del Norte, como si el continente ameri-

cano entero perteneciese á una sola raza. Estas cuatro cuestiones han sido: primera, rompimiento y apertura del istmo de Panamá; segunda, guerra chileno-peruana; tercera, cuestion de límites entre Chile y Buenos-Aires y entre Guatemala y Méjico; cuarta, cuestion de trabajos y empresas internacionales en esta última República. Pues en todas estas cuestiones, interesantes unas á pueblos particulares, interesantes otras á todos los pueblos del mundo americano, é interesante la mayor de ellas, con especialidad, á todos los pueblos del planeta, Washington ha querido el predominio de sus miras particulares sobre las leyes, sobre los tratados y hasta sobre los derechos ajenos, con grave detrimiento de nuestra raza española y con amenaza grave á la universalidad de las naciones europeas. Hábil y experto, amaestrado en las luchas políticas, profundamente conocedor de las ideas que influyen sobre las razas del Nuevo Mundo, M. Blaine ha querido cohonestar sus ambiciones con la invocacion repetida y constante á la independencia y autonomía de todas las repúblicas americanas. Pero poca ciencia y poca experiencia se necesitan para no comprender cómo tras el fantasma engañoso de la influencia europea se oculta el predominio real de la influencia sajona. Este proyecto, no recatado, sino claro y patente, sube de importancia cuando se considera ideado por

uno de los jefes del gran partido á cuyo frente se halla general de la grandeza épica y de la fama única conseguidas por el debelador de Richmond, quien, despues de haber peleado en batallas dignas de los tiempos fabulosos y conseguido laureles ya dorados por el sol de la inmortalidad, entra en el Capitolio de Washington, sublime templo de la libertad, y ejerce con elevacion la magistratura de Presidente, para dejarla cuando las leyes lo piden, y convertirse, con la decantada flexibilidad de los americanos, en portentoso industrial consagrado á las empresas del comercio y del trabajo: tramutaciones propias para seducir la fantasía de pueblos jóvenes y cooperar á los ideales varios de una vasta política.

Ya sabemos que suelen, allá en América, encubrirse todas estas ingerencias del Gobierno anglo-americano en las repúblicas españolas con el tópico vulgar de aplicaciones inmediatas de la doctrina de Monroe á todo el Nuevo Mundo. La doctrina de Monroe, sin embargo, ni tiene ahora nada que ver con los proyectos del Gobierno de Washington, ni puede prestarse á consecuencias tan lejanas del dia de su aparicion y tan opuestas á su intrínseco sentido. El mensaje donde Monroe proclamaba el principio de «América para los americanos», leíase al Congreso Federal en el terrible año de 1823.

El combate de los griegos por su independencia

embargaba de glorioso entusiasmo al pueblo ilustre, que áun tenía frescos los laureles de su guerra, y vivos algunos de sus héroes; y la intervencion infame de la Santa Alianza en España para matar el régimen moderno y las libertades públicas debia entristecer á quienes, por muy sajones que sean, jamas olvidarán á la nacion que descubrió su continente, y cuyas libertades les interesan, despues de las propias libertades, sobre todas, por el enlace de las raíces de su historia con nuestra propia historia. La intervencion del extranjero en España se habia verificado á la sombra de una liga europea, presidida por los emperadores del Norte. Y los Estados-Unidos temian, con fundamento, que la reaccion del Viejo Mundo intentase dominar al Nuevo, llevando la sombra de sus nefastos principios y los pliegues de su triste sudario á los nacientes pueblos, recien asentados en su frágil y combatida independencia. La llamada doctrina de Monroe, cuyos cánones principales se hallan reunidos en el mensaje de 1823, no es una doctrina de intervencion del gran pueblo en los demas pueblos americanos; es una doctrina de libertad y de independencia, que defiende contra la enorme union de los déspotas, victoriosos, por desgracia, en la España liberal y democrática, el principio sagrado de la autonomía y de la independencia nacional. Sirven las frases de Monroe

casualmente para todo lo contrario de aquello á que las aplican los sajones exagerados; sirven para defender el Gobierno, en los Estados españoles, de toda ingerencia extranjera. No existe ni puede existir hoy en Europa gabinete alguno tan demente que trate de combatir la independencia americana y de ingerirse por algun camino en el gobierno de aquellas naciones tan justamente celosas de sus sagrados derechos. La intervencion malaventurada de Méjico; la guerra de nuestra España con Chile y el Perú; la imprudente reincorporacion de Santo Domingo; los procelosos conflictos del gobierno inglés con el gobierno americano durante la última guerra; todos estos hechos capitalísimos convergen á la seguridad de todos los Estados del Nuevo Mundo, completamente libres de dominacion europea, con la cual no sueñan ya en el viejo continente ni los más empedernidos reaccionarios. Hace algunos lustros, el poder de los ultramontanos en Méjico; las veleidades imperiales de los Santanas; las dictaduras teocráticas de los Morenos; el jesuitismo poderoso en Guatemala y el Ecuador; la seguridad de una crísis tremenda en los Estados-Unidos por causa de la servidumbre; el régimen absolutista y la infame trata negrera en las Antillas españolas; todas estas concausas sostenian á los reyes europeos en sus maquinaciones para implantar una reaccion mo-

nárquica en el Continente de la libertad y de la República. Pero tantas sombras se han desvanecido, y el régimen monárquico, debilitado en Europa, no trata, no, de implantarse ya en el seno de América. Pero si alguna veleidad pudiera sobrevenir aquí, fomentaríala de seguro un movimiento de la gran República del Norte amenazando á la libertad de las demas repúblicas americanas. Hé ahí, pues, el verdadero peligro.

Y los sucesos últimos no sirven, á decir verdad, para tranquilizaros. Obsérvase por ellos que un partido considerable sueña con ese predominio del Norte sobre la restante América, tan dañoso á la paz universal y al desarrollo tranquilo de nuestros pueblos en el Nuevo Mundo. Vamos á los hechos. Si abrís los periódicos mejicanos, encontraréis numerosos artículos sobre un tratado comercial de mutua reciprocidad entre los Estados del Norte y los Estados de Méjico. El general Grant lo ha concebido y presentado várias veces á su ilustre sucesor, el presidente Hayes, sin lograr realizarlo. Pero, en cuánto llegára el secretario Blaine al gobierno Grant alcanzó su propósito de un estudio preliminar para una preparacion segura y constante de tan útil proyecto. Á este fin, consultóse al senador de Tejas, Mr. Macey, quien tiene al dedillo todos los tratados entre las dos repúblicas desde 1819; y se trató de mandar un diplomático

sagaz, como casi todos los diplomáticos mejicanos, á Wasingthon para contribuir á la conclusion y arreglo del tratado. Nada, en nuestro sentir, tan justo y natural. Méjico produce primeras materias en abundancia copiosísima, y América las trabaja y trasforma en productos industriales. Méjico tiene sus minas de oro y plata, sus campos de añil, sus frutas tropicales, sus primeras materias, y América tiene sus fábricas y sus manufacturas. Las tarifas existentes hoy entre las dos repúblicas aseméjanse, por lo prohibitivas y arcaicas, á los instrumentos de piedra empleados por los pueblos primitivos como armas en la gran lucha del trabajo. La justicia, el derecho, la humanidad, los principios modernos de relaciones internacionales, tanto por lo que al comercio respecta como por lo que respecta hoy á la política, piden á una la destruccion de todos esos obstáculos artificiales, y el allanamiento de todas esas inhumanas supersticiones que aislan á los pueblos y los paralizan en su desarrollo y en su progreso. Las grandes empresas industriales, encabezadas por compañías anglo-americanas, tiran todas á confundir los intereses de ambos pueblos y á cortar las distancias morales y materiales que los separan y los alejan. Así, un sentimiento del propio interes aconseja con imperio, por no decir que impone con necesidad, á la gran República del Norte las considera-

ciones debidas á pueblos hermanos en los mismos continentes asentados y por las mismas instituciones unidos. Pues, á pesar de todo esto, recientes proposiciones presentadas en las Cámaras muestran la impenitencia irremediable del orgullo americano y la propension invencible de sus repúblicas más exaltadas á un predominio peligroso. M. Witthorne, diputado del Tennessee, promovió, en principios de Enero último, grave incidente con la presentacion de un proyecto de ley relativo á las empresas comenzadas, sostenidas ó propuestas por los americanos en Méjico. El tal proyecto, ideado en ódio al vecino pueblo, pide una intervencion directa del Gobierno americano en los asuntos de todos sus súbditos, como si en Méjico no hubiera Gobierno, y como si Méjico no fuese un estado culto, de independencia y libertad completas. Proceder semejante prueba que hombres importantísimos de los Estados americanos, legisladores viejos, políticos expertos, se atreven á considerar un pueblo moderno, de instituciones avanzadas y de leyes civiles correctísimas, como los franceses ó los ingleses consideran á Turquía, Túnez, Egipto, á cualquiera de los pueblos sujetos á intervencion extraña y á irregular é incomprensible tutela. Las obras levantadas en Méjico, sujetas deben hallarse á las leyes mejicanas; y los litigios á que den lugar y ocasion, sujetos deben

estar tambien á los tribunales mejicanos. Cuanto se refiera necesariamente al carácter extranjero de los grandes directores puestos á la cabeza de tamaños proyectos, regulado estará por el derecho internacional é inscrito en los tratados antiguos entre ambos pueblos. Pero pedir la proteccion de un estado extranjero para propiedades, tierras, vías, minas, ferro-carriles, trabajos ajenos á su territorio; equivale á pedir y proponer una intervencion amenazadora de suyo á la independencia nacional y á la dignidad pública del vecino así vejado. Y no queremos decir á cuántas empresas viciosas y á cuántos manejos criminales, verdaderas estafas públicas, podria contribuir esta perturbacion de las relaciones recíprocas entre los pueblos independientes y libres, propuesta sin escrúpulo á la faz del universo, en Congreso tan ilustre como el Congreso de Wasingthon.

Pues no paran aquí las intrusiones absurdas y los proyectos de intervencion descabellada. Suscítanse con frecuencia cuestiones de límites entre los pueblos españoles. Una la raza, una la lengua, una la religion, una la historia, unos los códigos de la raza hispánica, razones geográficas é históricas tan sólo constituyen las várias nacionalidades. Sentimientos exaltadísimos de fiera y recelosa independencia, llevados muchas veces al extremo, han dividido pueblos que nuestros padres

unieran en los mismos vireinatos. De aquí muchas cuestiones de límites y muchas guerras de separacion. Imposible olvidar, por ejemplo, la competencia entre Buenos-Aires y sus provincias; las luchas de unitarios con federales; el peligrosísimo gobierno de Rosas ó de Urquiza; las insurrecciones del territorio de Entre-Rios; los litigios sobre la capitalidad más conveniente á la ilustre Confederacion Argentina, pues tal ejemplo de competencias interiores en pueblo ya formado muestra los innumerables gérmenes de guerra que pueden sembrar entre Estados independientes y vecinos las cuestiones de sus límites y de sus fronteras. Entre Guatemala y Méjico existe de antiguo rivalidad histórica preñada de conflictos.

Por esas contradicciones de la sociedad que avecinan pueblos tan opuestos como Inglaterra y Francia, como Alemania y Rusia, como Bélgica y Holanda, las dos repúblicas cercanas han vivido, á pesar de su orígen idéntico y de su idéntica historia, en oposicion abierta y permanente. Sobre todo, allá en el angustiosísimo trance de la intervencion extranjera, Guatemala, dominada por influencias jesuíticas y reaccionarias, maquinó mucho contra la libertad y autonomía de Méjico. Dotadas hoy una y otra nacion de instituciones análogas, como si la competencia hubiera por fuerza de perpetuarse entre los pueblos que fueron

una vez enemigos, cual se perpetúa el combate de la vida entre las especies inferiores, condenadas á una guerra perdurable, Guatemala y Méjico ahora compiten por cuestiones de territorios y de fronteras, las cuales no debian surgir allí donde los espacios son tan vastos y la poblacion es tan escasa. El estado de Chiapas entró en la Union Mejicana desde 1824, despues de haber declarado pública y solemnemente no haber seguido por propia voluntad á los territorios segregados de la Nueva España en el momento de su independencia. Votada entónces la solemne anexion á Méjico, Chiapas forma parte de la nacion mejicana. Por consecuencia, ni ésta, ni su provincia ó estado unido á ella, pueden oir con calma que se trate de su mutua separacion y que se quieran someter cuestiones, en su sentir interiores y nacionales, á un arbitraje extranjero. Y sin embargo, en el departamento de Wasingthon se acarició la idea de intervenir y se alimentó por ende una rivalidad verdaderamente deplorable para encender los ánimos y agravar las competencias.

Si en cuestion relativamente liviana la influencia de los Estados-Unidos se ha mostrado tanto, ¿qué no sucederá en la inmensa y pavorosísima cuestion de la guerra entre Chile y el Perú, la cual ha teñido de sangre las aguas del Pacífico y quebrantado á la república vencida y á la república

triunfante, ambas españolas? Encuentro de los buques enemigos en las batallas sangrientas; incendio de tantas poblaciones desoladas; combates mortíferos en los campos y en las ondas; los horrores de la guerra civil, que no merece otro nombre semejante lucha, debian, por necesidad, alimentar los empeños de los diplomáticos del Norte y sus ingerencias en los asuntos del Mediodía. Si otros resultados más tristes no tuviera la guerra fratricida, de todos los liberales odiada, bastaria para lamentarla este influjo creciente del pueblo americano en nuestros interiores negocios. Lo cierto es que la República del Norte ha enviado emisarios con caractéres de árbitros á las repúblicas del Sur; lo cierto es que, agravadas las calamidades horribles del Perú con la rivalidad entre dos presidentes, los Estados-Unidos han resuelto dar á su reconocimiento de cualquiera de ellos el carácter extraño de una superior tutela, bien semejante á una especie de supremo gobierno. Aunque tal política sólo ha servido para enconar y agravar los males subsiguientes á la guerra, y aunque no ha logrado prestar autoridad suficiente á ninguno de los poderes más ó ménos arbitrarios y más ó ménos fuertes que han surgido entre las ruinas de tantas catástrofes, todavía mantiene esperanzas más ó ménos insensatas, y atiza resistencias más ó ménos sangrientas. Sumergidos el *Capac* y la

Independencia en el profundo seno de los mares; apresados el *Huascar* y la *Pilcomayo;* arrancada la tierra de Antofagasta, rica en salitres, al pueblo de Bolivia; conquistado el desierto de Tarapacá, manzana de discordia entre los pueblos beligerantes; expugnada la inexpugnable posesion de los Ángeles; roto el ejército aliado en Tactna; sujeto el Callao; postrada Lima; consumados los sangrientos triunfos de Chorrillos y Miraflores; lanzadas las huestes más resistentes sobre las cordilleras del interior; toda esta serie de irreparables desastres para los aliados aconsejaba un pronto tratado de paz, que restañase la sangre y cubriese las abiertas heridas. Nuestros hijos, tocádos de una demencia incomprensible, no solamente luchan de nacion á nacion, sino que, dentro de las naciones vencidas, combaten á su vez entre sí mismos, y acrecientan con sus discordias las tristezas y los horrores de sus derrotas. Bolivia no encuentra ningun medio mejor de reparar sus desastres que destituir al presidente Daza, ni el Perú que mandar á Piérola para que arroje del Palacio de la Presidencia y de la cima del Gobierno al general Prado. Despues de tales medidas, una division profunda estalla en el seno de la República peruana. Dos Presidentes, mantenidos en dos fuerzas contrarias y opuestas, se levantan: Calderon y Piérola. Y en este angustioso instante aparece lo que

no podia ménos de aparecer, dada la persistente política del Norte y la irremediable demencia del Sur; aparece, en daño de todos y de todos en mengua, la siniestra intervencion americana; sombra que nuestros compatriotas de allende debian descubrir siempre para retroceder en toda lucha y conjurar todos sus desastres.

Apena y entristece leer en documentos oficiales que las repúblicas beligerantes aceptan la intervencion diplomática del Norte, por creer generosa y desinteresada su omnipotencia, para en los mismos documentos, donde tal ilusion surge, declarar á renglon seguido cómo uno de los presidentes en lucha se ha sostenido en la influencia de los interventores y negádose á toda transaccion y á todo pacto. Sí, la Presidencia de Calderon se apoyaba, con grave daño de las repúblicas del Continente Sur, en los manejos de la gran República del Continente Norte. Los chilenos, al ver á Calderon alentado por la bandera estrellada y vuelto á la intransigencia, despues de sus propensiones á la transaccion, se han considerado con obligacion de poner mano sobre la persona del infeliz protegido y conducirlo fuera del Perú, como un prisionero de guerra. ¡Oh! Cuanto más los hechos é incidencias de tan trágicos y tremendos conflictos se conocen, más se persuade, con profunda persuasion el ánimo de que la diplomacia norte-america-

na, so color de amistad engañosa, derrama plomo derretido sobre las llagas de una horrible guerra. Con maquiavelismo impropio de pueblo tan robusto y tan jóven, el Norte ha sustentado las esperanzas de Calderon y recrudecido las resistencias de Piérola. Su representante, Mr. Hurbult, puede dar quince y falta en achaques de maleficios y embustes diplomáticos á todos los embajadores y ministros de las viejas escuelas monárquicas. Miéntras alentaba con buenas palabras á los partidarios de Calderon, alentaba con buenas cartas á los partidarios de Piérola, y descaradamente, sin rebozo ni escrúpulo, cual si de la cosa más sencilla y natural se tratase, hablaba de la intervencion directa, material, militar, de los Estados-Unidos, prometiendo favorecer con ella lo mismo á los beligerantes en lucha que á los facciosos en armas. El general Latorre en Arequipa; el general Montero en Cajamarca; y el general Cáceres en Huarochiri, se sublevaron contra su jefe supremo, cediendo á instigaciones diplomáticas del Norte por ellos mismos patentizadas y no desmentidas en ningun documento oficial. El mismo enviado Trescot habla, en su discurso ante los supremos poderes chilenos, de intervenciones más ó ménos simuladas. Y un Blaine, es decir, un americano, que lleva el nombre de quien ha suscitado todas estas dificultades, se pasea por las costas del Pacífico y por

los valles de los Andes, con aires de supremo componedor diplomático. Cierto que los Estados-Unidos han visto con disgusto las torpezas cometidas en estas negociaciones, y las armas dadas á los enemigos de su influencia; cierto que M. Blaine ha dejado el ministerio entre los gritos de reprobacion universal; cierto que los emisarios americanos han sentido el disgusto propio de quien toma por su cuenta ese género de inverosímiles aventuras en nuestro siglo de libertad y de luz; pero tales manejos, no por interrumpidos hoy se hallan abandonados para mañana, y todo indica bien clara y distintamente cómo un partido poderoso de la gran Confederacion acaricia una política más ó ménos franca, pero invasora, ó por lo ménos agresiva resueltamente, contra la cual deben apercibirse y prepararse todos los pueblos independientes en el Nuevo Mundo.

No está de más tal advertencia, porque las naciones latinas parecen olvidarla, cegadas por mutuas rivalidades interiores, más poderosas y eficaces, por desgracia, sobre sus ánimos, que la desconfianza comun al gigantesco rival de todos. Tan desconsoladora persuasion brota en cuanto se vuelven los ojos al triste resultado y término de proyecto como la reunion de una grande Asamblea en el istmo de Panamá, término medio entre las dos Américas. Desde los tiempos de Bolivar flota-

ba ese plan luminoso en la mente de los patriotas hispano-americanos, á guisa de arquetipo, bajo el cual pudiera modelarse una salvadora política. Las Repúblicas llevan, por su naturaleza peculiar, dentro de sí mismas gérmenes abundantes de individualismo, de libertad personal, de autonomías municipales, provinciales y nacionales en rica variedad. Pero el universo y el espíritu obedecen ambos, no solamente al principio de lo vário, sino tambien al principio de lo uno. Y si las repúblicas, proclamando su independencia particular cada una por sí, cumplen un principio esencial, sólo pueden cumplir al otro principio esencial, reuniéndose para poner, como en comun acervo, sus intereses generales y desarrollar lo que hay en todas ellas de uniforme, su fundamental esencia y sustancia. Y á este fin nada cooperará tanto como un Congreso reunido allí donde los dos océanos se acercan y las dos Américas se juntan, y á un lado se dilata la madre Europa con todos sus recuerdos y todas sus grandezas, miéntras al otro lado se dilata la vieja y sublime Asia con todos sus misterios y todos sus jeroglíficos, á manera de grandes cristalizaciones de los dos términos del tiempo presente y pasado, que se adelantan hácia lo porvenir : sitio único, por su geografía, por su historia, por su clima, por su posicion verdaderamente privilegiada en el planeta, para congregacion de un anfictionado

américo-latino, que renovára los esplendores de antiguas instituciones análogas y trajera la paz perpétua y progresiva, con sus debates y con sus decretos, al seno desgarrado del Nuevo Mundo.

Tal proyecto se habia completamente formalizado. Por Setiembre de 1880 suscribieron un protocolo, en Bogotá, el Gobierno de Colombia y el representante de Chile, sobre la necesidad de celebrar una Convencion para resolver por medio de arbitrios pacíficos cuantas dificultades ocasionadas á guerra pudieran surgir en el continente hispano-americano. Regocijada, y con motivo, la República Colombiana por tan humano propósito, dirigió una circular á los gobiernos del mismo orígen y de la misma raza, participándoles el acuerdo y moviéndolos á reconocerlo y aceptarlo. En virtud de estos preliminares, creiamos todos que la reunion de un Congreso hispano-americano en Panamá se veria inmediatamente, y con la reunion, celajes risueños de próvidas y consoladoras esperanzas. Pero la política tenaz de los Estados-Unidos, ingiriéndose con perfidia púnica en estos vastos planes, los ha frustrado por completo. El ministro último de Relaciones Exteriores ha sido ¡parece mentira! bastante osado y audaz para proponer á nuestros pueblos la reunion de ese mismo Congreso en Washington y bajo la presidencia moral y material de su patria. En tal ceguera y

engreimiento ha llegado á proponer que las dietas de los representantes reunidos en la capital de la confederacion americana fueran satisfechas por el tesoro de esta confederacion. Nota de tal suerte increible ha circulado por todas las cancillerías del Nuevo Continente, y ha puesto bien de relieve los nefastos proyectos concebidos por este filibusterismo diplomático. No quisiéramos decirlo, porque nos duele en el alma; pero si Mr. Blaine ¡oh tristeza! no ha sido poderoso á congregar el Congreso de Washington, ha sido poderoso á impedir el Congreso de Panamá. Chile misma se ha negado al cumplimiento de lo prometido y ha puesto cuantos obstáculos pueden idearse á esta obra de reconciliacion y de paz. Sus periódicos oficiosos han llegado á reirse del proyecto convenido por su Gobierno y autorizado por su Presidente. ¡Sarcástica ironía! Se han burlado sin piedad de los preparativos hechos á la sombra de los cocoteros y de los palmerales para hospedar á los diputados, y de la candidez y de la inocencia con que muchos patriotas acariciáran esta idea, que concibió el primero entre los americanos del Sur, y que frustrada hoy por las maniobras del Norte, pasará en herencia, ciertamente, á los tiempos venideros y constituirá la gloria sin par de aquella generacion feliz que la haya cumplido y realizado.

Sea de esto lo que quiera, los últimos proyectos

dè Washington deben despertar de su largo sueño á los gobiernos americanos y moverlos á una política salvadora que su salud pide y que peligros supremos y cada dia más amenazadores imponen. Las repúblicas han de afirmar su independencia é impedir todo atentado directo é indirecto á su soberanía. Para tal obra no basta con la fuerza; se necesita inspirar á los atrevimientos enemigos un gran respeto, por el ejercicio constante de una sábia política. Nada de revoluciones demagógicas abajo ni de golpes de Estado arriba; culto escrupuloso á las libertades naturales del individuo, y obediencia religiosísima á la Constitucion y á las leyes; elecciones pacíficas de Presidentes constitucionales, á quienes hay necesidad de sostener, hasta el cumplimiento completo de su mandato legal, siempre que no violen la legalidad misma en cuya virtud han sido designados; el *statu quo* en las cuestiones de fronteras y de límites á fin de impedir conflictos preñados de guerras, los cuales deben de referirse siempre á un arbitraje internacional de los gobiernos hispano-americanos; y, por último, confederacion estrecha entre todas las repúblicas de nuestra estirpe, que han de tener Congresos periódicos en sus várias capitales, para sostenerse y auxiliarse mutuamente, fundando un Estado superior, dentro del cual quepa la independencia y la autonomía de todos los pueblos, como

caben las órbitas de todos los planetas dentro de nuestro sistema solar.

No hay quien desconozca, no, cómo la idea de raza completa la idea de patria. Indudable que la afinidad entre las lenguas y entre las ideas reune á las naciones en una especie de familia superior, cada vez más unida por las facilidades que al trato comun procuran los descubrimientos modernos. Desde las orillas del Báltico hasta los rincones más oscuros y desconocidos de la Transylvania, se reconocen los germanos sometidos á Rusia ó á Hungría y suspiran por su comun hogar; en las costas del archipiélago Helénico y del Asia Menor, los griegos dominados aquí por Turquía y allí por Inglaterra, forman como una especie de confederacion espiritual, cabeza de la confederacion política que se dibuja en el cielo de lo porvenir; la raza eslava, dividida en tantos pueblos, separada por insuperables obstáculos, se acerca y se entiende, no obstante la multitud de sus lenguas y la diversidad de sus gobiernos; y la familia ilustre de pueblos que ha dado el derecho civil á las sociedades modernas y la idea de su interior unidad espiritual á todo el género humano, ¡ah! no debe separarse, no, allá en el Nuevo Mundo, descubierto por su audacia y civilizado por su cultura. Lo exige así, no solamente su propio interes y derecho, sino el interes y derecho de la civilizacion universal.

LA MUERTE DE GARDFIELD.

Justos motivos de duelo han de inspirarnos en todo cuanto pensemos y en todo cuanto escribamos hoy acerca del Nuevo Continente. Un patriota, un ciudadano, un orador, un general á quien los propios méritos y el voto de un gran pueblo elevárán á la dignidad más alta que alcanzarse puede hoy en el planeta, espira entre universal duelo, mártir de su propia grandeza y triste víctima de una inexplicable demencia. Confesemos al ver una vida como la vida de Gardfield, cortada por el proyectil que disparó sobre ella un loco, ¡ ah ! que todos estos sucesos no pueden explicarse por el acaso; y necesitan, misteriosos y enigmáticos en sí, de las reverberaciones y de los reflejos del misterio. Las almas apocadas ó escépticas, siempre que ven triunfante la injusticia y castigadas como crímenes la bondad ó la inocencia, suelen caer en la blasfemia; pero aquellas que ven sobre la mecánica del universo un Sér superior, cuyo Verbo dirige

los mundos como enciende los soles, penetradas de que la vida humana con sus aspiraciones infinitas no concluye aquí en la tierra, se levantan á la fe divina en Dios y al consolador presentimiento de la inmortalidad. El mundo podrá dar á Gardfield un gran panteon resplandeciente y rico en su seno, una página deslumbradora en su historia, los funerales debidos á la virtud, las lágrimas del más libre y más digno entre todos los pueblos; pero sólo Dios, en cuyas manos omnipotentes se halla el conjunto de todas las ideas y de todas las cosas, podria darle al cabo lo que más necesita para su descanso nuestra pobre conciencia: la debida justicia. Este sentimiento, de tal suerte ha embargado los ánimos en la América sajona, que los templos se han visto llenos durante la triste agonía del mártir, y los aires impregnados de rogativas y de oraciones, que mostraban cómo conviene á un pueblo republicano y libre, para conservar con sus derechos sus instituciones, el ejercicio de un puro culto consagrado al Dios de la libertad, pues los homenajes á lo divino, léjos de rebajarlo, exaltan y engrandecen al hombre.

La generacion á que Gardfield pertenecia nos interesa y nos interesará siempre por extremo, á causa de hallarse confundida é identificada con el principio que más cautivára nuestros corazones en la juventud, y que más satisfaccion diera en su

madurez á nuestra vida; con el principio humano por excelencia, producto sublime de toda la filosofía moderna: con la abolicion de la esclavitud. Yo de mí sé decir, que al despertarse la razon pura en mi alma y saber que habia en el mundo seres humanos como yo, sin libertad, sin derechos, vendidos y comprados cual vil mercancía en públicos bazares, y á quienes se les arrancaban los hijos, como á las bestias, para entregarlos al látigo y al cepo, juré, sintiendo algunas centellas en mi alma, aplicarlas á derretir esas cadenas y á trasformar en hombres á los siervos. ¡Cuántas veces, allá en la parroquia de mi aldea, los Viérnes Santos, al ver en la desolacion de la iglesia y en la soledad del santuario, sobre los altares desnudos y entre las lámparas extintas, levantarse la cruz, patíbulo del esclavo, como signo único de redencion y de esperanza, tomé de los acentos sublimes que despedian las lamentaciones cantadas en la salmodia eclesiástica, palabras para expresar al cielo en mis oraciones de niño el dolor de los dolores por el crímen de los crímenes, por la esclavitud de los hombres!

Lo confieso: más tarde, allá en las lecturas amenas que me permitian los escasos ocios del colegio á las horas de vagar, devoraba, como pudiera devorarse fácil novela de Dumas, los libros que historiaban la Revolucion francesa. Y á pe-

sar de que los excesos y los horrores de esta revolucion repugnaban á mi conciencia, una escena sublime los hacía por completo desaparecer á mis ojos: la escena del diez y seis pluvioso del año segundo de la República francesa. La Convencion se hallaba reunida; aquella cúspide de la conciencia humana, donde todo era grande, el ódio y el amor, como en las altas montañas son grandes las alturas y grandes los abismos. Un hombre, un esclavo, un negro se habia arrastrado desde el fondo de su ergástula hasta la cima de la Asamblea francesa. Era diputado, y encarándose con la mayoría le dijo: «Yo pertenezco á una raza sin conciencia, sin patria, sin hogar, sin dignidad, sin familia, y vengo á refugiarme, vengo á traer esa raza á la sombra de los derechos por vosotros tan admirablemente proclamados. Vuestros derechos humanos (como se llamaba entónces á los derechos individuales), vuestros derechos humanos son mentira, vuestra libertad es mentira, vuestra igualdad es mentira, miéntras consintais la esclavitud de los negros.» Levasseur se levantó á apoyar aquella peticion del esclavo. La Asamblea vaciló, como vacilan todos esos grandes cuerpos colectivos cuando van á pasar una de las líneas misteriosas que dividen los hemisferios del tiempo. Lacroix dijo: «Es verdad; declarando la libertad de los franceses, nos hemos olvidado de la libertad de los negros; olvido que

no por involuntario deja de ser criminal. Sólo podemos repararlo declarando ahora mismo la libertad de los negros.» La Asamblea volvió á vacilar, y entónces Lacroix gritó : «Pido á la Convencion que no se deshonre prolongando este incomprensible debate.» Y se levantó Danton, el hijo de la Enciclopedia, la personificacion más genuina de su tiempo, el gigante de la idea y de la accion, la energía revolucionaria, la vida de un siglo condensada en una frente, el hombre que, como el Etna, llevaba en sus ojos el fuego que salia de las entrañas de su corazon y el fuego que en aquella época tormentosa bajaba de las tempestades del cielo. Danton dijo : « Vuestra libertad es una libertad egoista miéntras no la extendais á todos los hombres. Extendedla, y entónces será humana. Pido, pues, que anunciemos al mundo la emancipacion de todos los esclavos.» Los representantes, magnetizados con estas ideas, se levantaron como un solo hombre, y extendiendo los brazos al cielo como si quisieran tomar á Dios por testigo de su resolucion, abolieron unánimes la esclavitud de los negros. Un grito jubiloso resonó en las tribunas. Este grito se comunicó á los alrededores de la Asamblea. Parecia que la conciencia humana respiraba al descargarse de un gran remordimiento, de un gran peso. Las puertas de la Convencion se abrieron, como si las agitára misteriosa mano. Los

negros residentes en París invadieron el recinto y abrazaron llorando á sus redentores. Aunque la Convencion hubiera cometido más crímenes, las lágrimas del pária redimido, del eterno Espartaco emancipado, del siervo hecho hombre; aquellas lágrimas, que condensaban la gratitud de todas las generaciones venideras y la bendicion de todas las generaciones muertas y traspasadas por el clavo vil de la servidumbre, aquellas lágrimas bastaban á borrar de sus manos todas las manchas de sangre.

Despues, en cuanto advertí que las gentes oian mis palabras, la consagré á la emancipacion de la esclavitud. No hubo reunion de aquellos tiempos en que yo no dijera algo nacido en verdad de lo más profundo y más íntimo de mi corazon y de mi conciencia contra la servidumbre del negro y contra la infamia del negrero. Y las dos naciones que más amaba en el mundo: como hombre, la España de mis padres, como republicano, la América del Norte, llevaban sobre su cabeza esta misma sombra. Aun recuerdo las punzadas de mis sienes al considerar, y las punzadas de mi corazon al sentir la contradiccion existente entre la República y la esclavitud en el seno de los Estados-Unidos. No miraban una vez nuestros ojos las estrellas del pabellon americano sin que columbrasen por desgracia en su divino centelleo la

sombra letal de la servidumbre que oscurecia con sus tinieblas la misma claridad de nuestra conciencia. ¡Con qué afan leiamos *La Cabaña del Tio Tomás*, que contaba los horrores del siervo, y con qué religioso culto iban nuestras almas á posarse al rededor del patíbulo donde muriera el mártir sublime de la libertad, inmolado por las últimas cóleras del patriciado negrero y bendecido por cuantos prestan culto al principio divino de justicia en la tierra! Nuestros dolores sólo podian compararse con el regocijo que tuvimos cuando estalló el disentimiento entre el Sur y el Norte y comenzó la guerra, como una expiacion indispensable á tanto crímen y como un principio de progreso para la República, mayor en aquellos dolores cruentos que lo fuera nunca en el goce indiferente de una paz proterva, y deshonrosa por compatible con la iniquidad y la justicia.

¡Cuán terrible será la esclavitud, cuando, á pesar de los horrores que encierra, se quedó, como una raíz venenosa, en América, en la tierra de la democracia! Los puritanos son los patriarcas de la libertad. Ellos abren un nuevo mundo en la tierra; ellos abren un nuevo surco en la conciencia; ellos crean una nueva sociedad en la Historia. Y sin embargo, cuando la Inglaterra quiso dominarlos y vencieron, triunfó la República, pero quedó perenne la esclavitud. Washington no pudo

hacer más que emancipar á sus esclavos. Franklin decia que los ingleses de Virginia no podian invocar el nombre de Dios miéntras tuvieran la esclavitud. Jay decia que todas las plegarias que enviaba al cielo América, pidiendo la conservacion de la libertad, eran, miéntras existiese la esclavitud, verdaderas blasfemias. Mason se entristecia y lloraba al contemplar cómo pagarian sus hijos este gran crímen de la patria. Jefferson trazaba la línea donde debia estrellarse la negra ola de la servidumbre.

Sin embargo, crecia, crecia y crecia la esclavitud. Yo quiero que os pareis un momento á considerar al hombre que lavó esa gran mancha, en la cual se perdian las estrellas del pabellon americano. ¡Ah! no tiene el siglo pasado, no tendrá siglo alguno en lo porvenir una figura tan grande, una figura tan igual, porque á medida que el mal se acaba, se acaba tambien el heroismo. Yo he contemplado y he descrito su vida muchas veces. Engendrado en una cabaña de Kentucky por padres que apénas sabian leer; nacido, nuevo Moises, en la soledad del desierto, donde se forjan todos los grandes y tenaces pensamientos, como el desierto monótonos, y sublimes como el desierto; criado entre esas selvas seculares, que con sus aromas envian una nube de incienso, y con sus rumores otra nube de oraciones al cielo; navegante, á los

ocho años, en las impetuosas corrientes del Ohio, y á los diez y siete en las tranquilas aguas del Mississipí; leñador más tarde, que con su hacha y su brazo derribaba los árboles inmortales, para abrir paso por regiones inexploradas á su tribu de trabajadores errantes; sin haber leido otro libro que la *Biblia*, el libro de los grandes dolores y de las grandes esperanzas, dictado muchas veces por los profetas al són de las cadenas arrastradas en Nínive y en Babilonia; hijo, en fin, de la Naturaleza, por uno de esos milagros sólo comprensibles en los pueblos libres, peleó por la patria, y sus compañeros lo elevaron al Congreso del Illinois; habló en el Congreso del Illinois, y sus comitentes lo elevaron al Congreso de Washington; habló en el Congreso de Washington, y su nacion lo elevó á la Presidencia de la República; y cuando el mal se enconaba, cuando aquellos Estados se descomponian, cuando los esclavistas lanzaban sus hurras de guerra, y los esclavos el estertor de su desesperacion, el jornalero, el navegante, el descendiente del gran Oeste, el discípulo de los cuákeros, humilde entre los humildes ante su conciencia, grande entre los grandes ante la posteridad, asciende al Capitolio, que es la mayor altura moral de nuestro tiempo, y sereno, fuerte con su idea, teniendo enfrente los ejércitos más aguerridos de América; á la espalda, Europa enemiga;

Inglaterra, inclinándose al Sur ; Francia, apercibiéndose á la reaccion de Méjico, y en sus manos la patria deshecha, arma 2.000.000 de hombres; reune 525.000 caballos; hace andar á su artillería mil doscientas millas en siete dias, desde las orillas del Potomac hasta las orillas del Tennessee; empeña más de seiscientas batallas ; renueva en Richmond las hazañas de Alejandro, de César, y despues de haber emancipado 3.000.000 de esclavos, para que nada le falte, muere en el momento mismo de su victoria, como Cristo, como Sócrates, como todos los redentores, al pié de su obra; ¡ay! obra sublime, sobre la cual derramará eternamente la humanidad sus lágrimas y Dios sus bendiciones!

Poseido por completo de todas estas ideas y de todos estos sentimientos, llegué á la mayor dignidad que puede alcanzar un ciudadano en su patria: llegué á obtener la representacion del pueblo en las Córtes, y no perdí ocasion de combatir la esclavitud. Aun recuerdo la porfía que tuvimos por la abolicion inmediata en la primer asamblea constituyente. La reforma prevaleció entónces ; pero Dios quiso prosperar sus dias, y obtuvo señalada victoria con la presentacion allá en Diciembre de 1872, del proyecto que redimia inmediatamente y sin restricciones á los esclavos de Puerto Rico. Pocas veces los elementos reaccionarios se irrita-

ron y los elementos progresivos se complacieron como en el dia sublime de aquella ley redentora. Presentóse un voto de gracias al gobierno; y lo sostuve yo con todo el ardor de mi fe y toda la exaltacion de mis sentimientos. Aun recuerdo la siguiente invocacion á la libertad, recibida por toda la Cámara con jubilosos gritos de ardentísimo entusiasmo. La copio, porque despues de tantos años trascurridos, no me atreveria hoy á quitarle, no, un tilde.

«La sociedad se rige por ideas, y la idea más viva del mundo moderno es la idea fundamental de nuestras doctrinas. Si lo que distingue al hombre de los demas animales, muchos de los cuales nos son superiores en fuerza, en duracion y en agilidad, es la soberanía de la inteligencia, lo que distingue á los pueblos progresivos, á los pueblos humanos, de los pueblos dormidos en el seno fatal de la materia; lo que distingue á Suiza de Turquía, á América de China, es la libertad que aisla á cada hombre en el seguro inmortal de su derecho, que junta todos los hombres por la autoridad de la ley, bajo la severa disciplina de los deberes y de las autoridades sociales. ¡Oh libertad, libertad querida! hoy que tantos te desconocen ó te maldicen; hoy que tantos de tus hijos te abandonan; hoy que tantos de los que fueron tus héroes y hasta tus mártires te profanan, porque, pa-

ciente é inmortal como la naturaleza, no te prestas á la realizacion de sus ensueños ó á la satisfaccion de sus ambiciones, yo te veo serena sobre nuestros desórdenes; inmaculada sobre nuestras faltas y nuestros errores; tranquila sobre nuestras tempestades, como la mujer simbólica del gran pintor sevillano, con la cabeza perdida en la luz increada, las plantas sobre la serpiente del mal; vírgen purísima, concibiendo las ideas que han de ser nuestro consuelo y nuestra gloria; madre fecunda, engendrando las generaciones que han de continuar la serie maravillosa de los humanos progresos sobre la faz de la tierra!»

Quiso el cielo que aquella ley no pudiera votarse, ni áun discutirse, bajo el Ministerio progresista en 1872, y que se discutiera y se votára bajo el Ministerio republicano en 1873. La Asamblea nacional debia disolverse, y no era posible aquella disolucion necesaria sin que votase ántes el proyecto referente á la esclavitud. Muchas, muchísimas resistencias se conjuraban á impedir el justo logro de tan humanitaria reforma. Pero me levanté yo, dije algunas palabras encendidas en el sentimiento de toda mi existencia é iluminadas por la idea más viva de mi alma, y al sentarme, se levantó la Cámara, como si un solo espíritu la moviera, y votó por aclamacion el fin de la esclavitud en Puerto Rico. Treinta y cinco mil hombres fue-

ron libres en aquel sublime instante de nuestra historia contemporánea. Cuando mis dias estén contados y me presente al Eterno juez á darle cuenta de mis obras, ¡oh! llevaré este único dia como escudo de toda mi vida y como blason para merecer la divina misericordia.

He recordado todos estos hechos para mostrar cómo el principio de la abolicion me interesa, y por consiguiente, hasta qué punto me habrá interesado la muerte del correligionario ilustre que acaba de morir en América. Gardfield, como ciudadano, como estadista, como militar, como legislador, como magistrado supremo de la mayor república del mundo, ha unido su nombre á la santa causa de la emancipacion de los negros. No contento con pelear en las pacíficas luchas de los comicios, ha peleado en los encuentros terribles de las guerras. Elevado por un partido, se habia hecho, por la grande amplitud de sus miras, el jefe de toda la nacion. Su pensamiento capital consistia en limpiar á los Estados americanos de la mancha que más los desautoriza y afea: de la corrupcion administrativa. Cuando tan empeñado se hallaba en este provechoso trabajo, la bala de un vulgar asesino corta, cortando su robusta vida, mil fundadas y robustas esperanzas. El vulgar sentir, que no acierta á reparar y conocer la diferencia que hay entre las cosas semejantes, mezcla sin ningun

motivo los atentados de Rusia con los atentados de América, y los cree á todos sintomáticos de una misma enfermedad social, y no es verdad esto. El mal que en Rusia nace de las entrañas de la sociedad, en América nace de las voluntariedades individuales. Los atentados de Rusia provienen del absolutismo histórico; los atentados de América provienen del capricho personal.

Hartman, por ejemplo, el autor de la catástrofe de Moscou, es un sectario inscrito en una incontrastable asociacion misteriosa, cumplidor de una consigna suprema, instrumento de un partido organizado en las sombras, producto natural del estrecho enlace entre la desesperacion y el absolutismo; pero Guiteau es un loco. Los periódicos americanos han podido excitar su cerebro y mover su voluntad con los excesos de lenguaje naturales en la exageracion de las improvisaciones periodísticas. Mas su accion proviene de una enfermedad interna y no de una secta organizada. El asesino de Gardfield, por no parecerse á nadie, ni siquiera se parece al asesino de Lincoln. Este, representante de un régimen destruido que se creia una legalidad santa; defensor de un privilegio abominable que se creia un derecho sagrado; hijo de una patria justamente castigada, que se creia, sin razon, perseguida en la triste hora de una derrota inapelable; personificacion de tantos crímenes tomados

por virtudes entre las depravaciones nacidas de la educacion, agarra el puñal de los infames patricios vencidos, é inmola sin piedad al santo, creyendo que mataba con razon á un déspota. Guiteau, que quiere parapetarse tras las supersticiones de un partido, no es ni siquiera un partidario: es un enfermo. A Lincoln lo inmoló una idea, y á Garfield lo ha inmolado un capricho.

Así contribuye al acrecentamiento de nuestro dolor lo inexplicable del enorme crímen. Se siente más la muerte de los jóvenes que la muerte de los viejos, porque se comprende ménos. El tiranicidio sólo puede concebirse allí donde el tirano tiene tanto poder y tal fuerza que no deja resquicio alguno á la esperanza. Así la historia de la humanidad abomina del homicidio político y no abomina del homicida Bruto por la excepcion de su estado personal y la excepcion de su ilustre víctima. Mas no tiene excusa, no, cual no puede tener explicacion, la muerte violenta de un magistrado á quien nombra por su libre voluntad un pueblo entero, que representa las dos majestades de la nacion y de la ley, que tiene á su al rededor complicadas instituciones, cohibiéndole para que su albedrío propio no pueda sobreponerse al derecho de los demas, y que á los cuatro años, así como ha subido del seno del pueblo, vuelve al seno del pueblo y se confunde y se identifica con los demas ciudadanos.

La prueba de que no ha concluido con la vida de ninguna institucion quien ha concluido con la vida de Gardfield es la continuidad de su política en una persona diversa y áun enemiga de su propia personalidad. Las campanas han plañido, los ciudadanos han llorado en su hogar, los templos han vestido de luto, las plegarias han volado rociadas de lágrimas á lo infinito, las bendiciones de todos los pueblos cultos han bajado sobre los restos frios, una procesion magnífica le ha seguido desde el lugar de su muerte al lugar de su nacimiento para que su sepulcro esté cerca de su cuna, y en medio de este dolor universal han continuado las instituciones su camino regular en la vida, como continúan los orbes, sin contar para nada con nuestros errores y con nuestras violencias, trazando en el espacio sus elipses. La política del presidente Arthur no cambiará la política del presidente Gardfield; que tal fuerza tienen las instituciones republicanas y tal autoridad la opinion de todos en el libre y digno pueblo de América.

Podríamos tratar todavía de los conflictos entre Chile y el Perú; de la dictadura de Piérola refugiada en la hermosa Arequipa; del arreglo entre los gobiernos de Santiago y Buenos-Aires, tras los litigios sobre la Patagonia; del progreso en las obras públicas que cada dia toman incremento mayor en la nacion mejicana; de la notable Asamblea

que debe reunirse pronto con delegados de todos los pueblos de América para tratar sus asuntos internacionales, cual cumple y conviene á una gran democracia; pero creeríamos profanar nuestro dolor y desmerecer en la consideracion de nuestros lectores, si habláramos de otra cosa ménos grave y sublime despues de haber hablado del mártir y del martirio.

LA PAZ AMERICANA.

Grande y pasmosa flexibilidad la que tienen allá en la América del Norte, por las virtudes cívicas del gran pueblo sajon, las instituciones republicanas. Enemigos irreconciliables el presidente Gardfield y el vicepresidente Arthur, parecia que la subida del último de estos dos rivales, obra de la fatalidad y del acaso, iba por completo á trastocar las condiciones fundamentales de la administración y de la política. Pues precisamente ha sucedido todo lo contrario de aquello que temian los amigos y que esperaban los enemigos de la república en el mundo. El presidente Arthur ha sucedido sin sacudimientos zozobrosos y sin transiciones violentísimas al presidente Gardfield, porque la estabilidad de los Estados-Unidos no se funda en la voluntad de un solo hombre, sino en la voluntad y en la opinion de todo un pueblo. ¡Grande diferencia entre los Estados-Unidos y el Imperio ruso! Aquí, bajo el despotismo, la muerte violenta de

un emperador cambia la política de pangermánica que era en panslavista que es, miéntras allá todos los presidentes, áun los más enemigos por sus ideas y más opuestos por sus antecedentes, encarnan, en virtud de las instituciones republicanas, el espíritu y el pensamiento de su patria.

Así, á medida que los pueblos americanos salen de sus guerras civiles y entran á una en período de gobiernos regulares y de administraciones pacíficas, siéntese que la vida intelectual y la vida moral se anima en ellos y engendra grandes obras. Ese inmenso Méjico, teatro ayer de invasiones, de guerras civiles, de pronunciamientos contínuos; víctima propiciatoria de una intervencion extranjera; juguete de la lucha entre los demócratas y los clericales; con guerras contínuas en las calles de su capital; pasando en trances mortales desde una República democrática y libre á un Imperio violento y extranjero; ese Méjico, presa de las violencias de la fuerza, se trasforma hoy y engrandece á la virtud creadora del trabajo. Sus bosques de palo rosa y palisandro; sus cedros, dignos de ser cantados por los Profetas hebreos; su rico subsuelo, lleno de minas copiosas; sus feraces campos, tan fecundos en frutos varios; sus climas, que dan las producciones del Norte y las producciones del Trópico, juntando las zonas templadas con las zonas tórridas; su maravilloso territorio veráse muy

pronto cruzado por ferro-carriles de novecientas millas, que serán como las artérias por donde corra la sangre ardiente de una nueva vida. Segun los cálculos de las comisiones científicas y de las empresas mercantiles que idean, estudian y acometen trabajos tan hercúleos, dentro de tres lustros una gran cruz de líneas férreas se dirigirá desde las fronteras de los Estados-Unidos á las fronteras de Guatemala, y desde las riberas del Atlántico á las riberas del Pacífico.

Hállase al frente de tan magno proyecto, como éste, persona de tan alta importancia como Grant. El debelador de Rischemont, despues de haber consagrado toda su juventud á las artes de la guerra, libertando con su espada victoriosa millones de siervos, héroe de una historia que va tomando en el agradecimiento humano los arreboles y esmaltes de poética leyenda, consagra su edad, madura, próxima de suyo á una vejez gloriosa coronada por inmortales laureles, consagra, deciamos, esta segunda parte de su vida inmortal á las artes benéficas de la paz, con lo cual muestra todas las aptitudes increibles de su fuerte raza. La línea de ferro-carriles, completada por la línea de telégrafos, tendrá una grande influencia política y social en la suerte de Méjico. No será posible con ella la insurreccion que tanto y con tal frecuencia tienta de contínuo á los gobernadores de los Estados y

extiende la punible anarquía en los pueblos de la confederacion. Mas fortalecido el poder central, estará ménos expuesto á las insidias y á las asechanzas de los poderes provinciales. Y la nueva España constituirá una fuerte y robustísima nacion, natural amiga de la vieja España en las futuras complicaciones de la sociedad moderna y en los futuros anales de la venidera historia. Para que tan brillantes destinos se realicen, Méjico ha menester una paz interior y una paz exterior á toda costa conservadas. Y decimos esto, porque rumores siniestros anuncian por el mundo un próximo conflicto entre la república de Méjico y la república de Guatemala, en el cual pudieran reproducirse las terribles catástrofes, igualmente dolorosas para nosotros, de las batallas de Chile y del Perú; para nosotros que no queremos averiguar ni dónde está la razon ni dónde está la sinrazon, ni quien lleva la victoria ni quien sufre la derrota, porque todos los contendientes son nuestros hijos, y todos los territorios en guerra y en litigio, materiales y misteriosas dilataciones de nuestra propia patria. Comprenderíamos que si Guatemala encerrase hoy, cual encerraba en otros tiempos, nidos de conspiraciones jesuíticas y reaccionarias contra la libertad, la independencia y la república de Méjico, se apercibiese y aparejase Méjico á una terrible contienda. Pero ahora que asuntos de extension ter-

ritorial, incomprensibles en esas naciones sobradas de territorios y faltas de habitantes, podrian poner las armas en sus manos, trayéndoles sendos é inútiles conflictos, ocasion es de que nos adelantemos con nuestras humildes pero honradas protestas, y les pidamos, en nombre de un comun patriotismo, concordia y avenencia.

No hay enseñanza como la enseñanza que ofrecen las victorias de Chile sobre las huestes del Perú. El ánimo frio, el entendimiento reflexivo, el espíritu calculador de los mayores políticos, no encuentra, no, medios fáciles de terminar un asunto cuya trascendencia puede traer males sin cuento á las repúblicas del Pacífico, por centurias de centurias. Bajo la inquietud subsiguiente á la derrota, bajo el pié de una ocupacion militar, el Perú no podrá por mucho tiempo reponerse, y medir sus fuerzas, y calcular sus recursos y ver si puede firmar uña paz más ó ménos honrosa ó entregarse definitivamente al suicidio de una desesperacion irremediable. La república vencedora llevará en su seno á la república vencida, con el mismo riesgo que la madre lleva el feto muerto y cancerado en sus entrañas. No habrá medio de llegar á una paz duradera ; no habrá medio de contraer compromisos formales con ningun estable poder ; no habrá medio de percibir ninguna indemnizacion. La guerra será una manzana eterna de discordia,

no solamente en el pueblo vencido, sino en el pueblo vencedor tambien. Para persuadirse de tal verdad no hay como seguir las discusiones del Parlamento chileno en los meses últimos. La opcion entre Piérola ó Calderon, la crítica de las operaciones militares, el exámen de la ocupacion actual, los cálculos de las indemnizaciones futuras, se han discutido con imprudente acritud. Al abrir nuestro voluminoso correo de América y registrar las columnas de sus magníficos diarios, con la atencion y el celo de quien pide noticias de personas queridas y ausentes, al papel y á sus líneas, hemos visto con dolor en los extractos de las Cámaras de Chile palabras relativas al Perú, cuyos acentos nos muestran que no se han aminorado los antiguos rencores, ni con la satisfaccion siquiera de una completa victoria. ¿Qué sacará Chile de la irremediable desgracia del Perú? No puede darse un estado más triste que el estado actual de la nacion vencida.

Ruinas por todas partes; ciudades florecientes ayer y hoy destrozadas á merced del conquistador; la ocupacion extranjera encendiendo toda clase de odios y sembrando gérmenes de futuros desquites; las razas várias en anarquía y en armas; los montoneros en irrupciones contínuas, las haciendas sin seguridad, las cosechas sin colectores, la nacion sin gobierno. ¡Qué horroroso espectáculo dado al

mundo, y qué terrible llaga en el corazon de los dos pueblos abierta y que mana eternamente sangre! Así no podemos cansarnos de aplaudir el convenio celebrado entre la República Chilena y la República Argentina sobre sus respectivos límites. Una guerra nueva entre esos dos Estados democráticos aumentára nuestros dolores y nos infundiera la terrible creencia de que un espíritu protervo de destruccion se habia como apoderado del Continente sur-americano. Creando nuestras hermosas hijas, las jóvenes y heroicas naciones hispanas en el Nuevo Mundo, nadie puede comprender cómo batallan entre sí por engrandecimientos territoriales, teniendo tanta tierra. El mundo culto no hubiera comprendido que Chile, no contento con haber empeñado una guerra por cuestiones de su frontera del Norte, por cuestiones relativas al gran desierto de Atacama, empeñára nuevas guerras por cuestiones relativas á su frontera del Este, por cuestiones relativas á sus territorios en la Patagonia y á sus límites con el Estado del Plata. Cuando se tienen costas tan extensas como las costas del Pacífico, y cordilleras tan maravillosas como las cordilleras de los Andes, y golfos como el Ancud, y estrechos como el Chacao, y valles como aquellos en que se crian sus ricos ganados, no hay justificacion de ningun género á una guerra territorial, que sin agrandar mucho la parte

material de las naciones, achica la más legítima y más noble de sus influencias : la influencia moral.

Los pueblos españoles de América están llamados por las leyes del progreso moderno, por los intereses del género humano, por la misma providencia de Dios, á formar una confederacion moral, que asegure sus respectivas repúblicas y un anficționado democrático que dirija sus relaciones con el mundo entero y los preserve de caer, así en las garras de una reaccion monárquica como en las redes temibles del predominio sajon. Todo cuanto pueda tender á esta obra debe ser apoyado y sostenido por los que amamos la libertad, la república, la democracia en todas partes, y muy especialmente allá en su templo natural, en las tierras del Nuevo Mundo, tierras predilectas del espíritu moderno, apercibidas y aparejadas para contener y desarrollar todos los derechos. Hase ideado por algunos sabios y patriotas reunir un Congreso en Panamá, donde todas las repúblicas se hallen representadas y tengan voz y voto. Ninguna idea más feliz. Los ciudadanos han afirmado ya en América las prerogativas naturales del individuo; las naciones se han constituido ya en América con plena independencia y autonomía; falta un trabajo de reconstitucion, un trabajo de unificacion, y este trabajo inicia el genio americano en su Congreso

de Panamá. Ya Bolivar, el principal fundador de la independencia, viendo como los pueblos componentes del antiguo vasto Imperio, hijos de una misma raza y familia, se habian separado como para no volver jamas á reunirse, ideó este Congreso, gérmen de futura confederacion internacional. No puede, no, haberse concebido idea más saludable que la de reproducir la proposicion del gran patriota y realizarla en nuestro tiempo. El istmo de Panamá es como la espina dorsal que une y comunica todos los órganos del grande organismo americano. Diríase que tan estrecha lengua, colocada en tan hermosos mares, representa para los continentes americanos lo mismo que la primera vértebra para los animales vertebrados.

Allí, en la parte central del Nuevo Mundo, con la América del Norte á la cabeza y con la América del Sur á los piés, entre los dos grandes océanos del planeta, el Asia de los antiguos imperios á un lado, y á otro lado la Europa de la moderna cultura, el espíritu de todo el Continente americano surge y envuelve como el aire á todas sus naciones. Justo, muy justo que las repúblicas vayan preparando en estos concilios de la libertad el régimen intercontinental que ha de sostenerlas en sus respectivas autonomías y ha de impulsarlas á sus futuros progresos. Mas no pueden ni deben olvidar que un nombre los une, y que una

patria lejana y ausente los preside y los presidirá siempre, por la heroica sangre que hemos infundido en sus venas, por la rica lengua que hemos dado á su pensamiento, por las costumbres nuestras, que forman la poesía y el encanto de su vida. Ellos, por sus respectivas nacionalidades, son mejicanos, argentinos, chilenos, guatemaltecos, peruanos, granadinos, y para ser unos, para encontrar lo que á todos los junta é identifica, por necesidad han de invocar á España, y por fuerza incontrastable han de ser españoles. Donde quiera que vuelvan los ojos han de encontrar la sombra majestuosa de nuestra patria. Nuñez de Balboa encontró ese istmo en 1513; Cárlos V erigió su capital en 1521; por doquier, en los vientos, en las olas, en la cima de los montes, en la profundidad de los valles, el nombre gloriosísimo de nuestra España, presentándose, por virtud de los tiempos, no como conquistadora y soberana, sino como madre amorosa de sus hijos en toda la redondez del planeta. Un saludo enviamos á ese Congreso desde la metrópoli ya libre, y un saludo esperamos de nuestras antiguas colonias, trocadas hoy en libres y humanitarias repúblicas.

Una fiesta se celebrará pronto en América; fiesta del arte, á la cual no pueden ménos de asociarse nuestros corazones; una conmemoracion á la gloria y á la grandeza de Bello. Quien estas líneas

escribe, ya le consagró en su discurso de la Academia los siguientes recuerdos :

« El genio ibero despertó el sentimiento de la naturaleza, oscurecido por encontradas nubes. Las naves lusitanas hallaron el ya olvidado extremo Oriente; las naves españolas el desconocido extremo Occidente, y con la aparicion del Asia, despertada en su sepulcro, y la aparicion de América, sorprendida en su perfumada cuna, volvióse la tierra verdadera más hermosa que si fuese fingida por la más exaltada fantasía. En mares no surcados y ricos de madreperlas ; en costas no exploradas y cubiertas de bosques olorosos y henchidas de oro y plata; á la vista de cordilleras donde los volcanes se mezclan con los ventisqueros, y las lavas con los aludes; sobre las corrientes de rios descendidos de ignotos manantiales y esmaltados de extraña vegetacion acuática, cuyas ramas y raíces, entrelazándose, forman y desprenden islas de tales flores y aves, que las creeríais jardines bajados del paraíso sin mancha, para restituir su primera vivienda al hombre sin pecado; en aquella renovacion del universo, nuestros navegantes, nuestros descubridores, nuestros misioneros debian ver la Naturaleza como Adan, al despertarse á la vida, la retrataba inmaculada en el espejo de su conciencia. »

¡ Cuántas bellas obras se han producido al ca-

lor de estos sentimientos y de estas ideas en nuestra centuria! ¡ Quién no habrá llorado leyendo los amores de aquellos dos seres aparecidos al abrigo de las montañas que los palmitos coronan; criados en las sendas chozas que los negros sirven; confundidos en su pasion hasta vivir de una misma vida, la cual se absorbe en la naturaleza de tal suerte, que miden el dia por la sombra de los bosques, y las estaciones por la madurez de los frutos, y la alborada por los gritos de los gallos, y las noches por las hojas del tamarindo, y los años por las cortezas de los troncos, y las estaturas por la copa de los arbustos, como si al borde de los torrentes que se precipitan rápidos entre los bambúes, bajo los plátanos y los cocoteros que se entrelazan por las cadenas de las enredaderas cargadas de rojas y gualdas flores, aquella jóven pareja fuese como el alma, partida en dos, de las virgíneas selvas! Y al lado de estas obras podemos poner, seguros de aventajarlas, modelos de poesía naturalista en castellano, así las odas del que cantó la inmensidad del mar en el Norte y la aplicacion de la vacuna á América, como las silvas del que escribió el libro de la Agricultura de la zona tórrida, en cuyas estancias vemos con toda verdad el condor que vuela sobre los nopales, y el cucin que brilla entre las pasifloras, los vellones del algodon y los cactus de la múrice; los colores del añil y las

almendras del cacao; las hojas del plátano y del tabaco; las florestas y los verjeles donde compiten la copia de las flores con la copia de los frutos; el pan de la zuca y la fecundidad del banano; la placidez del jornalero que cultiva sus campos de café á la sombra de los bucares, y la audacia del explotador que entrando con su hacha al hombro y su tea en la mano por las selvas, derriba con estrépito el ceibo secular que ha abrigado las aves en sus ramas, las fieras en sus troncos, abrasa el limo donde viven tantas generaciones de múltiples seres, y con el furor del incendio y del combate, abre nuevos senos á las creadoras virtudes del trabajo.

LOS PUBLICISTAS HISPANO-AMERICANOS.

Problemas gravísimos los concernientes á la vida y organizacion de las sociedades humanas. Entran en ellos por iguales partes la necesidad y la libertad, la naturaleza y el espíritu, las tradiciones con sus conservadoras lentitudes, y la razon humana con sus progresivas ideas. El mundo antiguo marchó en sus primeros tiempos, conducido al cumplimiento de sus destinos por un coro de profetas; el mundo moderno marcha conducido por una legion de publicistas. Naturalmente, la poesía mística circunda con sus nimbos áureos las sienes de los unos, transfigurados y áun divinizados por el agradecimiento de las sociedades primitivas; la razon pura y la pura idea se irradia de las sienes de los otros, despojados completamente de los antiguos principios por el eclipse y el ocaso de las poéticas leyendas. Pero unos y otros, aunque hayan querido apartarse de la sociedad y recluirse á una en las soledades misteriosas de sus pensa-

mientos individuales, han ejercido sobre las generaciones várias y sobre las leyes por estas generaciones promulgadas una influencia como la que los soles ejercen sobre sus repectivos planetas.

La ciencia política tiene mucho de práctica y experimental, mucho tambien de abstracta é idealista. Los más grandes innovadores de las instituciones sociales sacan de los recuerdos esperanzas, y necesitan, hasta en sus vuelos más audaces á lo porvenir y á sus creaciones, fijar las plantas en los tiempos presentes y en las circunstancias históricas que los rodean y que constituyen una especie de ambiante atmósfera en torno de su espíritu. Por mucho que nos elevemos en la historia de las ideas políticas, nos hallamos condenados á tropezar siempre, cuando de ideas puras tratamos, con la experiencia y la práctica; de igual modo que, tratando de problemas prácticos, nos hallamos condenados á tropezar con un ideal cuya extension y cuya profundidad exceden de los límites en que se hallan contenidas las observaciones diarias. Un ejemplo esclarecerá esta observacion. Los dos primeros publicistas del mundo, los que han iniciado la ciencia política, son, á no dudarlo, el fundador del Liceo y el fundador de la Academia. Pues bien, sus dos sistemas sociales tienen los mismos caractéres que sus dos sistemas filosóficos. El uno parte de lo general para llegar á lo particular, y el

otro parte de lo particular para llegar á lo general; antepone el uno lo abstracto á lo concreto, y el otro lo concreto á lo abstracto: lánzase á vuelo tendido el uno desde Dios á los seres creados, y el otro levántase lenta y gradualmente desde los seres creados á Dios; busca el uno las ideas arquetípicas de las cuales parécenle como sombras las cosas, y el otro extrae de las cosas y de su observacion constante las ideas generales; pero ambos á dos, aunque representan las fases del humano espíritu, los términos de la universal ciencia, los factores componentes de la sociedad misma, parten, Aristóteles, del estudio de las repúblicas griegas, y Platon, del estudio de las teocracias orientales.

Los publicistas que han formulado ideas más radicales, y aparentemente más desasidas de su tiempo, han tenido que contar con la viva realidad y con la eterna historia. Aquella gran revolucion monárquica, formulada en el siglo décimotercio por las Partidas, inspirábase ya en el derecho romano, recien descubierto y restaurado, como se habia inspirado ántes la ciencia fundamental de todo régimen teocrático en el derecho canónico y en las reflexiones y conscientes aspiraciones de los Papas á la dominacion universal. Cuando Maquiavalo escribia las terribles máximas del Príncipe, ya estas máximas andaban por el

mundo encarnadas en reyes como Fernando V y Luis XI, de igual suerte que las pretensiones jesuíticas á la reaccion ultramontana se formaban despues que ya esta reaccion habia sido casi legislada por el sagrado Concilio de Trento. Jamas Lochke mismo echára las bases del moderno liberalismo europeo, si no hubiera observado los caractéres parlamentarios de Inglaterra, y jamas Grocio tuviera la revelacion del derecho natural, si no habitára la República de Holanda. Los dos publicistas que dieran á la primera parte de la Revolucion francesa el carácter parlamentario, y á la segunda parte de la Revolucion francesa el carácter republicano, fueron Montesquieu y Rousseau, los cuales habian bebido sus ideas, el uno en la parlamentaria Inglaterra, y el otro en la republicana Ginebra. Los libros más antiguos del derecho político se hallan á una inspirados por las circunstancias históricas en que se han escrito, cualesquiera que sean los grados de su idealismo. Descubrióse no há mucho tiempo la república de Ciceron, y los doctrinarios, y los eclécticos de todos matices gritaron que allí se hallaban las ponderaciones y los contrapesos por ellos inventados para unir las viejas monarquías con las nuevas democracias; lo que se hallaba en realidad allí era el esfuerzo de la clase media romana, de los caballeros para conciliar el soberbio patriciado con la he-

rida plebe, á fin de impedir la victoria de César y de sus pretorianos, que debia tristemente arrancar á la tribuna su palabra y á la República su existencia.

En ninguna parte las circunstancias históricas han trasformado el público derecho con tanto imperio como en la América española. Para estudiar y conocer sus publicistas, interesantes todos, y varios de ellos verdaderamente insignes, conviene ántes convertir los ojos á su historia y verlos rodeados é influidos por las circunstancias generales en que brotára su doctrina, puesto que la idea, misterioso árbol, cuya copa llena lo infinito, la idea tiene sus raíces en los suelos mismos de la tierra y absorbe por necesidad algo del terruño, resultando así las teorías á manera de los vinos que mantienen la vida y coloran la sangre, los cuales, por la circulacion y movimiento de la materia, llevan disueltos los átomos del terron mismo que ha nutrido las cepas. Necesitando los publicistas hispano-americanos dar instituciones á gentes que por su orígen tocaban allá en los últimos límites de la civilizacion histórica, y por su cuna crecian como en el seno de la naturaleza primitiva; necesitando fundar á un tiempo mismo la libertad y la independencia; contar con pueblos salvajes, como los indios, y con razas esclavas, como los negros; ofrecen singularidades en su doctrina y

alcanzan tal responsabilidad ante la Historia, que difícilmente las comprenden los acostumbrados á mirar la política y las instituciones con el criterio puramente europeo.

Por ley general, á los ojos de todo pensador hispano-americano surgia como un ideal, en cuya luz iba seguramente á esclarecerse, y en cuyo calor avivarse la democracia recien fundada en las tierras españolas. No miraban cómo se habia producido el gran Estado anglo-sajon al Norte del Nuevo Continente; no recordaban ni la religion de la libertad concebida entre las explosiones creadoras de la gran revolucion del siglo décimosexto, ni los largos hábitos parlamentarios de representacion, de legalidad, adquiridos por quienes gozáran desde su abordamiento á la nueva tierra las Cámaras y los Jurados; no veian que la obra de la independencia en el Norte no habia sido más que remate y corona del derecho aprendido y ejercitado de antiguo; en el deslumbramiento. causado por la gloria norte-americana, creyeron generalmente que bastaba traducir instituciones probadas ya en pueblos de distinta índole y promulgarlas en cartas más ó ménos científicas, para que trasformáran con su virtud creadora toda la sociedad. Mas estas abstracciones del pensamiento, que pueden pasar en una escuela, dan muestra de su debilidad nativa en cuanto alcanzan esferas de carácter tan experi-

mental como las esferas políticas. Podian recogerse los publicistas hispano-americanos en el silencio de su retiro para evocar la idea republicana y federal de los anglo-sajones, como un químico de la Edad Media las fórmulas alquímicas y astrológicas destinadas de suyo á procurarle el oro anhelado; pero al dejar la pluma despues de haber escrito aquellos renglones cabalísticos, naturalmente surgia la religion de la Edad Media con todas sus organizaciones jerárquicas; el absolutismo español con toda su devastacion histórica; el régimen colonial de una quietud y de una inercia increibles; el desierto inmenso; la despoblacion tristísima; razas primitivas mezcladas con razas cultas; los criollos frente á sus mismos padres; el negro siervo y el indio bravo; las costas tropicales azotadas por la fiebre, y las altas cordilleras aislando unos de otros los pueblos; ciudades civilizadas en medio de pampas inacabables; familias europeas junto á ranchos salvajes; el español con sus timbres seculares y el gaucho con su látigo y en su indomado potro: elementos con los cuales habia que contar entre los inmensos trabajos de la fundacion de pueblos nuevos y del establecimiento de progresivas y radicales instituciones modernas.

Naturalmente los hechos no pueden vencer á las ideas, pero las retardan con facilidad en su camino y las adulteran en su naturaleza. La indepen-

dencia hispano-americana, y las repúblicas, de tal independencia emanadas, no podian seguir el camino de la revolucion y de la libertad anglo-sajona. Estas mismas grandes obras habian hallado insuperables obstáculos en las pasiones y en los errores de hombres avezados al ejercicio del derecho. Washington desesperó mil veces de la justicia, en medio de sus victorias, como Bruto en medio de sus derrotas. La primera Constitucion, copiada de las antiguas constituciones holandesas, desencadenó la más triste anarquía, y fué necesario sustituirla con otra Constitucion más armoniosa y unitaria. El principio de la libertad tuvo en las tierras americanas todas las enfermedades propias de todos los organismos en sus comienzos ó en su infancia. Y no hay que dudarlo, identifícase mucho la sociedad con la naturaleza. Y como en la naturaleza los organismos superiores se hallan expuestos á muchas más enfermedades que los organismos inferiores, en esta sociedad nuestra las repúblicas, por su perfeccion misma, se hallan expuestas á muchas más enfermedades que las monarquías. Con haber hecho una revolucion, y una revolucion victoriosa, no habeis hecho nada para fundarlas. Fúndase la teocracia, el imperio, la misma aristocracia, por golpes de revolucion ó de Estado; pero la justicia de Dios no quiere que las repúblicas democráticas se funden sino por el con-

curso de todas las voluntades para la consagracion de todos los derechos. La justicia entra con tanta dificultad en las impurísimas realidades sociales, que los grandes exploradores pasan á la misma posteridad á quien sirven y emancipan con sus esfuerzos y con sus sacrificios, entre protervas maldiciones. Testimonio dan de esto los titánicos revolucionarios franceses, muertos casi todos ellos al pié de su obra, y desgarrados por el esfuerzo mismo que dirigieran contra dificultades invencibles. Imaginaos lo que sería sacar la libertad, la democracia, la república del seno de las colonias españolas, una obra contra la cual se revolvia la Naturaleza y se encrespaba el espíritu.

Las circunstancias históricas, independientes de la voluntad misma de los hispano-americanos, influyeron más en su trabajo todavía que en el trabajo de los anglo-sajones. Cuando nuestra América estaba en paz completa y habia concluido de dar pruebas incontestables de su fidelidad á la Metrópoli en la guerra con los ingleses, corrió por sus inmensos senos la voz atronadora de una tempestad providencial. Su madre patria se habia visto invadida por el extranjero y abandonada de sus reyes legítimos. En tal trance surgió una inesperada organizacion militar y otra inesperada organizacion política. Ejércitos de héroes extraidos del seno de los pueblos é improvisados entre los estruendos

del combate acometieron el empeño colosal de nuestra guerra por la independencia, y congresos de legisladores acabaron, iluminados por el verbo de las ideas nuevas, con los horrores del absolutismo, y escribieron la Carta inmortal de nuestras libertades. La rota de Rocroy tuvo su desquite maravilloso en Bailén, y los comuneros degollados en Villalar resucitaron á la voz de patria y libertad en las democráticas juntas revolucionarias, y en las inmortales Córtes de Cádiz. América siguió á España, y se organizó como los españoles, abandonada tambien de sus reyes, á pesar de las advertencias dirigidas en tiempo y sazon por las previsiones de Aranda, profundo político, á la glacial indiferencia de Cárlos III. América, no obstante las sacudidas y zozobras propias de crísis tan extraordinarias, mostró fidelidad inquebrantable á la Península en medio de su guerra, pues el año nueve mandó á nuestros ejércitos y á nuestro Gobierno doscientos ochenta millones de reales, compuestos en su mayor parte de dones voluntarios.

Aunque Hidalgo, el cura mejicano que, movido por los privilegios del clero superior más que por el yugo español, se alzára en el mismo año de la reunion de las Córtes en Cádiz, y aunque otros promovedores de la independencia comenzáran durante aquel período sus trabajos, aprovechando no tanto la libertad, cual dicen los reaccionarios sis-

temáticos y supersticiosos como el enflaquecimiento de nuestro Gobierno por la invasion y por la guerra, lo cierto es que debe imputarse á la reaccion, y sólo á la reaccion del catorce, al perjurio infame de Fernando VII, la general sublevacion de los americanos contra España. No se necesita reflexionar mucho para comprender que, al tornar el Rey de aquella deshonrosa cautividad, donde tantos votos públicos hiciera por la victoria de su carcelero, el año catorce, y abrir la neroniana época restauradora, tan deshonrosa é infame para su nombre y para su memoria, lanzó á los americanos en la desesperacion, y trajo, remachando sus cadenas rotas, la causa ocasional de aquella revolucion, favorecida luégo indudablemente por los esfuerzos que hubo necesidad de hacer en España tambien para la reconquista indispensable de nuestras eclipsadas libertades. La pregunta del revolucionario Camilo Torres á Montalvo, cuando le pedia noticias de la Constitucion destruida por la vuelta de Fernando VII, lleva en sí la clave de todos aquellos sucesos y la explicacion de todo aquel movimiento. El año catorce, al declararse nuestra victoria sobre Napoleon, disminuidas en gran parte las agitaciones propias de la guerra y de la crísis constituyente; suspenso el mundo de admiracion al ver cómo habiamos sacado de nuestra decadencia fuerzas iguales á las empleadas en los

tiempos de nuestra mayor pujanza; llegó el momento de una conciliacion verdadera, por medio de la libertad, entre la vieja madre patria y sus jóvenes exaltadas hijas las naciones hispano-americanas. El hado quiso que aquel momento creador fuera un momento de tiranía, de perjurio, de infamia, de reaccion, y por consiguiente, el más nefasto para una obra tan maravillosa y tan grande como la conciliacion de los españoles y de sus hijos en el seno de la libertad.

La independencia llegó, y con la independencia llegaron naturalmente, y por la fuerza misma de las cosas en los flujos y reflujos oceánicos de las revoluciones, grandes tendencias de volver, por medio de las dictaduras, al régimen monárquico, destrozado en los arrebatos y exaltaciones de la victoria. Jamas se vió tan claramente la proximidad inmediata de las reacciones á la accion. Muchos patriotas, muchos, temian los desórdenes propios de una renovacion radical en las instituciones, y suspiraban por los antiguos príncipes y por los antiguos principios. San Martin, el héroe de tres repúblicas, ocultaba tras su silencio más de una veleidad imperial, que le llevó á darse aires de asiático monarca en el destrozado Perú y á dejar la espada victoriosa que brillára tantas veces á la cabeza de numerosos ejércitos, al tirano Rosas. Rivadavia mismo, en quien se unia el valor de los

jóvenes criollos á la prudencia y madurez de los viejos europeos, ofrecia transigir en todas las cuestiones relativas á la forma de gobierno, con tal que le asegurase la Europa monárquica el reconocimiento de la independencia y de la libertad argentinas. El espíritu reaccionario llegó tan léjos, que Belgrano creyó posible restaurar el poder y autoridad de los antiguos incas en los nuevos pueblos republicanos. Morelos recibió del cura Herrera mil veces la oferta de un trono en la Nueva-España. Así puede comprenderse y explicarse que unos cuantos gritos en las calles, unas cuantas montonadas de léperos en los campos, el voto de unas Córtes amedrentadas y el ruido de unas armas mal esgrimidas, trajeran aquel fugaz Imperio de Itúrbide, verdadero relampagueo de la reaccion universal. Bolivar, el mismo gran Bolivar, no obstante sus combates legendarios y sus inspiraciones sobrenaturales á favor de todas las repúblicas hispanas, dudó mil veces, cuando la reaccion monárquica se agravaba en Bolivia, si debia ó no entenderse con las monarquías europeas para fundar un Imperio americano, con una dinastía de criollos á su cabeza, el cual se asemejase, por su extension y por su magnitud, al Imperio gigantesco del Brasil, y que contuviese, apoyado en una liga de reyes, las ambiciones del mundo sajon, tonantes ya en los eléctricos cielos de América.

No habia tan sólo esta fuerza considerable allá en la constitucion general de los pueblos americanos; habia otra no ménos zozobrosa y violenta. Constituyéndose de nuevo, debia nacer el problema por excelencia de los pueblos libres en los períodos de innovacion constituyente, á saber: el problema del centro, de la capitalidad, en las naciones recientes, y la distribucion de la indispensable autoridad social entre los miembros de todo el cuerpo. Miéntras dependieron todas aquellas regiones de nuestra España, sintiéronse igualadas en el mismo régimen, y no estallaron, por tanto, competencias imposibles é inútiles. Mas así que de nuevos organismos se trató y de nuevas nacionalidades, surgió por fuerza el conflicto entre la respectiva capitalidad y sus particulares provincias. El tiempo con sus tradiciones, y el espacio con su geografía, suministraron innumerables factores á la serie lógica de tan pavoroso problema. Santiago de Chile, por ejemplo, aprovechándose de la uniformidad natural que ofrecia la estrecha vertiente de los Alpes en que está situada, podia con razon aspirar á un predominio territorial, bastante á darle formada una república unitaria, miéntras Venezuela, con sus contrastes bruscos entre las sabanas inmensas, y las montañas y las costas, ofrecia espacio á una federacion muy libre y muy vária en armonía con la naturaleza y la disposi-

cion de aquel suelo. No obstante su magnitud, la Nueva-España ofrecia cierta unidad histórica, tanto anterior como posterior á la conquista, unidad que se prestaba mucho al desarrollo de poderoso Estado único y solo, capaz de sintetizar las antítesis naturales de sus opuestos climas y de sus contrarios pueblos. No así Nueva-Granada, ciertamente, donde la contínua sucesion de montañas abruptas y de valles tranquilos ofrecia medios muy eficaces de formarse á multitud de pequeños Estados dirigidos por multitud de gobiernos. Estas fatalidades incontrastables de la Naturaleza influian sobre la libertad de los hombres, engendrando problemas sociales diversos, y con estos problemas, multitud de partidos contrarios, los cuales fiaban el logro de sus pretensiones en aquellas tierras volcánicas, y bajo aquel cielo tempestuoso, más bien al derecho de la fuerza que á la fuerza del derecho.

Testimonio capital y ejemplo vivo de todo esto, la Confederacion Argentina. Un rio á sus piés, tan grande como un mar; á las orillas de tamaño rio, una cultísima ciudad, único puerto fácil en doscientas mil leguas cuadradas; tras esta ciudad, la inmensa pampa extendiéndose por un lado hasta las selvas primitivas é inexploradas de tropicales palmeras, y por otro lado, hasta las nieves perpétuas; inmensa extension despoblada, donde sólo

caben ranchos aislados como los oásis en los arenales; alguna que otra poblacion importante, levantada por el trabajo y el comercio, como las tiendas de los peregrinos y de los viajeros en la inmensidad del desierto, puesto que por todos los límites de tierra tan vasta, el indio salvaje acecha de contínuo á los hombres cultos, como los lobos, los tigres, los leones acechan á los rebaños en la guerra universal por la existencia.

Todo esto podia engendrar una oposicion de la ciudad al campo, naturalísima en los porteños, cultos, hábiles atenienses, dotados de un valor heroico que se unia en ellos fácilmente á una palabra elocuentísima, y que, alentados por los aplausos del Norte de América y de todo el Continente europeo, donde se les creia los helenos del Nuevo Mundo, pretendian ejercer predominante autoridad sobre aquellos montaneros y gauchos, hijos de la pampa, especie de hipógrifos violentos, los cuales practicaban el pastoreo en su forma indudablemente más ruda, y con el carácter propio de aquellos pueblos del Asia, á quienes guiaba más bien el instinto que la razon, como pegados á las entrañas de la Naturaleza y confundidos por su ignorancia y por sus gustos con las especies inferiores. Ademas de tal antagonismo irremediable, multitud de competencias várias entre unitarios y federales, entre centralistas y provincianos, entre

Buenos-Aires y Montevideo, entre la República Argentina y la República del Paraguay, entre Rosas y Urquiza, entre Urquiza y los porteños; cuestiones que llevaban en su fondo, como las competencias de Itúrbide y Santana en Méjico, el problema de los problemas, el problema de la federacion. Estos pueblos de América, separados por espacios inmensos, por rios parecidos á mares interiores, por cordilleras inaccesibles, por desiertos inacabables, por guerras á veces tan tremendas como la última que ha desgarrado á Chile y al Perú, presentan el mismo fondo y la misma sustancia social bajo su variedad, y ofrecen iguales fenómenos históricos. En todos ellos un período fervoroso de guerras por la independencia; en todos ellos otro período de reaccion hácia las formas antiguas abandonadas, como la serpiente abandona su piel, por los anchos caminos del progreso; en todos, luchas de la Iglesia y de los viejos elementos reaccionarios con las instituciones progresivas y nuevas; en todos ellos, época tempestuosísima de competencias sangrientas entre los derechos de las provincias y la centralizacion del Estado; en todos ellos, competencias no ménos sangrientas por el predominio de los partidos y por el logro de la jefatura nacional para sus particulares jefes y representantes; en todos ellos, grandes y pavorosas crísis, que merecen una pre-

ferente atencion á los que dedican su vocacion y sus estudios á los grandes problemas políticos. Pero no puede negarse que la fuerza verdadera del tiempo y las ideas de los publicistas han serenado muchas agitadas pasiones y han resuelto muchos pavorosos problemas. Las competencias entre las provincias y la capitalidad van cada dia disminuyendo; las presidencias legales van cada dia con más vigor afirmándose; constituciones inspiradas en las enseñanzas de una larga experiencia distribuyen el poder con proporcion y con medida; las nuevas generaciones aprenden que no les basta el haber heredado los tesoros de inteligencia y de valor que sus padres les trasmitieran, si no unen á ellos el culto al derecho y el sentimiento de la legalidad. Los odios á España van amortiguándose, y empieza á comprenderse ya cuánto deben los nuevos Estados á la nacion que les diera su cultura secular á costa de tantos sacrificios adquirida, y su lengua por tantas grandes obras engrandecida y glorificada. Un sentimiento de unidad, que trasciende á traves del humo esparcido por las últimas guerras, va enseñando las ventajas que traeria una inteligencia entre las naciones del mismo orígen espiritual, inteligencia que podria preparar lenta, pero seguramente, una grande Confederacion, presidida por un verdadero anfictionado.

Y no solamente deben mirarse los publicistas hispano-americanos con arreglo á su Continente, sino que deben mirarse tambien tomando en cuenta sus enseñanzas, para extenderlas y aplicarlas á la nacion española. Desde 1868 hemos pasado por crísis tremendas, en las cuales se han visto surgir muchos de los problemas y muchas de las enfermedades que surgieron en América durante los largos y procelosos dias de su constitucion. Como los americanos, hemos tenido que romper los privilegios seculares de una Iglesia intolerante, y proclamar los derechos imprescriptibles de la humana conciencia; como los americanos, hemos tenido que fundir las cadenas de millares de siervos y que proclamar los principios cuya fuerza mayor nace del culto á la autoridad social y á las leyes, entre los estremecimientos de una revolucion espantosa. Por consecuencia, nos aprovechará como españoles; aprovechará tambien á la solucion de nuestros problemas el estudio de publicistas que han escrito en medio de la tempestad y que han observado el desarrollo de nuestra raza en otros climas y en otros hemisferios. La fama universal ha recogido muchos de estos nombres ilustres y los ha consagrado en sus imperecederos anales. No citarémos ninguno, por temor natural á olvidos, excusables y comprensibles hoy, que nos falta el tiempo y nos apremia el término de esta introduccion necesaria.

Consagrado á mantener fraternales relaciones en la prensa entre América y España, he recibido, en el largo tiempo de tal trabajo, las obras capitales de los publicistas americanos, enviadas por ellos mismos á su modesto, humilde amigo, y pienso decirles, cuando me lo consientan mis trabajos múltiples, los frutos obtenidos y las enseñanzas alcanzadas por mi espíritu de sus provechosas lecciones. Tengo la certidumbre de que mi obra, modesta como mia, contribuirá de seguro al ministerio de toda mi vida, consagrada desde sus comienzos en la medida de mis pobres fuerzas, á la exaltacion y al progreso de nuestra ilustre raza en uno y otro Continente.

EL OCCIDENTE

Y

EL ORIENTE DE EUROPA.

Aun quedan sentimientos honrosos en el corazon de los pueblos. Aun el heroísmo y el martirio tienen gentes que los amen y los comprendan. El dolor que por la muerte de Garibaldi ha estallado en Italia muestra cómo la ilustre nacion sabía y recordaba cuanto en su pro hicera el héroe de las inspiraciones santas y de los arranques sublimes. Casi á un mismo tiempo, en islote bañado por las olas del mar Mediterráneo, y en monte cubierto por las ruinas y por las cenizas de los siglos, en las costas de Caprera y en las cimas de Roma, se ha verificado la indispensable apoteósis del genio, y se ha ungido el despojo mortal donde viviera un dia, con el óleo de la inmortalidad. Todo un pueblo ha visto volar el alma de su hijo predilecto para ir á posarse, libre de las contradicciones y de los naufragios del tiempo, en las cumbres lumino-

sas y serenas de la eternidad, á las cuales no llegan, ni las sombras de nuestros errores, ni los diluvios de nuestras lágrimas. Debia, naturalmente, convertirse la devocion al Aquíles de la independencia y de la unidad italianas en una especie de culto nacional; y por ende, la designacion del sitio destinado á su eterno reposo debia convertirse tambien, á su vez, en una cuestion eminentemente política. Unos querian que fuese conducido el cadáver desde las costas del islote, donde hoy yace, á las cimas del Janículo, donde coronaria con su sombra las estirpes de cónsules y de tribunos inmortalizadas ya en los anales de la Historia. Otros, los socialistas y los rojos, en su inexperiencia política, imaginaban que podria el cadáver de Garibaldi, paseado por los campos y por los caminos de la Italia moderna, suscitar la revolucion social, como suscitó el cadáver de César presentado por Antonio la victoria del cesarismo en la Roma antigua. Los ultramontanos, á su vez, aguardaban que pidiese la democracia italiana el panteon para su jefe, á fin de negárselo, y suscitar de esta suerte una cuestion religiosa. Pero el Gobierno y la familia, con perfecto acuerdo, han decidido que se cumpliera en este punto la expresa voluntad del muerto contenida en su testamento. Y la expresa voluntad del muerto designa, como sitio de su reposo, Caprera, junto al lugar donde yacen otros

sepulcros bendecidos por dulces oraciones y regados con amargas lágrimas.

Nadie ha comprendido al héroe como el héroe se ha comprendido á sí mismo. Un alma cual su alma necesita del mar. En éste desaguan los rios, como en aquélla desaguaron las ideas. El mar, y sólo el mar, pudo decir á Garibaldi el secreto de su destino y revelarle con exactitud lo más indispensable al hombre para cumplir su fin y realizar el bien, la naturaleza de su vocacion verdadera. ¡Oh! Aquellas brisas salinas y aquellos calores vivificantes adobaron su cuerpo y le dieron para el sacrificio la idoneidad que tienen los mármoles pentélicos, dorados por el sol de la Ática, para la estatuaria y la escultura. En las líneas de los horizontes mediterráneos, donde aguas celestes y aires etéreos se besan y confunden con suavidad, han volado innumerables inspiraciones de aquellas que luégo tomáran formas y encarnacion maravillosa en los heroicos hechos de Garibaldi. Las estrellas en la dormida superficie; las gotas luminosas caidas del remo en las tranquilas noches; los aires vivificantes hinchando las lonas y moviendo las ondas coronadas de espumas; el revoloteo de las aves viajeras, que rozan con sus alas el agua, y el brillo de la fosfórica estela, que parece trazar vías lácteas de mundos futuros en aquellos espejos; todos estos cuadros reveladores iluminan las grandes inte-

ligencias con su luz, y aperciben y preparan las voluntades heroicas al cumplimiento de los más altos y más sublimes destinos. ¡Ah! No puede, no, separarse la figura de Garibaldi, el héroe marino por excelencia, del fondo que le prestan los paisajes donde ha corrido su infancia y ha madurado su vida. Es el mar de los dioses y de las artes; el mar que ha besado con sus brisas las estatuas de Aténas; el mar que ha recibido en sus senos vírgenes las quillas de los audaces Argonautas; el mar que ha llevado de costa en costa las teorías de los helenos y las palabras de los apóstoles; el mar donde se asientan las más bellas ciudades municipales y mercantiles de la tierra; el mar cuya superficie ha sido como la paleta de la pintura cristiana, y cuyas riberas han despertado los más grandes reveladores, y tribunos, y artistas, y héroes de la humana historia. Por consiguiente, la tumba de Garibaldi debe hoy en sus arenas engarzarse y en su luz bruñirse, para corresponder á todo cuanto de ella piden y esperan la Historia y la Naturaleza, exaltadas y engrandecidas con estos inmortales monumentos y con estos vivificadores y religiosos recuerdos. Así es que un cielo puro, un mar sereno, un islote volcánico, un arenal áureo, un vaso de pórfido antiguo, una sombra de sauce melancólico, responden mejor á la poética vida de Garibaldi, á su ideal, á su his-

toria y á su genio, que los más fastuosos panteones ideados por la triste adulacion para los tiranos.

¡Cuánto más valdrá mañana ese modesto sepulcro que la tumba fastuosa donde reposa hoy, á las orillas del Sena, la vestidura mortal del hombre nefasto cuyo genio tendió generaciones enteras en los surcos sangrientos de los campos destinados á la conquista y á la guerra! Creedlo, dentro de poco será Caprera un lugar de peregrinacion para todos cuantos en el mundo amen la libertad y la patria.

Faltaríamos á la sinceridad, fundamento de nuestro carácter, si dijésemos que nos gusta y nos tranquiliza el estado de indecision é incertidumbre por que pasa en estos momentos la vecina Francia, fácil para las súbitas improvisaciones, y más fácil aún para los indeliberados arrepentimientos. En la Cámara francesa no hay un sistema de principios fijos, instituciones que tanto nos interesan y cuyo porvenir tanto nos importa. Su Cámara de Diputados no muestra en este período la reflexion que han menester los legisladores para sus decisiones, y el reposo que trae la completa posesion de sí mismo, esa posesion que es indispensable á todo individuo y á toda colectividad para el ejercicio pleno de la soberanía. No aspire á dirigir á los demas aquel que no sepa dirigirse á sí mismo. Y no puede, no, dirigirse á sí mismo todo

poder, confuso en sus ideas, incierto en sus medios, cambiante y veleidoso en sus resoluciones, que hoy toma un camino y mañana lo deja, sin el norte de un ideal donde convertir los ojos, y sin un conjunto de firmes y concienzudos propósitos. Ya un dia invalidan los diputados arreglos diplomáticos cuando les faltan datos para conocerlos y para juzgarlos; ya otro dia oyen y aceptan proposiciones encaminadas á perturbar las relaciones estrechas entre los cuerpos del Estado; impensadamente deciden cosa tan grave como la eleccion de los jueces por los pueblos, y revocan planes tan meditados como los últimos planes de Hacienda.

Y digámoslo en plata; esta incertidumbre, tan dañosa, no sólo á la estabilidad, sino tambien al progreso, proviene de que la Cámara no sabe reducirse á su ministerio de legislar, sino que aspira imprudentemente á otro ministerio, el cual, de seguro, le está vedado por su naturaleza y por su carácter, al ministerio del Gobierno. Todo poder legislativo que al poder ejecutivo se sobrepone perturba la nacion, como todo poder ejecutivo que se sobrepone al poder legislativo. La subrogacion de un Congreso á un Ministerio es la arbitrariedad ó el cesarismo; pero la subrogacion de un Ministerio á un Congreso es la triste anarquía que al fin y al cabo trae los golpes de Estado, tan funestos á la

libertad y al Parlamento. Cuando unas Cámaras se reunen, deben saber el programa con que á sus electores se han presentado, y despues de pensarlo mucho, deben designar para el Gobierno á los hombres más fieles á ese programa, y sostenerlos sistemática y resueltamente luégo, con tal que de ese programa no se aparten. Pero querer imponerles cada dia un parlamento de la Cámara, en la cual no reside ni el dón de gobierno, ni el conocimiento necesario de la direccion contínua que siguen los sucesos, ni otras mil circunstancias igualmente indispensables, paréceme cosa tan grave como si quisiéramos hacer en nuestro cuerpo del hígado, que es el órgano de la bílis, un corazon, y del corazon, que es el órgano de la sangre, un hígado.

Sólo hay dos medios seguros de alcanzar un buen régimen parlamentario: el método inglés y el método americano. En Inglaterra la opinion designa en los comicios un partido al poder, y el partido designa en sus juntas un jefe á la cabeza; y luégo la mayoría, compuesta de ese partido, sostiene al jefe, y al ministerio por él propuesto, con sistemático apoyo y reflexiva resolucion. El método americano consiste, á su vez, en una separacion radicalísima entre el poder ejecutivo y el poder legislativo, encerrado cada cual en su órbita, seguros de sus respectivas autonomías y de su mú-

tua independencia. Pero el régimen frances, ese régimen que estriba en el predominio absoluto de las Cámaras sobre los Gobiernos, degenera pronto en Convencion, las cuales, ó forjan un omnímodo absolutismo de muchas cabezas, ó reflejan y dividen la autoridad hasta entregarla en brazos de perdurable anarquía. Hé ahí explicado cuanto vemos hoy en la vecina Francia; un Ministerio dividido en dos grupos, autoritario y liberal; una mayoría que derriba con buen acuerdo á Gambetta, y luégo sigue muchos de sus procedimientos autoritarios y de sus ideales jacobinos; un disentimiento contínuo entre la Cámara de los Senadores y la Cámara de los Diputados; un Municipio que parece un Congreso político, y á cada instante revela en sus actos la triste aspiracion de constituir una grande alcaldía parisiense, la cual se asemeje á una presidencia eminente y verdadera de toda la república. Para salir de tal estado no se necesita, no, tanto de una grande inteligencia como de una grande y verdadera energía. Es preciso que, penetrado el poder ejecutivo de ser la cabeza del Parlamento, dirija la mayoría, como el cerebro dirige la voluntad y mueve ó impulsa los músculos. De otra suerte, la nacion francesa corre un gran peligro de caer, por motivo de su incertidumbre actual, en la más triste anarquía, y pasar de la anarquía con facilidad al despotismo. La facultad

por excelencia de los Gobiernos es la voluntad. Quiera con resolucion Mr. Frecynet, sin desconocer la iniciativa del Parlamento, ejercerla con oportunidad y sujetarla á un verdadero sistema, y es seguro de serenar así los ánimos y reponer sobre sólidos é incontrastables fundamentos la libertad, la democracia y la república.

La debilidad de Francia daña, no solamente á sí propia en estas circunstancias, sino á todas las naciones europeas, porque siempre resulta cosa bien triste para los progresos humanos el enflaquecimiento y desmayo de los pueblos progresivos. Y tal situacion se agrava con la debilidad de Inglaterra, tambien manifiesta, y los obstáculos al Gobierno radical opuestos por la triste situacion de Irlanda. Parecíanos que la muerte de Cavendish, tan llorada y sentida entre los irlandeses, habia rescatado muchas conciencias oscurecidas y conseguido un alto en los innumerables crímenes agrarios. Tantas manifestaciones de dolor, si no eran falsas y fingidas, debian traer por fuerza una reconciliacion como en holocausto justísimo á la inocente víctima con tal barbarie sacrificada, y cuya sangre recaia por necesidad sobre la cabeza de todo un pueblo. Nos burlamos á veces de la solidaridad humana, pareciéndonos dogma tan inexplicable como el pecado de Adan allá en el paraíso, ese pecado recaido, á manera de una herencia funesta,

por siglos de siglos en sus descendientes. Y á cada paso acontece aquello de que habla la Biblia: «Los padres comerán agraces, y los hijos experimentarán dentera.» En la irritacion general producida por la muerte horrible de Cavendish y su compañero, se dictaron medidas de rigor para lo porvenir, en leyes coercitivas; pero tambien se dictaron medidas conciliatorias y progresivas como el rescate de los atrasos á los arrendatarios más humildes, y la aplicacion de los fondos, dejados por la Iglesia protestante, al abolirse en Irlanda hace ya años, á mejorar la condicion del pueblo. Todo, pues, debia contribuir al apaciguamiento y á la concordia. ¡Ilusion, verdadera ilusion! Los ánimos aparecen más enconados; los crímenes, más frecuentes. Hace pocos dias, su carabina inglesa al hombro, rodeado de una turba de domésticos tambien con armas, y seguido de una escolta numerosa, como cualquier jefe militar que recorre puestos de combate ó de escucha en tiempos de sitio y coalicion, un propietario riquísimo, el cual amplió su fortuna por un noble trabajo adquirido en grandes propiedades irlandesas, iba de un punto á otro en la isla, con su revólver de ocho tiros al cinto. Volvíase ya sano y salvo á su domicilio, en la delantera de su coche de viaje, sentado sobre el pescante y en compañía del cochero, cuando al pasar junto á la tapia de un monasterio

varios ligueros, que le acechaban y atisbaban, apuntan, disparan y le derriban en tierra exánime como atravesado por ocho certeras balas. Y sin embargo, la irritacion es tal y tanta, que la misma hermana del diputado Parnell, toda una señorita, la otra tarde cogió, como una Judit, por el freno, la cabagaldura del virey Spencer, al regresar á su palacio de paseo, y le dijo, en palabras entrecortadas, que aumentando cada dia más el furor de Inglaterra contra Irlanda, por necesidad habia de aumentarse tambien la cólera de Irlanda contra Inglaterra. Y esta situacion es tanto más difícil, cuanto que, debilitando á la nacion británica le impide moverse con libertad en las cuestiones de Europa, y sobre todo en la cuestion de Egipto. Parece imposible, pero todo un aventurero, especie de conspirador perpétuo, que ha destronado á un monarca y tiene otro bajo su tutela, se rie á mandíbulas batientes del poder inglés, y desafia el vasto imperio de los mares como pudiera desafiar cualquier tribu beduina del desierto. Y apremian soluciones vigorosas, porque una coalicion de potencias orientales se dibuja en el Norte.

No hay cuestion que interese á Europa como la cuestion de Egipto. Este pueblo fué desde los tiempos primitivos un pueblo de misterios. Asia lo tomó por su testamentario, y Grecia por su escuela. De su seno salieron aquellos israelitas que ha-

llaron la idea de nuestro Dios y la legislacion de nuestra moral en los desiertos y las trasmitieron al mundo moderno y á la moderna historia. En sus jeroglíficos deletreaba Pitágoras el secreto de sus números y buscaba Herodoto el comienzo de sus gentes. Alejandro lo escogió para que sirviera como punto de interseccion maravillosa en los continentes, y como núcleo y mediador plástico á la union de Asia y Europa, que él queria compenetrar y reunir como están compenetrados y reunidos en nosotros el cuerpo con el alma. Los Tolomeos, representantes de las ideas del gran conquistador, descubrieron y revelaron los cielos á la tierra, é hicieron de las estrellas jeroglíficos semejantes á los tallados en las aristas de los obeliscos y en el pedestal de las esfinges. Al comenzar la grande concentracion de las ideas humanas en Roma, por medio del Imperio y del estoicismo y del derecho, los dioses de Asia y las castas derivadas de estos dioses confiaron á Egipto la ruina de obra tan contradictoria con el genio de Oriente. Una maga, especie de falaz serpiente producida por las aguas del Nilo, se acercó á la cuna del Imperio romano, como la serpiente bíblica se acercára en el Paraíso á la cuna del humano linaje. La magia, la hechicería, la astrología, la alquimia, la casta, la quiromancia, todas las artes orientales, juntáronse á una en Cleopatra para vencer al mundo romano,

y Cleopatra logró domeñar la pujanza del pretoriano Antonio, pero no la política del astuto Augusto. En el mundo cristiano, Egipto dió aquellos penitentes que poblaron de ideas los desiertos, y aquellos sabios, como San Clemente y Orígenes, que unieron la idea cristiana con la idea helénica y la idea oriental. Continuando en la obra increible, suministró al mahometismo una gran parte de sus elementos, y constituyó con sus antiguas ciudades una legion muy considerable del Islam. Hoy mismo, en estos nuestros dias, por su posicion sobre las costas del Mediterráneo y sobre los canales de Suez, Egipto ejerce un ministerio en el cambio de los productos del comercio tan importante como el que otros dias ejerciera en el cambio de las ideas del espíritu. Y envaneciéndonos, como nos envanecemos, de nuestra civilizacion, ¡oh! la cuna y el sepulcro de Cristo, la tierra de Tracia y la Bizancio de Constantino, Bagdad y Alejandría, están aún hoy en poder de un pueblo que profesa los dogmas horribles del fatalismo, y que odia con ódio irreconciliable nuestra civilizacion y nuestra sangre. De aquí, de la situacion geográfica ocupada por las razas musulmanas, una gran parte de los disturbios que la cuestion de Oriente promueve y que habrán de prolongarse aún por mucho tiempo, teniendo como tienen los guerreros musulmanes puntos de suyo tan estra-

tégicos y mercantiles así en Europa como en África y en Asia.

El estudio de la mayor parte de los problemas orientales queda como un enigma si desconocemos de alguna suerte ú olvidamos la complexion del Sultan hoy en Constantinopla reinante. La Europa se rige por medio de pueblos, por colectividades miéntras Asia, África, el Oriente en general, se rigen por medio de individuos, por medio de hombres predestinados y extraordinarios. En las edades más tristes y más angustiosas de sus razas, cuando parecen próximas, por largos decaimientos, á desaparecer, ¡oh! surge de súbito un guerrero á veces, y á veces un profeta, que las elevan y las trasforman con el influjo personalísimo, bien de su valor, bien de su idea. Un ejemplo de lo que son los guerreros entre los musulmanes encontramos en aquel grande Almanzor, que surgiera sobre el califato andaluz, á la hora de sus postrimerías, y lo elevára en grandeza hasta confundirlo con el califato de los Abderramanes, y otra prueba de lo que son los profetas, á su vez, la encontramos en aquel Abdallah, quien, errante por el desierto, recoge ideas misteriosas descendidas del cielo y las trasmite á tribus, las cuales se levantan á su voz y corren desaladas al continente europeo, poniendo en peligro á la España cristiana y amenazando con sus oscuros pendones y sus relucientes armas

á la civilizacion universal. Abdul-Hamid, el jóven sultan reinante hoy en Bizancio, es uno de estos hombres, uno de los profetas. Incapaz de esgrimir las armas, esgrime las ideas. El principio de su raza no puede fortalecerse sino en el Coran, y el Coran le ha poseido en tales términos, que le ha hecho una especie de santon. Expulsado de su trono temporal, se ha recluido en su trono espiritual; expulsado del Imperio casi por el tratado de Berlin, se ha refugiado en el Califato, donde no alcanzan las fatalidades geográficas ni los tratados diplomáticos. La religion aparece como el alma de tal hombre, y el pontificado como su principal ministerio. En todas las decadencias, los jefes de imperios debilitados suelen refugiarse, como en fortaleza defendida por sí mismo, en la fe de sus mayores. Mirad, si lo dudais, á Heliogábalo y Alejandro Severo en la decadencia del Imperio romano, Cárlos II en la decadeneia del Imperio español, Jacobo II en la decadencia del trono británico, Abdul-Hamid en la decadencia del trono de Constantinopla. No puede, no, desconocerse la felicidad de tal inspiracion para ocultar una irremediable decadencia, ni negarse tampoco el terror que por fuerza debe inspirarnos en su terrible agonía el nefasto Imperio.

Lo cierto es que dos hombres se opusieron á esta idea del Califato turco últimamente, con gran perseverancia. Era uno Hussein, el gran santon de la

Meca, y era otro Ismail-Bajá, el anterior jetife del Egipto. Hussein, en su calidad de árabe, no podia consentir que pasára el glorioso Califato de los Omniadas y de los Absidas, ilustracion y gloria un dia del mundo en Córdoba y en Damasco, á la raza inferior de los mongoles, cuando Ismail, en su calidad de heredero y descendiente del gran Mehemet-Alí, á quien pertenece la gloria de haber hecho á Egipto un pueblo independiente, no podia consentir que la temible autoridad de los sultanes creciese, aunque sólo espiritualmente, con mengua de su autoridad propia y de su reconocido derecho. Pues el misterio áun reina en Oriente. Aun tienen los serrallos filtros que componer y órdenes que dar para el abatimiento y el exterminio de poderosos enemigos. Al poco tiempo de conocida esta resistencia, un dependiente suyo asesinó á Hussein en la Meca, y un decreto de Abdul-Hamid, fundado en dificultades económicas, destronó á Ismail en el Cairo.

Este cambió la sucesion musulmana, merced á unas cuantas bolsas repletas de oro, que mandó al sultan de Constantinopla, falto siempre de ingresos en sus exhaustas arcas, y necesitado siempre de vejar con exacciones más ó ménos cuantiosas á sus vasallos directos é indirectos, para sus enormísimos gastos. En vez del mayor de la familia, debia sucederle y reemplazarle su hijo primogéni-

to en la corona, hecha, por virtud de tales alteraciones, un mayorazgo á la usanza europea. Pero con esto Ismail-Bajá obtuvo un sucesor, como el virey actual, de incurable debilidad, y un pretendiente, como el despojado príncipe Halim, de constante inquietud. A las alturas del trono suelen frustrarse las leyes de la vida, como se enrarecen las capas de la atmósfera en las alturas del planeta, los hijos no quieren á padres tan buenos como Ismail, y se aprovechan de su menor debilidad para sucederles en vida y ahuyentarlos sin piedad del patrio suelo. Así el hijo de Ismail reina por el amor de su padre, y vuelve contra su padre mismo los instrumentos de dominacion y de guerra forjados por su amor. Hace pocos meses envió una de las princesas de su dinastía el virey destronado al virey soberano, y estuvo á dos dedos de reproducirse la escena contada por Tácito en sus *Anales*, cuando los sicarios de Neron matan á la infeliz Agripina, en Bayas, al resplandor de las estrellas reflejadas en las aguas trasparentes sobre las cuales jugaban las brisas cargadas de las emanaciones salinas del alga y de las esencias embriagadoras del azahar. La guarnicion entera de Alejandría se puso en armas para impedir el desembarco de una sultana, que sólo pedia tierra donde morir y descansar á las costas de los sarcófagos y de las momias. Pero todo esto encuentra

una justificacion sobrada, en que no reina el virey, no: reina en su nombre y representacion una oligarquía orgullosa y una dictadura militar omnipotente alzada sobre tal oligarquía.

Pero sobre tal oligarquía se alzan aún otros intereses no ménos valiosos é importantes. El Egipto es un vireinato puesto nominalmente bajo la dependencia del Sultan de Constantinopla, quien apénas conoce ni dónde acaban ni dónde comienzan sus facultades señoriales y su imperio sumo. El Egipto, por las convenciones diplomáticas, tiene como enajenada una parte considerable de su jurisdiccion propia con el Cuerpo consular europeo. El Egipto, por su ruina material, está como á merced completamente de los interventores anglo-franceses, quienes detentan la más importante facultad del poder supremo, la facultad de percibir los tributos. El Egipto mezcla en confusion verdaderamente caótica los firmanes del Sultan con el Estatuto de los Notables, y el Estatuto de los Notables con las convenciones europeas. El Egipto es para los turcos una porcion de su Imperio; para los austriacos, una línea que conviene observar á sus posesiones en el mar Negro y en el mar Adriático; para los italianos, una frontera que necesita tener muy despejada la seguridad indispensable de su bella Sicilia y la constante aspiracion á reivindicar Malta y á colonizar así en Trípoli como en Túnez;

para la grande y prepotente Alemania, cuya soberbia no quiere perder la hegemonía en el mundo europeo, una inmensa cuestion continental é incontinental; para Rusia, que sueña en Europa con la Bizancio griega y en Asia con el camino terrestre á la India, una inmensa cuestion europea; para España, Portugal y Holanda, la clave de sus viajes á las diversas islas, archipiélagos y territorios donde áun flotan sus respectivas banderas; para todos, en este momento de horrible angustia, la cuestion por excelencia entre todas las cuestiones, puesto que lleva en sus innumerables incidencias la paz, á cuyo dulce calor florece el trabajo, el comercio, la libertad; ó la guerra implacable, á cuyos horrorosos estremecimientos vienen y se derraman por el mundo la desolacion y el exterminio con su fúnebre cortejo de catástrofes.

Mas la cuestion de Egipto es muy especialmente una cuestion, á la verdad, anglo-francesa. Inglaterra no puede vivir sin su Imperio colonial, mayor aún que el antiguo Imperio romano, y para la defensa del Imperio colonial necesita celar en las costas del Mediterráneo el Egipto, punto de interseccion entre el Asia y el África, necesita en el más viejo de los Continentes celar el Turquestan, histórico pandemonium de razas militares invasoras. Mirad en el mapa las posesiones inglesas, y veréis cómo se relacionan á una con este pensa-

miento capital de su política mercantil y cartaginesa, el camino libre de la India. Gibraltar, en las puertas occidentales del Estrecho, por donde se pasa del Océano al Mediterráneo; Malta, entre los mares de Italia y los mares de Grecia; Chipre, entre los mares de Grecia y los mares del Asia menor; Perim, á la salida del istmo de Suez; Aden, y Moka, y Singapoore, en el océano á que dan su doble nombre India y China; todas estas factorías dicen que la política inglesa sólo tiene un objeto: proteger y amparar la inmensidad del comercio inglés en la tierra. Y para el cumplimiento de tal proteccion el Egipto entra en tanto grado, que aquel maravilloso novelista de la política intercontinental inglesa, gustando de suspender y sorprender á la opinion europea con sus acuerdos, como sorprendia y suspendia á los lectores con sus enredos, sin que nadie lo advirtiese y lo sospechase, amaneció un dia con la compra del canal de Suez, tan combatido por los ingleses en general, y en particular por los supersticiosos y resistentes conservadores. No digamos nada de Francia. La cuasi independencia del Egipto se debe á su intervencion, que no dudó un punto, bajo el reinado pacífico del monarca de la clase media, por mil ochocientos cuarenta, salirse del concierto europeo y arriesgarse á una guerra universal, por coronar y rematar la obra de aquel guerrero nacido, como

Alejandro, en Macedonia, fundador de la dinastía hoy reinante aún, Mehemet Alí, cuya espada, despues de someter á los fellhas, perseguir á los beduinos, atemorizar á los nubios, vencer á los sirios, exterminar á los mamelucos, detener á los griegos, dominar en el antiguo califato de Damasco y en el sacratísimo territorio de la Meca, trazó, á expensas del Imperio turco, la carta geográfica de esa nueva nacionalidad musulmana que se llama el Egipto.

Y áun hay más; sea cualquiera el egoísmo de los intereses y la dura fatalidad á que están sujetas las funciones cuasi mecánicas del trabajo y del cambio, no puede, no, dudarse ni un punto el hermoso lado moral de la influencia francesa en Egipto. Cuando todos dudaban, ella creia. Cuando todos regateaban su dinero á una empresa que veian fabulosa, ella lo dispensaba con profética prodigalidad. Miéntras el inglés, en su falta completa de imaginacion, calculaba gastos é ingresos y deducia la ruina total de accionistas y obligacionistas, el frances abria las entrañas de los desiertos, juntaba las olas de los mares, renovaba entre las cumbres del Sinaí majestuoso y las arenas del desierto bíblico los milagros antiguos; traia la edad dorada de los Argonautas y de los Hércules; hallaba vías desconocidas, como Colon y Magallánes; ensanchaba el planeta, y unia en comunes y santas es-

peranzas á la humanidad, como siempre que se vence un secular obstáculo y que se cumple un humano progreso. La creciente marea de la democracia y la necesaria igualdad de condiciones van hoy agrandando las colectividades y disminuyendo los individuos, resultado consiguiente á la mejora indudable y á la mayor ilustracion de todos. Pero si quereis ver todavía un grande hombre, apresuraos á tratar ese Lesseps, hijo de un provenzal y de una catalana, que parece reunir en su sangre todas las razas y en su boca todas las lenguas del Mediterráneo; diplomático, industrial, comerciante, poeta, orador, héroe del trabajo, mártir de su vocacion, el cual ha necesitado tanto de su habilidad política como de su esfuerzo material para esa obra de gigantes, cuya terminacion ha cambiado, como el descubrimiento del Cabo de las Tormentas, por Vasco de Gama, y el descubrimiento del Estrecho americano entre el Atlántico y el Pacífico, por Magallánes, la configuracion del globo y las relaciones entre los pueblos.

La Francia, en la expansion que le dieran sus libertades y sus revoluciones, ha recogido un ministerio histórico, á nuestro ver, propio de Italia y España, imposibilitadas de cumplirlo, aquélla, por su falta de independencia nacional, y ésta, por su falta de derechos políticos en todo el pasado siglo y á principios del siglo corriente. Es el ministerio

á que me refiero la civilizacion del África mediterránea, cuya parte oriental debe corresponder á los italianos, y cuya parte occidental á los españoles. Nada más contrario al destino de la nacion francesa que las dilataciones militares por las costas africanas. Francia, el pueblo iniciador por excelencia, el pueblo de las ideas nuevas, el pueblo de la democracia y de la república, el tribuno de la igualdad política, el profeta de los humanos progresos, tiene harto que hacer con representar todos estos principios en la parte central del Continente europeo. Abierta, como á todas las ideas, á todas las irrupciones; con el inmenso Imperio germánico al frente y con el inmenso Imperio británico al lado, siempre sus rivales, cuando no sus enemigos; necesita concentrarse por completo en Europa, y representar el sol que atrae, ilumina y vivifica con su luz, con su calor, con su fuerza, la confederacion europea. Rodeada de pueblos monárquicos, cual sucedió en su tiempo á la inspirada Grecia, la cual se veia de contínuo amenazada en su libertad, en su república, por el Imperio persa y el Imperio macedónico, necesita de todos sus hijos, para su conservacion y su defensa, indispensables de todo en todo á la conservacion, y al lustre, y al progreso de la democracia universal. Luégo la política de raza hoy se impone al mundo, y Francia está llamada, por miles de títulos, á iniciarla con sus inspiraciones

en Europa y á traerla con sus esfuerzos á la realidad. ¡Oh! La unidad germánica y la unidad eslava, cumplida casi aquélla y muy adelantada ésta, piden á voces entre los pueblos latinos una inteligencia que nadie puede concertar como Francia. Y sus aspiraciones africanas le impiden esta obra, porque la obligan á extenderse por Marruecos y por Túnez, y esta peligrosa extension la obliga á herir de consuno á la nacion española y á la nacion italiana. Pero sea de todo esto lo que quiera, sus últimas operaciones en el antiguo territorio cartagines, y su dominacion ya establecida en Argelia, impúlsanla con impulso incontrastable á una intervencion más ó ménos directa en ese nefasto y misterioso Egipto.

Naturalmente, causas múltiples empeñan á los dos grandes pueblos occidentales en una intervencion inmediata dentro del Egipto. Gambetta, que se parece un poco á los primeros césares romanos en esto de continuar la política imperial bajo las formas republicanas, así como queria en el interior un Estado sobradamente poderoso, cual cumple á su jacobinismo, queria en el exterior la invasion y la guerra. En su furor estaba por una ocupacion inmediata, y en esta ocupacion inmediata no se curaba si le seguia ó no Inglaterra. Por todos estos planes late un gran patriotismo, pero tambien una gran temeridad. La Francia necesita, para in-

tervenir en Egipto, por lo ménos sesenta mil hombres, y para proveer á estos sesenta mil hombres necesita otro número considerable, áun desatendiendo Túnez y Argelia, donde se aumentaria la necesidad de refuerzos, á causa de la creciente agitacion natural á todo encuentro y guerra entre cristianos y moros. El Gobierno inglés, á su vez, desde los comienzos de la cuestion ha mostrado que no quiere trabar guerra de ningun género con ningun pueblo, ni áun con el pueblo egipcio; primero, por la debilidad que le traen los achaques de Irlanda; y despues, por la repugnancia invencible de los partidos avanzados, economistas de suyo, á los conflictos cruentos.

Así, lo primero que notificó á Francia esa Inglaterra fué su desistimiento de toda intervencion armada. Por consecuencia, la temeridad de la política gambetista raya en demencia, si añadimos á los peligros de toda intervencion los peligros mayores de un completo abandono. Quien así desconociese la realidad viviente y aceptase los riesgos de una guerra universal contraeria responsabilidades tan tremendas como las contraidas por Ollivier ante su propia conciencia y ante la humana historia. Por todas estas razones, hame parecido aceptable la política del actual Ministerio frances renunciando á toda intervencion directa y trayendo la Europa entera con empeño á una conferencia

internacional, y de una conferencia internacional, quizás á un concierto y convenio que por el pronto nos evite los horrores de la guerra. La conferencia está reunida ; esperemos sus resultados.

No hay que forjarse ilusiones ; imposible medir los pueblos mahometanos por las reglas aplicables á los pueblos europeos. El Koran, ese libro escrito hace siglos, con su legislacion inmutable, y el fatalismo, esa cadena moral, arrollada desde su nacimiento en el alma de todo musulman, condenan los pueblos islamitas á no levantarse del sueño penoso de la servidumbre sino para caer en los estremecimientos epilépticos de la guerra. Mahoma no acertó á organizar una sociedad ; organizó un campamento. Miéntras combaten los mahometanos, viven; así que la paz pide la sustitucion del trabajo constante al esfuerzo heroico, desaparecen y mueren. Inútil pensar en su libertad, completamente inútil. Para emancipar un pueblo asaz teocrático, precisa conseguir primero la emancipacion de su conciencia, ese motor de la voluntad. Con el Koran sobre la cabeza, sólo se puede llevar un déspota sobre las espaldas. Aun recuerdo las ilusiones que forjaban respecto al Imperio turco todos cuantos creian posible la ideal constitucion de Midhat-Bajá. La constitucion queda hoy como el recuerdo de una pesadilla, y el constituyente yace allá en los arenales de Arabia, como la sombra de

un cadáver. Ya lo veréis; la suerte del héroe de ahora, la suerte de Arabi-Bey se parecerá mucho á la suerte del héroe de ayer, á la suerte de Midhat-Bajá. Él podrá, en su gloria y en su poder de un momento, destruir la dinastía de Mehemet-Alí; romper el trono de los vireyes; convocar la Asamblea de los notables; tener en torno suyo un ejército; tronar desde la ciudadela de Alejandría, testigo de tantas tragedias históricas; reirse de las escuadras europeas, que comienzan á ponerse ante el faro de los Tolomeos tan en ridículo como se pusieron ante el Dulciño de los turcos; suscitar una conferencia diplomática, y tras la conferencia diplomática, quizás una guerra universal; pero no podrá cambiar la naturaleza que los ardores del clima y los principios del Koran prestan á su extraño pueblo. Los más grandes reformadores de los imperios árabes han cambiado los tribunales, ó los tributos, ó los ejércitos, ó la organizacion territorial; pero no han cambiado ni la servidumbre irremediable de abajo, ni la omnipotente autoridad de arriba. Más fácilmente limpiaréis de cocodrilos el rio misterioso, de leones el desierto inmenso, que de supersticiones la conciencia musulmana. Y cuando la esclavitud está en la conciencia ningun medio material, ninguno, la rescata y redime. Cuantos hablan de partido liberal y de partido nacional en Egipto, hablan de una entelequia ver-

daderamente incomprensible. No tiene remedio: esos pueblos, ó han de estar en barbarie ó han de estar en tutela. Podrá la tutela ciertamente resultar una manzana peor que la de Páris, ya lo creo; pero existirá por necesidad. Confiarla de grado al sultan equivale á cederla de balde á quien más la necesita. Europa se detendrá hoy ante un conflicto, y hará bien, pues, amargo cáliz es la guerra. Pero no se resuelven las cuestiones cuando se aplazan. Será preciso meter pronto en cintura por algun medio al Jetif del Cairo, al Sultan del Bósforo y á sus enviados más ó ménos bajáes, al dictador de la ciudadela de Alejandría, al fellah perezoso, al perceptor avaro, al beduino insolente, al nubio invasor, á Ismael y sus intrigas, á Halim y sus pretensiones, á Tewif y sus debilidades, á los exactores sin número, á los serrallos sin vergüenza, á los santones que prediquen el armamento universal, á una raza entera, la cual tiene los refinamientos de la cultura decadente con la crueldad de la barbarie primitiva, y entónces volverá de nuevo á surgir esta situacion irresistible, ó una tutela europea, por todos designada y consentida, ó el desastre de la conflagracion y de la guerra.

LOS CONFLICTOS ORIENTALES.

No podemos ocultarlo. Siempre que relampaguean las amenazas de guerra en Europa caen espesas nubes de tristeza sobre nuestro corazon. Represéntansenos ciudades florecientes, campos sembrados, fábricas en trabajo, productos en circulacion, generaciones henchidas por el amor y la esperanza, desplomándose, al soplo devastador del ódio, en la desolacion y en la muerte. Cuantas veces he visitado los campos de batalla, las ciudades en asedio, los teatros del exterminio, y he visto las cenizas calientes de los incendios, los muertos insepultos en los surcos hechos por los instrumentos de la destruccion, el aleteo de los cuervos en los aires infestados de miasmas deletéreos, no he podido contener un grito de maldicion en el pecho á nuestra inferioridad y á nuestro atraso, y en los ojos una lágrima de compasion á nuestra infeliz especie. Así, ahora, en estos momentos horribles de perplejidad y de duda, reci-

biendo todos los dias noticias de amenazas al canal que une tres continentes del Viejo Mundo y de la antigua historia; noticias de persecuciones religiosas y de matanzas horribles; noticias de aprestos militares y de bombardeos próximos, la congoja por tanto mal inminente nos ataracea como en nuestra primera juventud, y el dolor apénas deja lugar al pensamiento.

Tal es nuestra humanidad, tal nuestro planeta. Junto al trabajo que crea y produce, la guerra que arruina y destroza. El mal tiene, como la muerte, un trono, que no podemos derribar con todas nuestras fuerzas. Cada diez años, nuevos conflictos cruentos sobrevienen como en los tiempos peores de la Historia. Las razas cultas se ven obligadas á ejercer forzosa tutela sobre las razas incultas, y esta obligacion imprescindible de las unas, complicada con la resistencia natural de las otras, engendra los combates como las electricidades opuestas y contrarias engendran las tormentas. Siempre han existido en esta ú otra forma los grandes imperios coloniales; siempre ha necesitado el comercio, como un preliminar indispensable, de la guerra. Las naciones puramente mercantiles no han existido jamas. Cartago misma, derivacion de aquella Fenicia que fundaba factorías y no dominios, engendró un Aníbal, encargado de atajar con su espada en los campos á la rival que dete-

nia sus naves en los mares y que le disputaba las colonias de España y de Sicilia. Es una ley natural, dado el desequilibrio en las regiones várias de nuestro planeta. Venecia, república marítima, colonial, mercantil, sin la que apénas hubiera conocido la primera Edad Media el Oriente, tuvo guerras múltiples á causa de sus múltiples cambios. No fueron las expediciones portuguesas, que sucedieron á las expediciones venecianas, una invencion tan sólo de audaces navegantes, sino un esfuerzo heroico de valerosísimos guerreros. La grande nacion colonial del siglo décimosexto, la nacion española, descubrió y guardó sus innumerables colonias, á costa tambien de innumerables sacrificios. Los desequilibrios en la atmósfera planetaria traen los huracanes, y los desequilibrios en la civilizacion universal traen las conquistas.

Dos grandes naciones, ó mejor dicho, dos imperios desmedidos, existen hoy en el mundo : el Imperio moscovita y el Imperio británico. Aquél es un Imperio esencialmente conquistador, que busca por las conquistas las colonias, y éste, un Imperio esencialmente colonial, que para conservar las colonias tiene imprescindible necesidad de las conquistas. Corria la mitad del siglo décimosexto, y las naves inglesas abordaban casi á un mismo tiempo en las costas de la tierra que más tarde habia de ser la república sajona, y en las

costas de las tierras que más tarde habian de constituir el inmenso Imperio ruso, cuando aquel navegante, Chancello, que arribaba en 1558 de Moscou á Escocia, llevando el primer embajador del Czar conocido en el pueblo inglés á las plantas de la moribunda María Tudor. ¡ Quién le hubiera dicho que llevaba el representante de la nacion destinada por el hado á disputar el dominio del Asia en lo porvenir á los sajones, que á la sazon sólo conocian una rivalidad abrumadora en el mar, la rivalidad de nuestra España! El conflicto entre Fenicia y Grecia, que llegó hasta los muros de Sagunto; el conflicto entre Roma y Cartago, que llegó hasta los campos de Capua; el conflicto entre Venecia y Constantinopla, que complicó hasta las mismas Cruzadas; el eterno conflicto entre el Oriente y el Occidente, que explica desde las conquistas de Alejandro hasta las intrigas de Cleopatra, se reproduce hoy á nuestra vista en la complicada y pavorosa cuestion de Egipto, que va cargada indudablemente de procelosísimas guerras.

Naturalmente, hoy, en la complicada civilizacion moderna, los conflictos guerreros no tienen la sencillez clásica que tenian en la civilizacion antigua. Por ejemplo, la cuestion de Egipto es, al fin y al cabo, la cuestion de Oriente, y la cuestion de Oriente, al fin y al cabo, es toda la cuestion euro-

pea. Por más que quieran las potencias esforzarse por abreviar el período de conflicto y reducir sus consecuencias, todos los términos del problema oriental se hallan contenidos y encerrados en cada una de sus fases. Parece á primera vista que Rusia y Alemania se entienden, cuando Rusia y Alemania tienen dos intereses diversos y opuestos, porque aquélla pretende alzar en Constantinopla un imperio greco-eslavo, y ésta pretende alzar en Constantinopla un imperio austro-eslavo. Parece que Italia y Austria se entienden, y no pueden, no, entenderse, porque Austria pretende conservar su dominio sobre las costas orientales del Adriático, tenidas y contadas por Italia como una parte integrante de su antiguo territorio. Parece, sobre todo, que Francia é Inglaterra se entienden, y Francia é Inglaterra tienen opuestos intereses en África, dígase lo que se quiera, como han mostrado las susceptibilidades inglesas con motivo de la cuestion de Túnez, y como han mostrado las preliminares últimas con motivo de la cuestion de Egipto. Pasa, en realidad, que necesitando todas las naciones para el respectivo logro de sus diversos intereses mucha preparacion y muchos medios, suelen aplazar los conflictos por creerse poco apercibidas á resolverlos en pro de sus antiguas ambiciones.

En este momento, no habia que dudarlo, Ingla-

terra necesitaba intervenir en Egipto. Dos escuelas predominan hoy en su gobierno, que parecen de todo en todo contradictorias con la intervencion, la escuela de los economistas y la secta de los cuákeros. Para los economistas toda guerra es una contradiccion radical con la política de comercio á que se halla el nombre británico adscrito en la tierra; para los cuákeros toda guerra es algo más, es un pecado contra el Dios del amor, contra el Dios del derecho, contra el Dios del Evangelio. La escuela economista se ha interpuesto de antiguo entre las rivalidades de Francia é Inglaterra, como la secta cuákera se ha ufanado en su puritanismo tradicional de maldecir hasta las inevitables enemistades entre la Gran Bretaña y la Gran Rusia. Brigth representa en el Ministerio inglés á los cuákeros, para quienes la paz es una necesidad del alma, y Chamberlain representa en el Ministerio inglés á los radicales, para quienes la paz es una necesidad del comercio. Mas nada muestra la imposibilidad completa de que los partidos y las sectas compongan toda la sociedad, como la ruina total de sus intereses en estos trances críticos de la existencia nacional. La Inglaterra de los radicales tiene que curarse del Imperio turco, lo mismo que se curaba la Inglaterra de los conservadores. El itsmo de Suez resulta una parte tal del Imperio sajon, como cualquiera de las tres islas

reunidas. El canal del mar Rojo le importa como el canal de San Jorge. No puede consentir, no, que la obra capital de la civilizacion moderna, especialmente abierta para sus naves y para sus productos, quede á merced completamente de la barbarie.

No puede consentir que la tierra, mediadora entre África, Europa y Asia, esté dominada en absoluto por árabes indolentes, beduinos indóciles, nubios feroces que han menester para vivir entre sí en paz del temor á la dura tutela de una superior autoridad, y á la constante amenaza de un terrible castigo. Aquella máxima, tan sabida antaño, respecto á la necesidad para los ingleses de contar las cuestiones interiores del Imperio turco cual cuestiones interiores del Imperio británico, máxima desusada hogaño, ha renacido á la vista del radicalismo triunfante y gobernante, como si los hechos sociales se movieran por impulsos propios adrede para desconcertar y perder las ideas y supersticiones de los individuos y de las sectas. Por mucho que reinen y prevalezcan las doctrinas humanitarias en el gobierno de los pueblos, no puede, no, desconocerse que los ideales, colocados demasiado cerca de la realidad, abrásanla y consúmenla por fuerza, de igual guisa que abrasaria y consumiria el sol, fuente de la luz y de la vida, nuestra tierra, si á ella se acercase mucho con su lumbre, vivificadora desde léjos. La paz á toda costa es como la

libertad en todas circunstancias; no pueden proclamarlas, no, los partidos y escuelas, sin riesgo de que desmientan sus afirmaciones los hechos. Se proclama la libertad en todas circunstancias, y hay que suspenderla por la cuestion de Irlanda; se proclama la paz á toda costa, y hay que interrumpirla por la cuestion de Egipto. Los hechos y las ideas tienen dos órbitas análogas, que se corresponden y armonizan respectivamente cuando están á cierta necesaria distancia, pero que se perturban y lo perturban todo cuando se acercan tanto que se confunden y se identifican. La realidad es respecto al ideal como el planeta respecto al sol, y como el sol respecto al planeta, que han de estar unidos y separados al mismo tiempo. Libertad siempre, sí, pero sin olvidar la excepcion de una guerra cruel; paz, sí, pero sin olvidar tampoco excepciones análogas, como, por ejemplo, la inevitable muchas veces de una agresion extranjera.

Quiera ó no quiera, Inglaterra está condenada, por una fatalidad incontrastable del mundo moderno, á perpétuas y sangrientas rivalidades con Rusia. En los dias del emperador Alejandro habrá podido Rusia retroceder ó adelantar en Europa, herida unas veces por el tratado de París, y otras repuesta por el tratado de Berlin; pero lo que no puede dudarse ya hoy en el mundo es que Rusia progresa y adelanta cada dia más en los senos mis-

teriosos del Asia. El pensamiento mismo no puede seguir el camino de sus legiones conquistadoras, ni averiguar la geografía de sus movibles dominios. Las desembocaduras del Danubio han caido en sus manos por la reivindicacion de Besarabia, y la hegemonía sobre los búlgaros. El mar Negro se ha doblado á su imperio por las rectificaciones de los antiguos tratados, y desde allí vigila y amenaza el istmo de Suez. La tierra del Asia Menor lleva heridas de sus garras por las fortalezas arrancadas á Turquía, tan funestas á la británica Chipre; aquel Cáucaso, que le opuso con Chamyl tan heroica resistencia, se ha despoblado tristemente de sus legendarios montañeses, y ha cedido al sable de los czares, como los cedros de sus laderas al hacha del leñador; los caminos á Persia le están abiertos, porque las sombras de los pendones moscovitas se reflejan por varios lados en las aguas del Caspio; la corriente del rio Amor le señala todo el interior del Asia; la organizacion del Turquestan, despues de las expediciones á Kiva, le da superior autoridad sobre las regiones de donde salieron aquellos tártaros y mongoles que por tanto tiempo atormentaron á la raza eslava y que áun hoy la desafian y la oprimen desde Pesth y Constantinopla; los últimos pasos en el Afghanistan, defendido por Disraelli y abandonado por Gladstone, revelan que no ha menester ni siquiera el dispu-

tado Merú para caer un dia sobre la India y disputar otro dia, en su incontrastable rivalidad, á Inglaterra el predominio sobre la China y el Japon, pueblos conmovidos á una por sus ambiciones, las cuales se dilatan desde las aguas del Bósforo hasta las aguas del Pacífico, y desde las orillas del Báltico hasta las costas boreales de América. Por consecuencia, en sus movimientos sobre Suez, Inglaterra busca la seguridad indispensable de su inmenso Imperio colonial.

La seguridad completa de que no se veria jamas amenazado llegó hasta el punto de menospreciar, y si no menospreciar, ver con aparente indiferencia y desden hasta lo más importante á sus intereses, hasta la hercúlea increible apertura del itsmo de Suez. Pero un dia, en 1875, súbitamente, como quien toma extrema resolucion, compra la mitad del Canal é interviene de esta suerte, con una intervencion activa y directa, en los problemas de Oriente. Ya era tiempo entónces de que tal despertamiento viniese á revelar al mundo la existencia de una política internacional en la antigua Inglaterra. Su indiferencia llegára por los años anteriores á tal extremo, que parecia no curarse ni de los propios intereses. Todos los asuntos europeos se resolvian, ó contra su influjo, ó á pesar de su influjo. Quiso intervenir en las diferencias entre Polonia y Rusia, pero no se atre-

vió ; quiso intervenir en las diferencias entre Dinamarca y Alemania, pero no se atrevió ; quiso intervenir en las diferencias entre Turquía y Creta, pero no se atrevió tampoco. Su único acto internacional de verdadera importancia consistió en la restitucion del Archipiélago Jónico á su verdadera nacionalidad: á Grecia. Dinamarca fué sacrificada, y Austria sacrificada, y Francia sacrificada, sin que se conmoviese Inglaterra. El tratado de París, que consagraba la victoria de su política en Oriente, se alteró, y el mar Negro se reabrió á las escuadras rusas. Para que nada faltase á este concurso de circunstancias adversas, vino la humillacion de Inglaterra ante América, públicamente confesada en los protocolos del litigio sobre el *Alabama*.

Las gentes decian que era capaz de dejar á los alemanes completamente la desembocadura del Rhin; á los franceses, la desembocadura del Escalda; á los españoles, la desembocadura del Tajo, consintiendo que Holanda se anexionase á Alemania, Bélgica á Francia, Portugal á España. Un escritor público, en forma de novela popular, trazó el final imaginario, pero posible, de toda esta larga decadencia; la irrupcion de los alemanes, más rápida y más victoriosa que la irrupcion de los normandos, y la ruina irreparable del Imperio inglés. Corria de boca en boca una anécdota, atribui-

da al canciller aleman, suponiendo que levantaba los hombres al oir el nombre de Inglaterra, y la tenía por irremisiblemente perdida en poder é influjo. Mucho dañó al partido radical y, por consecuencia, mucho sirvió al partido conservador tan extraña política extranjera. Cuando veis un liberal inglés y le preguntais por los ilustres repúblicos de su partido, os contesta doliéndose de la muerte del viejo Palmerston, y asegurando que su heredero, eminente hacendista, orador y sabio, de una lealtad á toda prueba y de una honradez sin tacha, desconoce por completo la política exterior y descuida en el extranjero los intereses británicos. Atribúyese por muchos, ya lo hemos dicho, esta falta irreparable al influjo preponderante de la escuela de Manchester en la política liberal; escuela que sólo mira un lado de las cosas, el lado económico, y que sólo tiene una divisa buena en la esfera de las investigaciones científicas, pésima en la esfera de los negocios prácticos, la paz á toda costa, enseña por su sencillez misma, inaplicable á un pueblo donde los intereses han predominado sobre las ideas, y han sido estudiados con el criterio de la experiencia y sostenidos con una habilidad tradicional inaccesible al dogmatismo.

Así es que en uno de los discursos más aplaudidos por los suyos y más encaminados á derrotar á sus contrarios, Disraeli aseguraba entónces que

los dos partidos ingleses en lucha se han distinguido siempre, porque los radicales anteponen los intereses de los demas pueblos á los intereses de Inglaterra, miéntras que los conservadores anteponen á todo su patria. Y quizás en alas de estas ideas subió á las simas del poder y tomó en sus manos la direccion de la política inglesa, por tanto tiempo vinculada en manos del partido liberal. Pero al pronto la trasformacion de la política inglesa no aparecia por ningun síntoma apreciable, á pesar de haber caido el repúblico ilustre á quien se acusaba de sacrificarla por completo al dogmatismo de una escuela economista.

Cuando en la primavera de 1875 las amenazas de guerra asomaron por los horizontes de Europa y se desvanecieron, merced á los conjuros de la diplomacia, los amenazados lo agradecieron á Rusia, á Italia misma, á todas las naciones ántes que á Inglaterra. El dia que los periódicos británicos quisieron granjearse la estima pública por estos recientes servicios á la paz europea, contestaron á una todos los órganos de la política alemana que la Gran Bretaña se parecia á la Gran Cartago, que sus tesoros y sus intereses materiales aumentaban á expensas de su influjo moral, que sólo podria combatir, como el púnico Senado, con soldados mercenarios, y sólo podia contar con oro y no con sangre; que su orgullo, como el orgullo de la an-

tigua ciudad fenicia, se humillaria fácilmente al empuje de pueblos más pobres, pero más patriotas, y al choque con ideas superiores á su estrecho egoísmo. Así, veíase desarrollarse, crecer la cuestion de Oriente, complicar y agravar todas las cuestiones europeas, sin que el Imperio británico pudiese tomar la menor parte en aquello que más de cerca toca á su existencia, cuando de pronto el viaje del Príncipe de Gáles á la India se decide; el paso por Egipto se convierte en una manifestacion política; la amenaza de maniobrar en las orillas del Nilo si Rusia ó Austria maniobran en las orillas del Danubio se dibuja, y la compra de una porcion importantísima del Canal de Suez aparece como todo un programa político cuya base es la necesidad para Inglaterra de sostener su preponderancia en los mares, y de asegurar fuertemente el camino hácia su Imperio asiático por una intervencion directa en el gran Canal, intervencion que fortalecen la propiedad de la fuerte plaza de Aden, allá en el estrecho de Bab-el-Mandel, tomada en 1838, cuando se suscitó la cuestion de Oriente, y la propiedad de la isleta de Perim, en medio del mar Rojo, ocupada y fortificada en 1857, cuando se vió que el Canal de Suez iba á ser abierto al comercio del mundo.

La compra de esta gran cantidad de acciones, que obraban en poder del Virey de Egipto, y que

constituia la mitad casi del capital de la Sociedad de Suez, fué muy diversamente comentada entónces, por lo mismo que representaba un cambio en la política inglesa; y estos mismos comentarios, muy á fondo estudiados, por lo mismo que señalaban con claridad las corrientes de la opinion pública en el asunto de los asuntos, en el asunto de Oriente. Desde luégo los periódicos franceses deploraron que su patria, verdadera iniciadora del proyecto, renunciase á una participacion tan grande en él por mero escrúpulo de economía, cuando las acciones se ofrecieron al Gobierno y hasta se presentaron en la plaza. La irritacion subió de punto al saberse que se desechó la proposicion de venta por un regateo indigno, y fué la compra á poder de Inglaterra por una miserable tacañería.

El Imperio aleman, que dejaba entónces al Austria y á Rusia gran libertad en Oriente, á cambio de pedirles, á su vez, gran libertad en Occidente, tomó el asunto como si fuera sólo mercantil, y propuso, por medio de sus órganos, un tratado internacional, que asegurase el libre paso de Suez y que le disminuyese su exclusivo predominio á Inglaterra. Los periódicos austriacos vacilaban á causa de la posicion vacilante de su Imperio y de la incertidumbre ya antigua en su política. Deseaban, como es naturul, una extension de fronteras en la Iliria, pero temian que los pueblos eslavos

anulen hoy á los elementos preponderantes, al elemento germánico y al elemento húngaro. Querian que la Herzegovina y la Bosnia se emancipáran de Turquía; pero temian que esta emancipacion aumentase la preponderancia de Rusia y la llevase á crear una confederacion greco-eslava en favor de su propia grandeza y en detrimento del Austria. Así no miraban de mal ojo que un gran Imperio occidental se alzase á contrastar la autoridad absorbente y avasalladora del gran Imperio oriental. En Rusia, donde hay tres partidos poderosísimos: el partido ortodoxo, el partido socialista y el partido imperial, las impresiones fueron diversas. Los socialistas, perseguidos á la sazon, ¡ah! no podian expresar su opinion. Pero los otros dos partidos la expresaban á maravilla, con pasmosa claridad. Los ortodoxos, á cuyo frente está Katkoff, odian á dos naciones en el mundo, á la Alemania y á la Inglaterra. Si en su mano estuviera el Gobierno moscovita, eleváran la compra del canal de Suez á la categoría de un caso de guerra europea. Los imperiales, ménos ardientes, se contentaban con decir que el paso de Inglaterra habia agravado la cuestion de Oriente, y que no podria extrañar mañana si se tomaba sin su consejo y sin su voto una resolucion grave en Turquía, como grave fuera la resolucion que ella tomára, sin consultar á nadie, allá en Egipto. Los periódicos ingleses dejaban

aparte todas sus querellas para alabar el sigilo con que las negociaciones se condujeron, la maestría con que se sacaron las consecuencias favorables al engrandecimiento de la Gran Bretaña y al desarrollo de su comercio. Sólo habia una excepcion en este concierto de alabanzas: la excepcion del periódico que representa á los economistas, el cual decia que semejante adquisicion era poco lucrativa; la influencia del Gobierno inglés, dados los estatutos de la Sociedad, poco decisiva; la necesidad de sostener con las armas en la mano estas propiedades cada dia más urgente. Así nadie ha extrañado que en una asociacion de pesca hablára el organizador del ejército británico de la necesidad de atender al aumento de fuerzas militares, en vista de la inminencia de grandes conflictos. Hace siete años, todo el mundo preveia en Europa el peligro que ahora corremos y trataba de apercibirse para su inveritable advenimiento. No se necesitaba esforzarse mucho para presentir que la posesion del canal en manos tan mercantiles como las manos de los ingleses, y la guarda del canal en manos tan bárbaras como las manos de los egipcios, debia traer por fuerza un supremo conflicto que sólo pudiese resolverse por el medio supremo de la guerra.

Así, ahora todo el mundo vuelve sus ojos, como en consulta y en demanda de consejo, á Lesseps, el genio que con su intuicion adivinó y con su

perseverancia abrió en el seno de Egipto esa comunicacion maravillosa entre Asia y Europa. Los ingleses, sus antiguos enemigos, los que creyeron puro idealismo su gigantesco proyecto, los que le negaron todo recurso, los que decidieron oponerse á ese rápido camino hácia las Indias asiáticas, el cual venía como á dar superioridad incontrastable á los pueblos de las orillas del Mediterráneo sobre los pueblos de las orillas del Océano, le ofrecen hoy el premio debido al genio, al valor, á la constancia, y le ciñen la corona de luz que sucede siempre en todo sublime martirio á la corona de espinas. ¡Cómo adivinó ese hombre superior que el Egipto, la tierra donde se trasformó el genio oriental, la escuela de los antiguos helenos, el anillo que uniera la Grecia con el Asia, el santuario en que la semilla de todas las libertades, la idea de la personalidad humana comenzó á brotar y donde comenzó á erguirse la estatua que iba á ser como la apoteósis y la consagracion de nuestro organismo; el oráculo de los filósofos y el observatorio de los astrónomos; la encarnacion sublime del genio de Alejandro, y el extenso zodiaco de los pensamientos neo-platónicos; aquella nacion, que por Tébas y Ménphis recogia en su seno todo el Oriente, y por Alejandría todo el Occidente; la síntesis científica de la antigua historia, como Roma habia sido su síntesis política; la misteriosa sacerdotisa, que

llevaba al seno del cristianismo las inspiraciones del Verbo; la fundadora y la iniciadora de todos los sistemas que han arrancado á la Naturaleza sus secretos y al cielo su lumbre, iba á ser todavía en el mundo moderno, merced á unos cuantos golpes de la industria y á unos cuantos esfuerzos del trabajo, como la cadena invisible de la atraccion que une los astros, el lazo material y visible que une los continentes! Si esta su obra perteneciese á tiempos más heroicos y más poéticos que nuestros tiempos, esencialmente positivistas, ya tendria los arreboles de poesía que esmaltaron el viaje de los Argonautas, ó los esfuerzos de los primeros navegantes homéricos: y las sirenas escondidas en las olas del Mediterráneo elevarian ya en su loor una odisea semejante á la antigua odisea, repetida por los coros de aquellos armoniosísimos escollos, de aquellos divinos promontorios, de aquellas serenas playas eternamente abiertas á las inspiraciones y á los milagros del arte.

Yo he conocido á Lesseps personalmente, y cuando las malas pasiones de los hombres van á manchar de sangre su obra, parece la hora más propia de contemplar á quien sólo quiso, en su ingenuidad sublime, servir é ilustrar á sus semejantes. Oriundo de las costas mediterráneas, de esas costas que dieron á Marco Polo su atrevimiento y á Cristóbal Colon su genio, tiene algo en su talen-

to de Marsella, colonia mercantil de los antiguos griegos, y tambien de Barcelona, de esa ciudad que llevó sus naves desde Mallorca á Sicilia, desde Sicilia á Aténas y Constantinopla, aumentando con la luz de su alma las espléndidas estelas de sus mares y las constelaciones de sus cielos. Marsellés por su padre, catalan por su madre, reune á la vivacidad de los marselleses la reflexion de los catalanes. Á estos prestigios de su nacimiento se agregan los prestigios de su educacion prodigiosa en los palacios orientales, comenzada á la sombra de las pirámides, á las orillas del Nilo, entre las ruinas de los templos, sobre las arenas de esos desiertos que han consumido tantos pueblos y han exhalado tantas ideas; donde parecen los milagros como los fenómenos de cada dia, y como cosa natural, naturalísima, lo sobrenatural y lo maravilloso. Habla, ademas de su lengua nacional, el griego moderno y el árabe antiguo; el catalan, como si áun estuviera en Barcelona; el castellano, como si áun estuviera en Madrid; y esa jerga franca de nuestros marinos del Mediodía que oís en todos nuestros puertos, y que parece como la base de un idioma internacional. Oyéndole creeis oir á un San German; sólo que, como aquél asistiera á todos los tiempos de nuestra historia, éste ha asistido á todos los espacios de nuestro planeta. Su edad es ya avanzada, pero su cuerpo todavía está erguido.

En su frente resplandece la inteligencia, y en su entrecejo la tenacidad y la porfía. El mirar es profundo; los ojos, avizores y penetrantes. Blanquea su cabeza, blanquea su bigote, y tiene su tez todavía la bronceada máscara que le ha puesto el sol de los desiertos. ¡Cómo ha trabajado ese hombre! Viajero incansable, escritor increible, orador abundantísimo, poeta verdadero, se ha inclinado como los cortesanos y se ha erguido como los tribunos; ha disimulado en los Consejos de los reyes como un florentino, y ha gritado en las Asambleas de los pueblos como un demagogo; ha arrastrado en pos de sí á los creyentes con sus trasportes místicos y á los comerciantes con sus cálculos mercantiles, envolviéndolos á todos en los arreboles de su poesía. Así, y sólo así, ha roto el obstáculo geológico que separaba las aguas del mar Rojo de las aguas del mar Mediterráneo, y á la vista del Sinaí, sobre las tierras de las peregrinaciones israelitas, allí donde vencieron los esclavos y se ahogaron en los abismos los Faraones, le ha mantenido la virtud por excelencia creadora, la virtud de su fe en la grandeza de su obra, virtud que ha movido los montes y ha ablandado las piedras.

Yo le he oido hablar de los príncipes de Oriente con la poesía de Lamartine, y de los resultados del canal con la seguridad de Cobden. Dumas le envidiaria si le pudiese escuchar, refiriendo su em-

bajada en Madrid al lado de Narvaez, y las aventuras de su inmediato sucesor el príncipe Napoleon, en mal hora elegido para representar los crepúsculos del Imperio bonapartista en la villa inmortal del Dos de Mayo, digna capital del pueblo que sostuvo la heroica guerra por su libertad y por su independencia. La crónica de sus relaciones con el virey Mahomet-Said ofrece á cada paso un dramático incidente que parece copiado de las relaciones bíblicas ó de los cuentos árabes por su inspiracion oriental. Nada más curioso que el viaje de Said á toda máquina por el ferro-carril egipcio, huyendo de la presencia de Lesseps en el Cairo, por temor de perderse en el concepto de Inglaterra y de enajenarse al sultan de Constantinopla. Nada más gracioso que la observacion de su inmediato sucesor, el jetif Ismail, hoy destronado, cuando en aquellas carreras vertiginosas y desenfrenadas, le dice á su predecesor: «Corremos muchos más peligros huyendo de Lesseps que correríamos hablando á Lesseps.» ¡Cuán oriental es aquel Consejo de ministros en que el virey truena contra todo proyecto de canal en frases exageradas, y los ministros con él truenan, ménos el gobernador de Alejandría, que se queda solo al terminarse la sesion, y le dice: «He comprendido á V. A.; esos imbéciles no saben que ahora es cuando se abre el canal de Suez, puesto que V. A. lo combate pú-

blicamente de esa suerte para favorecerlo mejor en secreto.» ¡Qué gracia en el encargo de que le compre en París un coche con asientos muy muelles en el testero para él, y asientos muy incómodos al vidrio para sus dos aduladores! ¡Qué característica esta advertencia por Said dirigida á Lesseps: «Cuando vengas á Palacio y me veas el baston que tú me has regalado, háblame del canal; cuando no lleve ese baston, nunca me hables, por interes y por prisa que tengas!»

Naturalmente, la opinion de Lesseps influye de un modo poderoso en las soluciones relativas al canal, por lo mismo que la opinion de Lesseps está fundada en el conocimiento de aquellas tierras y de sus habitadores misteriosos. Para el grande ingeniero, Europa, y especialmente Francia, proceden mal, cuando quieren forzar la mano de los egipcios, y constreñirla por medio de tal violencia inútil á que gobierne con arreglo á sus preocupaciones y á sus deseos. Dos intereses únicamente pueden tener los pueblos occidentales en los negocios egipcios; el interes de percibir los cupones de la deuda nacional, y el interes de conservar la libre navegacion de los canales. Lesseps asegura que la deuda será pagada con religiosidad, y el canal conservado con esmero. Pero, si una intervencion extranjera llegase, todo podia perderse naturalmente, suspendiéndose por necesidad los

pagos del cupon para cubrir las necesidades urgentes del combate, y cegándose, como disposicion estratégica indispensable, las aguas del Nilo que cubren las honduras del canal y que juntan los dos antiguos mares. Para Lesseps hay en los senos de la raza egipcia cierto gérmen de aspiracion nacional que no pueden combatir las nacionalidades modernas. En su juicio, Arabi-Bey, con todas sus veleidades orientales, con todos sus alardes guerreros, con todas sus ambiciones de caudillo, con todas sus aventuras, bien propias del Asia y del África, representa una tendencia nacional que late con fuerza en los senos del Egipto. Repúblicos liberales como el Gladstone de Inglaterra, como el Freycinet de Francia, como el Mancini de Italia, no pueden de ninguna suerte contrastar fuera de su patria principios iguales á los que representan ellos dentro de su patria. Para Lesseps, Arabi-Bey, entre las pirámides y las esfinges y las mómias del Egipto, es la libertad moderna que se levanta en el seno de aquellos frios y desiertos panteones, triste habitacion de la muerte, para mostrar todo el poder y todo el vigor de la vida que hay encerrada en ideas, cuyas virtudes alcanzan á resucitar á los muertos, como las palabras del Jesus de los Evangelios.

Respetemos las opiniones del gran iniciador, pero digamos de nuevo que no pueden aplicarse á

Oriente las ideas puras del derecho moderno y de la civilizacion liberal. Por muy espiritualistas que seamos, no hemos en modo alguno de ignorar ciegamente ó desconocer adrede las fatalidades físicas á que está sujeto nuestro cuerpo; las fatalidades fisiológicas á que está sujeta nuestra complexion; las fatalidades históricas á que está sujeta nuestra raza; las fatalidades lógicas á que está sujeto nuestro entendimiento. Vencerlas y superarlas en todo lo posible, tal es la obra del reformador; pero suprimirlas por las arbitrariedades del pensamiento, ¡ah! tal es la errónea idealidad del utopista. Las tribus musulmanas tienen grandes virtudes para la religion y para la guerra; pero las tribus musulmanas no tienen ninguna virtud para la libertad y para la democracia. La idea de Dios inunda su alma, y en esa inundacion todo lo que no sea Dios desaparece. Así, no hay dioses ni santos en su religion uniforme. Si acaso entra algo humano, es un profeta, capaz de entrever al Creador con alguna más claridad que el resto de los mortales, y anunciarlo al mundo con mayor poesía y elocuencia. No les mostreis, pues, cosas bellas con ánimo de conmoverlos, porque en su interior compararán nuestras frágiles creaciones con la hermosura eterna; ni cosas grandes ó poderosísimas, con ánimo de asombrarlos, porque para ellos no puede haber poderío como la virtud creadora que colgára en los

espacios la tienda azul de los cielos, y suspendiera en lo infinito por cadenas invisibles las aureas lámparas de las estrellas: toda sabiduría humana se oscurece á sus ojos ante la omniciencia divina, y no merece ni la pena de una velada, y toda voluntad, por avasalladora, por incontrastable que sea, se somete á otra voluntad más impetuosa que los huracanes juntos y más fuerte que las fuerzas ósmicas: á la omnipotente voluntad de Dios.

En presencia de ese ideal, nuestras obras artísticas son cadáveres, sombras nuestras ideas, juguete nuestra mecánica, pueriles caprichos nuestras libertades de ciudadanos. El Egipto constituyó en los tiempos de su gran esplendor un imperio de siervos mandado por las dinastías diversas de Faraones soberbios, y no ha constituido jamas una libre nacionalidad, como la entendemos los modernos. Su período helénico es de brillo en las ciencias y de triste decaimiento en la política. Los Tolomeos, despues de haber dado algunas ideas más á la conciencia y haber descubierto algunas estrellas más en el cielo, se recluyeron con Cleopatra en los panteones de pórfido. A la gran desmembracion del Imperio romano; cedido á los bizantinos el delta egipcio, no sale de un Imperio sino para caer en otro Imperio; no sale de los Césares de Constantinopla, sino para caer en los Omniadas; ni de los Omniadas, sino para caer en los

Abasidas; ni de los Abasidas, sino para caer en los mamelucos; ni de los mamelucos, sino para caer en los turcos: provincia del Gran Sultan hasta este nuestro mismo siglo, en que Mehemet-Alí, superior, ciertamente, al vano Arabi-Bey, pudo constituirlo, por milagros increibles de la fortuna, y milagros más increibles aún del genio, no en nacion moderna, no, en feudo semi-separado y aparte de la Sublime Puerta.

De consiguiente, no hay en Egipto una nueva nacionalidad más ó ménos formada, no; hay una tribu más ó ménos semítica. Por mucho que se quiera servir á la estabilidad y á la paz, el Egipto necesita una tutela europea, y no la vana y peligrosa tutela del Sultan; pupilo unas veces de Inglaterra, otras de Francia, otras de Austria, y ahora de Alemania. El mundo civilizado no puede consentir que la principal artéria de nuestro planeta se halle á merced y arbitrio de un pueblo bárbaro que no responde en muchos trances ni de los beduinos ni de los nubios, por los cuales se halla circuido y asediado á la contínua. El vireinato egipcio, tras la colosal apertura del istmo, resulta en las combinaciones múltiples de la diplomacia y del comercio una Turquía en África. Y áun Turquía, por su situacion privilegiada en Constantinopla, por sus tradiciones cancillerescas, por su Divan histórico, por el organismo de su im-

perio militar, por la experiencia de sus relaciones internacionales, por su autoridad diplomática, responde ciertamente de algo y es garantía para algo, miéntras ese tristísimo Egipto, ni bien dependiente de Turquía, ni bien autónomo é independiente; con sus príncipes semidestronados y semireinantes; con sus ingresos percibidos por extranjeros codiciosos y sus tributos dependientes de fellahs indóciles; con su órden añejo de sucesion, cambiado por otro no bien constituido; con sus tres dinastías en guerra; con su partido militar, que sólo acierta hoy á subvertirlo todo, y su partido nacional, que no acierta con lo que quiere y desea, es un peligro, y peligro contínuo, para la paz y la prosperidad del mundo.

Mas ¡tristeza da decirlo! no hay medio humano de sustituir allí un régimen vividero al régimen vigente. La intervencion del Imperio turco, á la cual Alemania é Italia se inclinan, ésta por impedir un ocupante más fuerte, aquélla por continuar su guerra con Francia, no puede satisfacer al mundo, pues resulta un verdadero y lamentable retroceso en Oriente. La conquista de Inglaterra nos alarmaria mucho á todos los pueblos mediterráneos, harto heridos ya por la multitud de regiones latinas que los ingleses detentan desde Jersey hasta Chipre. No hay que hablar de la conquista francesa; la contrastarian desde luégo los italianos,

malhumorados por la irreflexiva expedicion á Túnez, y la verian de muy mal ojo los alemanes y los ingleses. Italia no tiene aún fuerza para una empresa de tal monta, y de intentarla, que no la intentará, y de recogerla, que no la recogerá, ciertamente, á instancias diplomáticas, recelosas de un conflicto é incendio universal, veríase contrariada por Francia desde Túnez; por Francia, la cual no quiere consentir otro influjo superior al suyo en el África oriental, y contrariada por Turquía desde Trípoli; por Turquía, la cual no quiere, no, en ningun punto del territorio imperial, y ménos en Egipto, la tutela cristiana. Esa ocupacion simultánea de todas las potencias, con guarniciones babilónicas, suma todas las dificultades ya dichas, y no trae ninguna solucion duradera y firme al terrible conflicto. Nunca están más léjos de entenderse las naciones europeas que cuando se reunen solícitas en Conferencias diplomáticas, y nunca más inclinadas á combatir por sus intereses que cuando firman protocolos de desinteres completo. No vemos en estas circunstancias una solucion racional á tantas graves complicaciones; y al no ver solucion alguna, temblamos por la paz de los tres continentes del viejo mundo, porque ¡ay! si la razon se retira de un conflicto por no poder con sus ideas de justicia resolverlo, sobreviene tristemente la fuerza.

EL EGIPTO.

No pregunteis á las gentes por ninguna cuestion que no sea la cuestion del Canal y del Egipto. Cotizaciones de Bolsa, votos de Cámaras, crísis de ministerios, crónicas de periódicos, debates de Academias, secretos de diplomáticos, vociferaciones de clubs, todo con Egipto se relaciona y enlaza, pues provoca Egipto con sus problemas, inundaciones de sangre, mucho ménos próvidas, ciertamente, que las inundaciones del Nilo. Pasado el primer estupor producido por el bombardeo de Alejadría; ocupada la ciudad militarmente y enhiesta la bandera británica en sus fuertes; obligado Arabi á retirarse al Desierto para defender como rebelde la tierra que ayer dominára como dictador; convertido el Jetif en una especie de funcionario inglés; desacreditada la Conferencia de Constantinopla, todo el asunto egipcio se reduce

á saber si Turquía, de suyo, auxiliará con resignacion á Inglaterra, ó si Turquía, de ajenos impulsos movida, provocará una disidencia, en la cual estalle por fuerza el terrible problema de Oriente, y con el terrible problema de Oriente, la universal guerra de Europa. ¡Inmensa dificultad! La indisoluble alianza con Inglaterra está en las tradiciones de Turquía; pero, ¡ha cambiado tanto la política turca! La conservacion del Imperio turco está en las tradiciones de Inglaterra; pero ¡ha cambiado tanto la política inglesa! Desde que dejó á Rusia pasar el Pruth y el Danubio, recorrer á su arbitrio los Balkanes, restaurar su posicion antigua en el mar Negro, retrotraer á sus dominios la perdida Besarabia, fundar el Estado búlgaro y proponer el arreglo de San Estéfano, sin que se le ocurriera otro remedio sino quedarse en Chipre, aumentando la triste agonía del moribundo, vimos claramente á una todos que se habia concluido la secular decision de Inglaterra por Turquía, y que comenzaba en nuestro continente una política desconocida para los diplomáticos de oficio, y cargada con grandes y terribles guerras. Ya nos encontramos en el primer período, y vemos la primera fase de esta situacion verdaderamente nueva: un caudillo acepto á Turquía provoca las iras de Inglaterra, y la obliga y constriñe á tomarse la justicia por su mano en tierras dependientes del Sul-

tan. La incógnita pronto se despejará. « O con Inglaterra ó contra Inglaterra », van á decirle al Divan : Si Turquía está con Inglaterra el conflicto se aplaza ; y si Turquía está contra Inglaterra, el conflicto estalla. Natural, pues, que la cuestion egipcia embargue todos los ánimos y atraiga todos los pensamientos.

Y dos sucesos han pasado que merecian mayor atencion y estudio ; uno, la crísis ministerial francesa, y otro, la crísis parlamentaria británica. La crísis ministerial francesa, que ha estado á punto de traer la dimision del Presidente, y que ha tenido á Francia quince dias sin Gobierno, prueba cómo la persona y la política de Freycinet se imponian por su propia fuerza, y cómo el derribarlo sin reflexion ha resultado una ligereza y una voluntariedad sin enmienda. Las tentativas estériles para formar un Gobierno de autoridad y de fuerza, dando, por fin y postre, un Gobierno de paso y de remiendo, muestran cómo la contínua sucesion de Ministerios, debilitados luégo por la contínua sucesion de crísis, ha destruido las fuerzas vitales del partido republicano y gastado sus jefes más eminentes. No podia suceder otra cosa despues del abuso hecho de la victoria, llevándola ciegamente á los últimos límites de la violencia, y á las últimas exageraciones de la democracia, con olvido completo de que la obtuvieron los republicanos

tras las absurdas tentativas restauradoras por la moderacion de su conducta precedente y por la sobriedad de sus programas políticos. La democracia francesa confunde la naturaleza de los partidos que han de producir Ministerios transitorios, y la naturaleza de los partidos que han de fundar instituciones eternas. El partido republicano frances no se parece, ni al partido wigh de Inglaterra, que ha de traer por necesidad reformas, cuando el sentimiento público las reclama sin tocar á las instituciones fundamentales, fuera por completo de competencia y debate; ni al partido radical italiano, que significa el movimiento, el progreso, el cambio en sentido avanzado, sin salir nunca del claro límite, puesto á todas estas nobles aspiraciones por la monarqnía saboyana, de nadie contestada y por nadie combatida entre cuantos pueden aspirar allí al gobierno : el partido republicano frances tiene á su derecha un partido conservador, que trata de volcar la república en la restauracion, y á su izquierda un partido revolucionario, que trata de volcar la república en la utopia, necesitando, por lo mismo, arte sumo para navegar entre sendos bajíos, y suma paciencia para ceder, á las sábias lentitudes del tiempo, la grande obra, destinada en providenciales designios á durar por siglos de siglos, como sustitucion progresiva y estable que ha de ser, á una monarquía secular y

grandiosa. Gambetta, en quien la suerte se fijára, y á quien eligiera para este colosal trabajo, tiene todas las cualidades indispensables á los políticos de combate: gran caudillo de facciones tumultuosas, y gran maquinador de pronunciamientos parlamentarios; pero no tiene ninguna de las cualidades, absolutamente ninguna, que puso Dios en Cromwell, en Washington, en Cavour, en los gloriosos estadistas elegidos para fundar los duraderos estados y las grandiosas Repúblicas. Vulgar en sus ambiciones, limitado en sus ideas, sectario de un positivismo estrecho, discípulo de una escuela jacobina y autoritaria, él, con su eleccion de Barodet, derribó á Thiers; él, con las pérfidas preguntas de su interpelacion célebre, derribó á Simon; él, con su dilema pretencioso, derribó á Mac-Mahon; él, con sus baladronadas internacionales, acaba de derribar á Freycinet; y ahora piensa dar una vida tan mala y una presidencia tan penosa y triste á Grévy, que le impongan el deber de retirarse ántes de terminado el plazo de su mandato, lo cual equivaldria, en el fondo, á la muerte y disolucion de la República, muy quebrantada ya por los últimos nefastos sucesos sin ninguna explicacion plausible, y por las últimas contínuas crísis sin motivo y sin salida. El nuevo Ministerio, presidido por Duclerc, no está llamado ciertamente á calmar los ánimos y á despertar la esperanza. For-

mado de los restos últimos del Gabinete Gambetta y de los restos últimos del Gabinete Freycinet, es un esquife á la ligera, improvisado con tablas recogidas en dos naufragios; tablas llamadas por su materia y por su orígen á naufragar tambien. Su política se contiene hoy en lema ciertamente muy popular, pero muy funesto, á saber: á la union de todas las fracciones republicanas; como si dijéramos, la suma de todas las dificultades posibles. No hay más que hacer sino levantar contra las jacobinadas autoritarias y guerreras de Gambetta, una política de órden, de gobierno, de libertad y de paz, si no quereis sucumbir á la dictadura del caudillo, y estrellar en ella la República.

No ménos interesante, aunque mucho más natural, ha sido la crísis de Inglaterra, sobrevenida con ocasion de las perturbaciones de Irlanda, en medio de las catástrofes de Egipto. El proyecto relativo á la condonacion de atrasos en los arrendamientos, pasa, despues de aprobado en la Cámara de los Comunes, á la Cámara de los Lores, y produce, como todas las medidas por el partido radical aplicadas al problema irlandés, grande oposicion y graves resistencias en la mayoría de un Cuerpo, cuyos principales miembros viven del despojo arrojado á la voracidad de sus progenitores en aquella tierra de combate y de conquista, unida con la Corona por una serie de sangrientas victorias seguidas de cuan-

tiosos repartos. La palabra robo se pronunció en el debate; palabra que reproduzco, no para gozarme en repetir tales arrebatos, para probar la violencia de los discursos, pocas veces tan imprudentes, y el ardor de las pasiones, pocas veces tan exaltadas.

La razon de la repulsa tan manifiesta y firme, arrancaba de una creencia muy universal y corriente; de que ningun poder público tiene facultades para perdonar deudas y desposeer de lo suyo al propietario, como se perdonaban en el bill á los colonos sus atrasos, débitos de indispensable pago, y se desposeia de sus ingresos anuales, producto de innegables derechos, á los terratenientes. Nunca tan aplicable la máxima romana de: *Summum jus, summa injuria.* La ley volvió enmendada y deshecha por el oligárquico Cuerpo, hasta el punto de no conocerla siquiera ni el mismo Cuerpo que la parió. De aquí mucho escándalo y mucho ruido, y propension manifiesta en los Comunes á reconocer y aceptar livianas enmiendas por el bien parecer, y á dejar la esencia y sustancia de lo resuelto y decretado. Por algunos instantes creyóse próximo el peligro é inevitable la ruptura. El Ministerio decia sin vacilacion, y á voz en cuello, que, no pudiendo por los negocios internacionales dejar el poder ahora, estaba decidido, con la fuerza de voluntad natural en Gladstone, á disolver la Cámara y traer para más tarde otra, inclinada por la ocasion de su orí-

gen, y por la fuerza misma de su mandato, á una grande amplitud del sufragio, mediante la que podria sobrevenir una inevitable alteracion profunda en las instituciones inglesas, y con especialidad en la vieja y resistente Asamblea de los patricios, tan amenazada por los contínuos embates de una invasora y activa democracia. El patriciado reconoció la fuerza del enemigo y la propia debilidad, retrocediendo con resolucion, á pesar de que su jefe, Salisbury, proponia el combate, y contaba con obtener y aprovechar la victoria. Sesenta lores votaron contra sus arranques, y Gladstone pronunció en los Comunes un discurso, admirable por su sentido y su prudencia, corrigiendo los detalles como una muestra de platónico respeto á los lores, y dejando íntegra la obra de los diputados, con lo cual se alejó un conflicto y evitó una batalla que está por fuerza en la indeclinable lógica de los sucesos contemporáneos y en la trama de los principios británicos. Y si no, dejemos hablar al tiempo su elocuentísimo lenguaje.

La cuestion egipcia se ha paralizado completamente despues del bombardeo de Alejandría; pero no se han visto, no, tras esta paralizacion las soluciones definitivas que teniamos derecho á esperar de repúblicos tan probados en prevision y cordura como los repúblicos ingleses. Rendida la ciudad, comienza la faena; porque los efectos del

clima se sienten ya en las tropas ocupantes; las fuerzas del rebelde Arabi en las líneas de Ramleh y en las dificultades para la expedicion al Cairo; las pasiones amenazadoras de un tormentoso estallido en la universal desconfianza.

Pero lo más grave del caso es que Inglaterra, mantenedora constante de la tutela turca sobre la tierra egipcia, repele ahora con empeño á Turquía de Egipto; y Turquía, de antiguo acostumbrada por sus tradiciones á contar con el formidable apoyo británico en contra de tantas desapoderadas ambiciones seculares, se ve desamparada hoy en el mundo, sin saber si la tradicional amistad con Inglaterra la traerá una enemistad con sus propios pueblos, enfurecidos del bombardeo de Alejandría, y su nueva enemistad con Inglaterra le traerá una irrupcion de rusos y austriacos, ganosos todos, sin excepcion, de asentarse imperialmente á la sombra de Santa Sofía y en el trono de los Constantinos.

No hace mucho Inglaterra, ciertamente, para mantener el antiguo afecto de los turcos. Por un resto de inverosímil escrúpulo, despues de haber atropellado tantos respetos sociales, no rompe con sus palabras y no niega rotundamente toda cooperacion de la Puerta. Pero pide que los contingentes turcos vayan á sumarse con los contingentes ingleses; que su número no pueda subir de seis mil

soldados ; que sus oficiales sean gratos y aceptos á la burocracia británica; que su direccion quede por completo á merced y arbitrio del mismo estado mayor á cuyos certeros disparos ha caido una ciudad tan gloriosa en los fastos del Islam como la ciudad de Alejandría. ¡Oh! La suerte del último quizás de los sultanes bizantinos va pareciéndose mucho á la suerte de los últimos emperadores romanos cuando ejercian el gobierno y mandaban los ejércitos bajo la suprema tutela de los generales bárbaros que acababan de tomarles sus ciudades, y trasmitian sus nombres sin honor á los eternos infiernos de la Historia, donde tantos y tan crueles castigos reciben los tristes representantes de las irreparables decadencias.

Todo lo detiene, todo, para su alianza con los ingleses. El nombre de Arabi ha pasado á constituir una leyenda en ese mundo musulman, fortísimo para la guerra, pero abandonado hace tiempo de la fortuna. ¡Oh! A los ojos de un islamita ferviente, Arabi, que sostiene la Media Luna contra la Cruz, alcanza los prestigios legendarios que nosotros damos á Cárlos Martel en Francia, y á Fernando de Austria en Alemania, y á Ricardo Corazon de Leon en Inglaterra, y á Pelayo y al Cid en España, por haber defendido la Cruz contra la Media Luna. Dejad á los creyentes de conservadores y diplomáticos escrúpulos; no les digais que

Arabi representa la fortuna de un coronel vulgar y ambicioso, prevalido de la general anarquía egipcia y resuelto á cortarse un turbante verde y un manto regio con la rota púrpura del Imperio. Ellos no entienden, no, de estas cosas, acostumbrados á creer mucho en los milagros sobrenaturales de su Aláh, poco en las leyes naturales del mundo, y más acostumbrados aún á ver que los desiertos improvisan caudillos y profetas, los cuales no se sabe de dónde vienen, suscitados por la voluntad inexcrutable de Dios, como su aliento suscita el simoun y levanta las montañas de arena caldeada en lo alto á manera de tonantes enrojecidos nubarrones.

Cuatro hechos suceden á la vista en este momento, que pueden dar indicios del problema planteado en Egipto. Es el primero la terrible agitacion siria; es el segundo, la llegada de tropas rusas á las posesiones del Asia Menor; es el tercero, la reunion de partidas rebeldes pululantes en Bosnia; es el cuarto, la escaramuza de turcos y griegos en las fronteras de Thesalia. Los sirios están todos por Arabi. Desde las costas donde surgió el mayor de los califatos musulmanes, debe descubrirse como una especie de santo al que defiende la última personificacion de los Califas. Aquellos comités de caridad congregados por Midhat-Bajá durante su bajalato en Siria para conju-

rar el hambre, se han convertido en comités de guerra congregados para combatir la invasion. Por todas las mezquitas entona el ulema los cantos guerreros del Islam, y por todas las ciudades y encrucijadas brillan con destellos de igual furor los ojos y los alfanjes. Pero miéntras esto sucede por necesidad entre los musulmanes de Siria, los fuertes rusos de Armenia y los territorios moscovitas vecinos á Damasco y á Beyrouth se pueblan de tropas con todos los instrumentos de la guerra provistas y para toda eventualidad posible apercibidas y pertrechadas. Y al par que los rusos así proceden, los austriacos necesitan aumentar sus fuerzas en Bosnia y Herzegovina, porque hace algunos dias ya la insurreccion de sus tribus, nunca vencidas, ó por lo ménos nunca resignadas á su derrota, se agrava, y un destacamento se ha rendido, cayendo en manos de los audaces guerrilleros montañeses, tan idóneos para defender y salvar el gran principio de la independencia de los pueblos. A mayor abundamiento, se ha necesitado la intervencion de Europa entera para impedir una guerra entre la Puerta y la Grecia, con pretexto de aldeas y de posiciones que ni siquiera constan en el mapa. La terrible agitacion de Siria, y estos movimientos rusos en Armenia, y austriacos en Bosnia, y helenos en Thesalia, prueban que Turquía se verá completamente rebasada por sus sectarios, y que irán,

demostrada de nuevo su impotencia para dirigir á los propios vasallos y para contrastar las grandes potencias, á recoger sus despojos de un lado Rusia y de otro Austria.

Los ingleses han empleado una reglamentacion tal para su guerra, y en su reglamentacion minuciosa establecido censura tan suspicaz sobre cartas, telégramas, documentos de toda especie conteniendo noticias, que no hay facilidad alguna de saber á ciencia cierta cuánto maniobran ó realizan en su vasto plan de operaciones, encubierto por maravillosísimo secreto. Los gárrulos corresponsales, capaces de atisbar hasta las miradas más furtivas para leer los pensamientos más hondos y los propósitos más firmes, sabrán cuanto suceda, pero no pueden comunicarlo al mundo sin la inspeccion prolija del estado mayor inglés, que lee y examina, cual una reunion de inquisidores, todos los papeles, y no pone oficial pase para el correo y el telégrafo sino á los concordes con sus instrucciones y portadores de sus noticias. Así, hace muy pocos dias anunciaban los diarios de todo el mundo, movidos por el cable inglés, que la invasion se apercibia reflexivamente á dar un golpe sobre Abukir, cuando aparece poniendo mano en la propiedad del Canal y conquistando las ciudades y posiciones más fuertes de sus orillas, hasta convertirlo en una especie de mar interior británico. El

objeto capital de la expedicion está ya conseguido, es á saber: la propiedad material y tangible del abierto istmo, y la supremacía coercitiva y constante de Inglaterra. Quedan despues de tal hecho dos colosales operaciones; una diplomática que asegure contra los celos de sus rivales al acaparamiento británico la sancion de Europa; otra militar, que le asegure contra los árabes y los beduinos el goce de tal conquista. En la primera serie de maniobras, los ingleses han conseguido la disolucion del triste Congreso diplomático de Constantinopla, pues queria convertir la cuestion de Suez en una cuestion de toda Europa; y en la segunda serie de maniobras, los ingleses, amenazados por las estacionales inundaciones de aquella extraña tierra, trasladan su base de operaciones desde Alejandría y sus alrededores al cuadrilátero comprendido entre Ismailia, Zagazig, el Cairo y Suez.

La simbólica fábula de Prometeo se repetirá eternamente aquí en la tierra, condenada por el destino á campo de batalla eterno entre la libertad y la tiranía, la ciencia y el error, el trabajo humano y las innumerables fuerzas á él resistentes ú opuestas. El inventor que roba una llamarada de fuego y un rayo de luz al Empíreo para iluminar y vivificar el planeta, sentirá el rayo fulminado contra su aleve mano culebrearle por los nervios;

el horizonte, oscurecido á sus miradas, circuirle de sombra; el suelo, desgajado bajo sus plantas, abrirse como en surcos llenos de sepulturas para tragárselo; el triste olvido taladrarle con la ingratitud las sienes; y el cuervo de la calumnia roerle con el embuste las entrañas en una eterna pasion, mil veces llorada por las elegías del arte, y mil veces repetida en la realidad y en la Historia. Colon, el gran Colon, privado de poner su nombre al descubrimiento de su audacia, y abrumado por la nacion á quien diera todo un hemisferio, bajo la pesadumbre de terribles cadenas; Gutenberg, escondido en las cimientos de una iglesia, tallando á la luz de la luna el plomo con el vidrio, cual si cometiera siniestro crímen, para que una erudicion envidiosa le dispute hoy hasta la gloria de su invento; Galileo, purgando en las humillaciones más tristes los descubrimientos más celestiales, arrodillado por fuerza en el polvo para desmentir en triste abjuracion el movimiento de la tierra que sentia bajo sus rodillas: todos estos grandes hombres, atormentados por su grandeza, parecen sucesivas encarnaciones de aquel titan que robára su lumbre al cielo y sufriera sobre las simas del Cáucaso la pena de obra tan funesta y triste para los antiguos dioses, como próvida y beneficiosa para la humanidad y su planeta.

Parecia que nuestro tiempo se hallaba libre de

todas estas injusticias y á salvo de todos estos terribles y vergonzosos ejemplos. Parecia que un conocimiento mayor de los bienes prestados por los descubridores al universal progreso, quitaria las espinas encerradas bajo las hojas de laurel. Pero la mísera humanidad aparece con igual misérrima flaqueza en todo el curso de los siglos. Sus hijos predilectos han de tener por fuerza interior ó exteriormente un calvario, y han de llevar sobre su cabeza una lengua de fuego que no pueda lucir á los ojos de los demas, sin abrasarles á ellos la espaciosa frente. Ahí teneis á Lesseps, el nuevo Hércules, que ha roto los istmos, confundido los mares, acercado los continentes. Merced á él, esa grande Asia y ese Océano Pacífico, abordables á nuestras naves solamente por el cabo de las Tormentas ó por el estrecho de Magallánes; esa Oceanía, de nosotros alejada por tantos espacios y distancias, han venido á formar parte casi de nuestro continente, anudándose las relaciones entre puntos tan extremos del planeta, como pudieran anudarse y sostenerse por la proximidad entre dos naciones vecinas. Contra las aprensiones generales, qué tachaban su idea de proyecto tan fantástico, cual aquellos de Neron, cuando se propuso romper el istmo de Corinto, y daba el primer martillazo en sus piedras con martillo de oro; contra las enemistades británicas, que veian roto el eje de su

política, y trasladado el nudo de la cuestion oriental desde las costas del Bósforo á los arenales del Egipto con grave daño de su autoridad secular; contra los impedimentos turcos, tan múltiples y tenaces como las mismas resistencias británicas; en medio de un desierto, donde nadie podrá responderle de tribus á cada paso en guerra inopinada y en sublevacion constante; bajo un gobierno sometido y subrogado á otro gobierno extraño, el cual, á su vez, depende del imperio británico, Lesseps ha sumado en tal modo habilidad y fuerza, vehemencia y constáncia, inspiracion y tenacidad, las cualidades más opuestas, que, descubridor en el mundo de los panteones y de los sepúlcros, caudillo ante los beduinos y los nubios, diplomático en los Consejos, ingeniero en los trabajos, mercader en los cálculos, poeta en las inspiraciones, revelador en los planes, militar en las estrategias y tácticas de su gigantesca empresa, debia tener una estatua tan alta como los colosos hieráticos, y un templo tan vasto como los destinados por el fanatismo antiguo al culto é idolatría de la superstícion y de la mentira.

Mas no lo quiere así la incontrastable fatalidad reinante sobre la Historia. La vida de Lesseps, que fué ya un holocausto á la empresa increible, resulta hoy otro igual holocausto, despues de la increible victoria. El Canal pasa por una compra-

venta, por una operacion mercantil, á manos de sus mayores enemigos, á manos de los ingleses, porque tienen los ingleses el ochenta por ciento de su navegacion y el ochenta por ciento de su propiedad. Asunto de paz en los ensueños del descubridor, destinado á ver mezcladas las velas de blanco lino con las nubes de oscuro vapor, lazo de tres continentes, artéria del comercio, emporio del trabajo, vellocino de la navegacion, surco por cuyas venas pasan como los productos las ideas, prenda de tolerancia universal, áncora de paz perpétua, truécase ¡horror! en manzana de discordia y siembra las plagas de la guerra. Merced al Canal, aquella noble Alejandría que recibiera con tanto amor en la última década todos los buques llegados á su puerto desde los opuestos horizontes; aquella capital erigida en la interseccion de los caminos humanos, se reduce á un monton de tristísimos escombros y se trastrueca en un objeto de audaces conquistas. La afliccion de Lesseps ¡ay! no tiene límites, cuando ve que los buques ingleses rompen los reglamentos del Canal, y lo hacen presa cuasi exclusiva de su codicia, y objeto cuasi único de su guerra, detentando para sí en las necesidades imperiosas del combate lo que habia hecho él para toda la humanidad en las expansiones purísimas del pensamiento. Lesseps, que se habia presentado con riesgo de su vida en el campamento musul-

man cuando más humeaba la erupcion de cóleras mahometanas contra los cristianos ; Lesseps, que habia interpuesto su corazon como un escudo entre la barbarie de Arabi-Bajá y la obra del humano trabajo ; Lesseps, que habia ofrecido y prestado al mundo una prenda de la fidelidad bárbara y un seguro contra la intolerancia mahometana, ¡oh! no podia defender el camino de la civilizacion á los asaltos de la rapacidad civilizada. Así coge la pluma febrilmente y traza calurosa protesta.

El poder británico, poseedor del Canal por su dinero, se indigna de la idealidad candorosa, que lo quiere para todo el humano linaje. Los periódicos de Lóndres piden que lo traten como pudieran tratar á cualquier prisionero de guerra, y que lo expidan preso á Europa. Lesseps no se arredra y opone á la victoria el genio. Pero la fuerza mecánica del mundo social, como la fuerza mecánica del universo material, no se cura de los individuos á quienes aplasta sin consideracion bajo sus moles siempre que se oponen á su marcha. La voz de Lesseps no se oye, no, entre los estruendos del cañoneo y los estallidos de la dinamita y de la pólvora guerrera, que ciega lo abierto por la dinamita y la pólvora industrial. Lesseps, despues de recibir una bien escasa garantía y una bien débil promesa de que, abierto el Canal para los empeños del comercio, quedará por virtud del poder britá-

nico adscrito á las ideas que lo abrieran, se retira, dejando el fruto de su victoria científica entregado por completo al arbitrio ciego de la fuerza. El caudillo Arabi se queja de Lesseps, porque diz haber entregado el Canal á los ingleses, como si Lesseps hubiera podido impedir la invasion extranjera en su obra con todos sus esfuerzos, cuando él no ha podido impedir con todos sus pronunciamientos la invasion extranjera en su patria. Lo quiere así la fatalidad mecánica, de la cual debia tener más cuenta un adorador del Koran, cuyas páginas consagran con tan religiosa consagracion la fuerza del hado y los decretos del destino. Suceda lo que quiera, para pintar el dolor de Lesseps bastará decir que es tan grande como la grandeza de Lesseps misma. Pero en su retirada y apartamiento de aquel sitio, áun ha conseguido respeto y seguridad para la navegacion universal.

Ya Inglaterra está sobre su Canal, y dominando por consecuencia la parte más importante para ella del Egipto, y promoviendo la mayor de las dificultades posibles para su diplomacia y para su política. El Canal, sean cualesquiera los intereses materiales de la Gran Bretaña, no puede quedar amortizado bajo la dominacion particular de ninguna potencia, y ménos bajo la dominacion de una potencia tal como la poderosísima Inglaterra, cuyas naves podrian así cerrar el paso á todas las

escuadras entre Asia y Europa, como herir la dominacion de todas las naciones en los mares de China é India, y en los archipiélagos de Oceanía y Australia. No es mucho, pues, que las cuestiones relativas al derecho de gentes en la guerra y al derecho internacional en el mundo, se hayan suscitado y venido, como en tropel, á extenderse y plantearse á una enfrente de nosotros. Los profesores de materias tan importantes publican estudios en las Revistas europeas, que bien pueden calificarse de consultas científicas apropiadas por necesidad á la cuestion y á las circunstancias del momento, las cuales no pueden ser arrancadas, como pretenden muchos periódicos ingleses, al código de leyes que rigen hoy en el orbe culto y regulan hasta ciertos conocidos límites la civilizacion universal. Esa cuestion egipcia se levanta, pues, de suyo, á cuestion verdaderamente internacional, no ya en Europa tan sólo, en toda la humanidad. La industria con sus revoluciones ha unido en tan estrecha union la tierra de Egipto con los pasos del Canal, que no pueden humanamente hoy separarse. Quien posea el Egipto, poseerá el Canal. Quien posea el Canal, tendrá que reivindicar, tarde ó temprano, el Egipto. No puede maniobrarse allá, en los desiertos de Suez, sin tener asegurado el fecundo y húmedo delta de las próvidas inundaciones fluviales. Inglaterra demuestra que llave

tan poderosa é indispensable al comercio universal, no debe quedar en manos de los egipcios ; y las circunstancias demostrarán bien pronto que no puede quedar tampoco en manos de los ingleses. Todas las naciones poseedoras de colonias asiáticas, todos los mercados del mundo provistos por los artículos del Asia extrema, todos los pueblos alzados en las costas del Pacífico, los mismos sajones de América por su Australia, y los mismos alemanes por sus relaciones mercantiles, no pueden consentir el dominio exclusivo de un imperio mercantil como el imperio británico. El mundo se pudo entregar á los helenos conducidos por Alejandro y á los romanos conducidos por César, cuando aquél representaba el arte ó la ciencia y éste la política y el derecho ; pero no puede jamas, no, el mundo entregarse á Cartago, aunque mande sus ejércitos un capitan como Anníbal. Veamos, pues, con motivo de este providencial asunto si el mundo civilizado tiene ó no medios de constituir una especie de confederacion humana, la cual proclame, no ese principio de neutralidad al modo belga y al modo helvético, inaplicables al Canal, sino más bien otro principio superior, el gran principio de la libertad completa de todos los mares y de paso franco por todos los estrechos; principio colocado bajo la suprema garantía de un areópago universal constreñido por su ministerio

á abrir á la paz cuantas regiones cierra la barbarie y de cerrar los mares á las competencias de la guerra. Libertad completa de todos los mares internos y externos; libertad completa de todos los estrechos; hé ahí el grito universal que resonará dentro de poco en el mundo, al ver cómo potencias conquistadoras van poco á poco apoderándose de las costas y teniendo en sus manos las llaves de todas las grandes posiciones mercantiles ó estratégicas, y el paso libre por todos los estrechos no tendrá remedio.

Inglaterra continúa demostrando que no ha existido jamas en el mundo poder colonial semejante á su poder colonial. Llegan á cada paso los enviados de las tribus más bárbaras y de las razas más negras al seno de su capital á prestar homenaje á los hombres de la nacion más civilizada de la raza más blanca, llamados ángeles por San Gregorio Magno, cuando áun los vendian como esclavos en las plazas, á causa de la sonrosada nitidez de su cútis y del rojo reverbeo de sus cabellos. Entre los vasallos ingleses últimamente llegados, ninguno tan curioso como ese colosal negrazo, conocido con el nombre de Cettiwayo, á cuyas manos murió el príncipe imperial de Francia en los campos del Zululand, nefastos para el Imperio. Negro como la noche, de piel dura y cabello crespo, con labios gruesos que se abren para mostrar descomunales

dientes, alto hasta medir seis piés y algunas pulgadas, circuido de tres ó cuatro chambelanes, parecidos por su rigidez y sus colosales proporciones á estatuas mal modeladas de la Barbarie y de la Fuerza, el salvaje recien ido á Lóndres personifica las cualidades por las cuales un régulo cualquiera se impone allá, en aquellas regiones primitivas, á los demas hombres, y funda y mantiene la incipiente autoridad, cruel y fuerte de suyo, como piden y necesitan las sociedades humanas en sus comienzos y las tríbus semisalvajes en su infancia. El negro ha dado á más de un periodista ocasion para lucir su pintoresco estilo y decir copiosas gracias. Uno de éstos cuenta conversacion larga y tendida con él, refiriéndonos su asombro por las grandezas británicas; sus encarecimientos de la gran Lóndres, con más personas que hormigas hay en los hormigueros africanos; su maravilla por la prolongacion del dia en iluminaciones cuasi tan deslumbradoras como la llama del Sol, ó tan plácidas como el argenteo de la Luna; su envidia, considerando cómo pone rios el trabajo por donde no los hay, con eso que llaman canales; su asombro al contemplar cómo crecen y engordan los caballos allí, cómo los borregos, cómo los bueyes, todo, todo, todo, decia, ménos el hombre, única cosa que resiste á este universal perfeccionamiento. De cualquier modo, en los dias del gran

litigio con Egipto, la presencia del rey africano, depuesto del trono y vuelto á reponer por la magnanimidad británica, viene á enseñar prácticamente cómo procederán con el Jetif los ingleses, con el Jetif obediente y humilde, cuando así proceden con el caudillo rebelde y antropófago. Sin duda el jefe verdadero de la nacion ha querido mostrar al mundo cómo se apercibe á cumplir su discurso último en la Casa del Ayuntamiento sobre la increible abnegacion y desinteres de su política egipcia, tomando á Cettiwayo por vivo y colosal argumento.

Dicen las historias que al recibir la noticia definitiva de su reposicion acordada, bailaron los negros de la córte con tal violencia, como si estuvieran bajo las ramas de sus árboles sagrados y al pié del ara de sus dioses homicidas, que se hundió el suelo de la sala donde se daban á estos africanos ejercicios, y se vinieron todos al piso bajo, sin gran detrimento de sus cuerpos, acostumbrados á mayores y más terribles golpes.

Mas aquí no paran los presentados al Gobierno británico para pedirle justicia, en demostracion de cómo se reparte su autoridad á manera del calor solar, por toda la redondez de nuestro planeta. El Mediodía de África manda un salvaje, y manda otro salvaje á su vez el Norte de América. Éste pertenece á los bosques del Canadá, cantados por el melancólico plectro de Chateaubriand, y á las

tribus de cuyo seno salió aquel Chactas que veiamos pintado por nuestras mocedades en las abigarradas estampas de feria lugareña, y oiamos cantado al clavicordio, y áun á la guitarra, en las monotonas canciones de los conciertos caseros. Traíale á Lóndres la necesidad de pedir civilizado respeto para las tierras patrias, acaparadas por la codicia inglesa; mas parece que, despues de haber gritado cuatro palabras incoherentes en los delicados oidos de sus dominadores, y despues de haber paseado con sus cuentas de vidrio al cuello, sus plumas de papagayo al cinto, su anillo de cobre á la nariz, volveráse por donde ha venido, seguro de que á la sombra de las altas torres donde los parlamentos se reunen y de las iglesias donde se reunen las almas; entre las selvas de mástiles congregados por los muelles del Támesis para llevar de un punto á otro los productos del trabajo en los cambios del comercio; con tanta religion y filosofía y arte y jurisprudencia, los hombres civilizados no han podido llegar allende los límites del salvaje principio que consagra la fuerza como superior, y muy superior, al derecho. Tambien los salvajes de la Nueva Zelanda envian tres diputados á Lóndres, entre los cuales alguno ha comido ya carne humana de ingleses, y áun aconsejado á los suyos que la coman de los recien llegados al país, mucho más tiernos y mucho más sabrosos.

El obispo Nicols refiere, á cuantos le quieren oir, cómo uno de los recien llegados, conocido con el nombre de Heki, estuvo á punto de comérsele una tarde las blancas mollas de sus robustos brazos, al vérselos desnudos en una cava que por motivos y razones de salud hacía en su huerto cierta tarde muy plácida de los últimos años, cuya placidez sin duda ninguna servía para prestar mayor apetito á la voracidad antropofágica de los insaciables é insociables salvajes. Pues con toda su antropofagía devoradora y cruel, saben cómo las lanas de su país alcanzan cada dia mayor precio por no costarles cosa el pasto y no necesitar el pastoreo, y van allí tambien para organizar en propiedad garantida y segura lo que hasta ahora parecia entregado á los empeños fortuitos del acaso y al goce de un primitivo comunismo.

La presencia de tantos y tantos emisarios de las várias tribus esparcidas en tan lejanas tierras, á la verdad, recuerda los tiempos de aquellos patricios reunidos en los templos del Foro y del Palatino, á cuya presencia iban los Yugurtas y los Arminios en demostracion de la supremacía romana y de la universalidad de su imperio. Por consiguiente, á nadie puede maravillar que quien así merece todos estos homenajes de pueblos en gestacion casi, necesite, áun hoy, el paso asegurado de los canales de Suez y el imperio sumo de los deltas

egipcios, á fin de continuar su obra mercantil en las cinco partes del mundo, envueltas casi en las lonas de las velas inglesas, cada dia más inmensas y cada dia más necesitadas de asegurar sus navegaciones con su imperiosa y universal dominacion.

Á nadie le maravilla ménos y contraría eso que á mí. De antiguo conozco y sé cómo, no habiendo podido nosotros, los españoles, por nuestra intolerancia religiosa y por nuestra monarquía absoluta, principios gastados completamente, á fines del siglo último sostener la preponderancia en los mares y la tutela sobre las razas atrasadas y salvajes, precisaba que la tomára y sostuviera otra potencia más en armonía con el espíritu moderno, potencia mercantil y liberal como Inglaterra, quien hace la policía de los mares, impide la trata de los negros, limpia de piratas los más recónditos senos del Océano, y evita con su dominacion sobre la India y con su vigilancia sobre los desiertos centrales del Asia, que un caudillo bárbaro, como Atila ó como Tamerlan, encrespe los pueblos primitivos é intente una irrupcion espantosa en los territorios dominados por la cultura europea. Mas, porque comprendo todo esto, y todo esto agradezco, seguramente, con la conciencia universal á Inglaterra, no quisiera ver, en bien de su propio ministerio histórico y de su obra civilizadora en el mundo, cómo violenta y exagera su política mer-

cantil y colonial, hasta el extremo de arrebatar su ministerio propio y su fin providencial á otras naciones y á otras razas, provocando contra sí, por sus extremos y por sus violencias, una coalicion europea. Limite por sí mismo su grandeza dominadora el pueblo inglés, y oiga las advertencias de los que siempre le han sido afectos y jamas han olvidado sus servicios históricos á la humana libertad y al humano progreso.

Pero volvamos á la guerra, y contemos sus antecedentes históricos. Dos expediciones á Egipto cuentan los franceses; una, la expedicion de San Luis á mediados del siglo décimotercio y otra la expedicion de Bonaparte á fines del siglo décimooctavo. En la segunda expedicion prosperó la fortuna todos los planes guerreros, y en la primera los confundió y deshizo. El gran conquistador, que allá en sus forzados ócios de Santa Elena trazára con mano maestra el relato de sus maravillosas campañas, nos dice la causa del destrozo y rota de San Luis, así como la causa de su rápida y afortunada conquista. Él creyó en la virtud y buen éxito de la celeridad, miéntras su predecesor en el gobierno de Francia lo fiára todo á las lentitudes del tiempo, incompatibles con la prontitud necesaria de los ataques en regiones tan apartadas contra razas fortísimas y tenaces, las cuales sólo se deslumbran al relampagueo de inexplicables victorias.

En Julio de mil setecientos noventa y ocho llegó Bonaparte á Egipto. Era el dia primero y áun la escuadra no estaba casi anclada, cuando habia hecho ya el desembarco. La siguiente mañana registra el triunfo sobre la ciudad de Alejandro, rendida y tomada. Diez dias más tarde se lleva de calle las fortificaciones sobre las orillas del Nilo. Desde el trece de Julio al veintiuno empeña y gana dos colosales batallas. El veintitres pone la bandera tricolor de la República francesa sobre los muros y minaretes del Cairo. En mucho ménos de un mes, desembarcos rápidos, encuentros formidables, rendicion de fortificaciones importantísimas, dos batallas campales, Alejandría tomada, los mamelucos destruidos, el Bajo Egipto dominado, la bandera francesa en los muros del Cairo y las alas del genio de la libertad sobre la cumbre de las faraónicas pirámides. El seis de Junio del año mil doscientos cincuenta llegaron los franceses, seis siglos ántes, y perdiendo un tiempo precioso, frustran la empresa y malogran la campaña. Pues los ingleses no imitan, ciertamente, la celeridad maravillosa del gran Bonaparte. Acantonados en Alejandría y en Suez, se han limitado á unos reconocimientos y avances prudentísimos; dejan al rebelde Arabi que se vitualle y fortifique para disputarles con mejor empeño la victoria. Su marcha por el delta precisamente ha de ser penosa hoy, por cau-

sa de las inundaciones que impiden, ó por lo ménos embarazan, el paso; y su paso por el desierto no ha de tener ménos penalidades ciertamente. Las tropas indias no pueden alcanzar superioridad, ni material ni moral, sobre las tropas árabes. Aunque la ocupacion de las plazas del Canal ha demostrado cuán favorable y seguro éxito aguarda en último término á los ingleses, tambien han demostrado los últimos encuentros, difíciles de suyo, cuán enemigo es de todo ejército europeo la mayor defensa de Arabi, el árido y horrible desierto donde habrán de maniobrar por mucho tiempo los lentos invasores, que se hallan forzados á marchar, ó entre mares de arena, ó entre inundaciones terribles. Y no se puede olvidar que Arabi, secundado por la supersticion mulsumana, tiene un ejército á la europea organizado; legiones de hombres á su disposicion y arbitrio en las tribus bárbaras; un cuerpo de trabajadores á cada instante renovable, y consagrado, sin que sus fuerzas se agoten, á levantar líneas de fortificaciones y reductos magnos; un sistema de defensa natural aumentado por las crecidas del Nilo; un material de guerra muy abundante, y todos los recursos necesarios á razas pacientes y sóbrias. Hay que precipitarse, pues la lentitud costó á San Luis la campaña en Egipto y la vida en Túnez.

LAS FIESTAS DE FRANCIA

Y LOS

BOMBARDEOS DE INGLATERRA.

Este mes, que acaba de pasar, comenzó por una fiesta y ha concluido con una guerra. Celebróse la fiesta en el centro de la República, en la ciudad de París, y ha estallado la guerra en el centro de la tiranía, en el Imperio turco y en su vireinato de Egipto. La fiesta celebraba la restauracion de aquel palacio de la capital, joya de los siglos décimo-sexto y décimosétimo, donde se reunia su ilustre municipio. Los primeros alcaldes de Europa, las primeras autoridades de Francia, el Cuerpo diplomático, los representantes de corporaciones diversas, halláronse á una citados en el banquete y en el baile, que inauguráran con esplendor increible la maravillosa mansion del Ayuntamiento parisien. Yo recuerdo aún este consistorio popular, grabado en mi fiel memoria durante los dias de mi largo destierro. Sellado con los caractéres del Renaci-

miento, evocaba de contínuo en la fantasía los monumentos arquitectónicos de Toledo y de Segovia, bruñidos por el sol de los siglos pasados y por el sol de los cielos españoles. Recuerdo aún sus anchas ventanas con las artísticas ménsulas; sus relieves, dignos de ponerse junto al más bello plateresco nuestro; sus hornacinas, dentro de las cuales campeaban tantas gloriosas estatuas; sus columnas de órden compuesto; sus aéreas azoteas, de gracioso córte; las galerías, adornadas con fabulosa riqueza; los salones donde todas las bellas artes á porfía se juntaban; las fiestas aquellas de la última Exposicion del Imperio, en que una asamblea de soberanos, próximos á desatar los horrores de la guerra sobre nuestra infeliz Europa, celebraban los esfuerzos y los triunfos del trabajo, tan necesitados para su prosperidad y su progreso de la paz perpétua. Esa Casa de la Ciudad, ó como los franceses la llaman, ese *Hôtel de Ville*, es en la historia de la democracia francesa lo mismo que es el Monte Aventino en la historia de la democracia romana, el sitio donde se agarraban y condensaban con mayor facilidad las tempestades sociales. Allí se derribó el diez de Agosto la monarquía secular de los Borbones; allí el veinticuatro de Febrero la monarquía burguesa de los Orleanes; allí el cuatro de Setiembre la monarquía cesarista de los Bonapartes.

Napoleon III, temeroso de que la capital se agitase mucho, y á consecuencia de tal agitacion el Imperio perdiese aquella su olímpica serenidad, si consentia bajo su dictadura que hubiese allí en París elecciones municipales, tuvo un Municipio, no de orígen popular, un Municipio de su personal nombramiento. Vuelta la República, volvió, por el órden de las cosas, á los ciudadanos el derecho á elegir sus concejales; y elegidos los concejales, resultaron de un color algo rojo. Como resultado de todo esto, conatos temerarios en abundancia; trasformaciones del municipio en asamblea política; propensiones á hacer de un concejo sencillo y modesto, una convencion nacional y soberana. Estas inclinaciones y tendencias no eran muy propias para captarle grandes simpatías en las córtes europeas, despues, sobre todo, de que análogos errores engendráran la comunidad revolucionaria y trajeran el desastre y la desolacion de los incendios. Así es que, para celebrar las fiestas y para reunir las invitaciones, ha pasado el Ayuntamiento por pruebas muy largas y ha tenido amarguras muy grandes. En primer lugar, no queria extender invitacion al prefecto de policía, con quien ha estado en conflicto perpétuo, por razon de sus atribuciones diversas. Y como no queria extender tal invitacion indispensable, negábase, á su vez, el Presidente de la República, y con razon, á ir á

sitio vedado para los funcionarios de su nombramiento especial, delegados de su autoridad superior. Al fin el municipio ha cedido y el prefecto se ha encontrado con su invitacion, lo cual desfrunce el ceño de Grevy, quien, si carece del instinto de la violencia, tiene por compensacion ventajosa el carácter severo de la tenacidad. Iguales dificultades en las córtes extranjeras. La mayor parte de los soberanos europeos no veian de buen ojo una fiesta consagrada por el Municipio de la República, en la víspera de un aniversario célebre, á conmemorar triunfos de las legiones del pueblo sobre las legiones del trono. Así, el lord corregidor de Lóndres se ha excusado, y se ha excusado el alcalde de Berlin, movidos uno y otro por sus respectivos soberanos, muy poco amigos del avanzado Concejo que administra hoy á la ciudad de París.

Cuentan y no acaban del arte y del gusto con que ha sido arreglada la fiesta. Cincuenta metros de larga y catorce de ancha tiene la galería donde se ha celebrado; magníficos candelabros de bronce áureo y cristal aéreo derramaban la luz por todas partes; entre columna y columna, bajo los escudos y los pabellones de cada nacion europea, verde ramaje deleitaba la vista, y ramos de flores embalsamaban el ambiente; los techos, aunque no concluidos, estaban decorados por los ilustres decora-

dores de la ópera francesa; las entradas, aunque provisionales, cubiertas estaban con terciopelo carmesí recamado de oro; músicas invisibles derramaban melodías suaves, y una mesa de cuatrocientos cubiertos, servida con todos los refinamientos del arte y del gusto, reunia en torno suyo los representantes de Francia y Europa, que celebraban á una la restauracion del monumento en la Grève y la restauracion del derecho en la nacion. Pero no debe olvidarlo el Ayuntamiento de París, que necesita un tanto de memoria, si hemos de atender á sus manifestaciones radicales y rojas. El exceso de libertad y de República puede traer á Francia y á París tan graves resultados como la falta de libertad y de República. El imperio de los Césares sólo surge despues del imperio de los demagogos. La utopia socialista, que arde todavía en muchas cabezas, tiene lumbre bastante para quemar de nuevo el *Hôtel de Ville* y reducirlo á cenizas. Las dictaduras imperiales, como aquella que por cinco siglos deshonró á Roma y pudrió el mundo, no llegára jamas al pueblo rey sin tribunos como Saturnino y sin revolucionarios como Catilina. Esas furias, cuyas desdentadas bocas predican la destruccion del Estado y del Municipio, la victoria del pueblo en armas, la anarquía por gobierno, la liquidacion social por fin de toda política, se pasean invisibles en los alrededores del nuevo pala-

cio con su petróleo, como otras brujas invisibles tambien se paseaban por las sienes de Macbeth con sus mixturas y con sus tentaciones. Sólo puede alejarlas una política de paz y de prudencia, tanto más cuanto que amenaza la guerra universal.

¡Oh! Egipto acaba de ser castigado cruelmente. Francia no ha querido tomar la iniciativa de la odiosa expiacion, y se ha encargado Inglaterra. El Almirante inglés ha recibido un telegrama sencillísimo, en el cual se le mandaba que procediese con energía, ó, mejor dicho, que disparase inmediatamente sus cañones. Y ha comenzado por intimar que se suspendiesen los trabajos de las fortificaciones en Alejandría, y ha concluido por destruir la ciudad con su metralla. Los pobres árabes, en sus faenas nocturnas y sigilosas, sorprendidos por la luz eléctrica, y luégo en sus reductos cazados por la artillería británica, se habrán con ejemplos nuevos persuadido íntimamente, de que reina en el universo y en la sociedad, con fuerza incontrastada, el hado, como enseña su libro religioso y dice su Profeta máximo. No ha sido aquello un bombardeo; ha sido un diluvio. Los formidables cañones británicos parecian volcanes portátiles, y los proyectiles, por sus terribles bocas lanzados, erupciones devastadoras, obra de la misma Naturaleza, calamidades tales como los huracanes del aire y las tormentas del mar. Refieren

cuantos han presenciado la terrible hazaña, que la atmósfera, ensordecida y rarificada por el estruendo, apénas trasmitia el sonido ni se prestaba á la respiracion. Los oidos solian reventarse y los pulmones herirse al fragor. Terrible cosa en este mes de calores, el soplo de los desiertos, el incendio de la atmósfera, los rayos del sol africano, los vapores de las aguas enrojecidas por el ardor universal, y buques y fuertes despidiendo sobre los mortales exánimes ráfagas de fuego, y nublando los encendidos cielos con nubes de pólvora. Tenian los marinos ingleses que maniobrar desnudos de medio cuerpo arriba en sus buques, como los salvajes en sus bosques. Los proyectiles árabes, bien dirigidos y acertados, apénas mermaban las filas europeas, ni hacian mella ninguna en los formidables férreos barcos. Por fin, la fuerza mayor obtuvo la victoria segura, y los ingleses desembarcaron en las plazas alejandrinas, y sustituyeron á los árabes en la guarnicion de los fuertes. Pero quedaba todavía una escena oriental. A pesar de la fuga, que los cristianos habian emprendido hace muchos dias, quedadan algunos rezagados por ley de necesidad, y todos han muerto sacrificados al sentimiento del desquite por el filo de la gumía. Despues de todo esto, los barrios cristianos han ardido como yesca, y el incendio se ha prolongado por los cuatro puntos del horizonte, como si hubiera venido sobre

Alejandría el minuto exterminador, el minuto de su Juicio final. Cuando vemos sucesos como éste, no sentimos grande orgullo, no, por nuestra mísera civilizacion, en la cual todavía domina, como en la materia bruta, el principio de la fuerza; y todavía se necesitan, como en las escalas inferiores del mundo animal, ¡ay! las competencias del ódio y los estragos del combate.

El asunto de Egipto, pues, embarga la general atencion ahora, y el asunto de Egipto resulta confuso enmarañamiento. El mundo ignora qué postrer salida tiene Inglaterra hoy á tantas dificultades acumuladas; qué política en Francia prefieren, así las oposiciones como los ministros; qué piensa Rusia para el caso de una solucion general de los problemas orientales; qué guarda el Canciller germánico allá, en la soledad triste de su Varzin y en el silencio profundo de su cerebro; qué compensaciones al engrandecimiento británico buscarán el engrandecimiento aleman y el engrandecimiento austriaco, tan gozosos con sus últimos progresos; y qué supremo recurso hallará en sus habilidades diplomáticas Turquía para impedir, ó por lo ménos aplazar, su cercana perdicion, la cual puede trocarse ya, tras tantas rotas parciales, en una completa ruina.

Dejémonos, pues, en tal confusion, así de volver á lo pasado como de conjeturar lo porvenir,

y reduzcámonos á la historia de lo presente. Despues que Inglaterra vió amenazada por el bien urdido plan de San Estéfano su preponderancia oriental, decidióse á recuperarla, mostrando á los pueblos orientales cómo, en vez de soltar dominios y posesiones, volvia de nuevo al acaparamiento y á la conquista. El dramático golpe de Chipre, ideado por un romántico autor, mostró que la era del cosmopolitismo habia pasado y tornaba de nuevo en los anales ingleses la era del predominio y del combate. Cuán léjos nos hallamos, pues, de aquellos tiempos en que los radicales cooperaban con ardor al engrandecimiento de Italia, sin curarse de la nueva rivalidad latina que con tales actos suscitaban en el Mediterráneo á su patria; cuán léjos de la devolucion de las islas Jónicas á Grecia, por culto efectivo al derecho y al arte, sin creer que tal abnegacion pasára por debilidad á los ojos de la gente ismaelita, la cual no sigue sino á los fuertes, y no cree fuertes sino á los injustos y violentos. Chipre fué una herida que sacó Turquía en el corazon, y Egipto es hoy otra herida en el corazon de los ingleses abierta por los heridos en Chipre. A consecuencia del abandono en que Inglaterra dejára desde tanta ocasion al Sultan, y de los conciertos que urdiera para engrandecer á los griegos y alentar á los austriacos, Turquía pensó en dos naturales refugios: en elevar su imperio

puramente político despues del siglo último, tambien de crítica y duda para los turcos, á religioso califato, y en captarse el afecto de Alemania, única potencia capaz de procurarle, si no la restauracion de su poder perdido, la venganza en sus agravios recientes, y el desahogo á sus antiguas cóleras. En consecuencia de tales resoluciones, ligas albanesas para mostrar en Thesalia y Montenegro que no se podia disponer tan arbitrariamente de los pueblos turcos, y dificultades en Túnez, en Alejandría, en Argel, en Orán, para mostrar que no se ha extinguido la fe musulmana en los pueblos creyentes, ni se ha apagado la autoridad del califato sobre las tribus de África.

Egipto surgia como el término más pavoroso en esta sirte de intrincados problemas orientales. Medio dependiente, por sus instituciones y por sus creencias, del Sultan y del Califa; medio dependiente, por su administracion y por su hacienda, del pueblo frances y del pueblo británico, no podia ninguna de las regiones orientales ofrecer buscapié tan favorable, ni espacio tan abierto á las porfías de diplomacia y de política, precedentes á las competencias de combate y de guerra. El Egipto nos interesa poco en su historia; porque aparecen á nuestra vista sus reyes de tradicion, tan frios é inmóviles como sus esfinges de granito; y sólo en dos ocasiones el interes dramático se despierta por

sus sacras riberas, cuando la hija de los Faraones liberta en el Nilo al primer emancipador de los judíos, y cuando la hija de los Tolomeos disputa en el Mediterráneo la prepotencia en el mundo al primer emperador de los romanos. Pues un drama de no menor interes será el drama resultante de la expulsion del Jetif último, embarcado con sus doscientas mujeres, y sin tener en mucho tiempo donde desembarcar; y de la dominacion del Jetif reinante, metido en su palacio sin cortesanos, como un ídolo empolvado en su templo sin adoradores, y viendo repartirse la autoridad suya entre ulemas fanáticos y pretorianos hambrientos, con riesgo, no sólo de su poder y de su honor, sino tambien de su gente y de su patria. Dichoso aventurero, á quien la fantasía va creyendo hijo de estas tierras españolas, donde un renegado pudo alzar imperios como el de Alora, y un visir eclipsar el nombre de los Abderramanes con el nombre de los Almanzores; dichoso aventurero, iba diciendo, procesa los jefes circasianos, últimos defensores de la dinastía legítima; destituye á un soberano de decadencia, como el soberano imperante; cita una Asamblea de Notables, para que cohoneste su desacato y legitime su usurpacion; forja un partido nacional, en tierra de tribus, que se oponga de suyo á la Inglaterra y á la Francia; reune un ejército y traslada la autoridad á los campamentos;

preside una degollacion y la imputa y atribuye á sus competidores, logrando, como si no hubiese ya tradiciones entre los árabes ni gobiernos entre los europeos, erigir á su arbitrio un imperio militar de tal pujanza, que la conferencia europea debe reunirse para conjurarlo, y los cañones ingleses tronar en Alejandría para decir que áun hay barcos por los mares en defensa del pabellon inglés y de sus múltiples y complicados intereses, como en los dias mejores de su historia, pues á dudar de esto habia llegado Arabi en los himnos de su victoria y en los arrebatos de su omnipotencia.

No saquemos los acontecimientos de quicio, ni convirtamos las cuestiones puramente internacionales en cuestiones puramente nacionales. En todo juicio del pueblo español, respecto á los hechos del pueblo inglés, latirá siempre nuestro agravio histórico y circulará un nombre nefasto á nosotros, en lo presente, y más nefasto á Inglaterra, quizás, en lo porvenir, que no se acabó la justicia en el mundo ni huyó Dios de los cielos. Pero no midamos los hechos independientes de tal hecho con la vara de nuestras ofensas. El asunto de Egipto lleva en sí problemas internacionales que interesan por igual á todos los pueblos civilizados; el asunto de Egipto lleva en sí el asunto de Suez; y el asunto de Suez lleva en sí los intereses todos del comercio con las regiones orientales, y

de la navegacion en los mares asiáticos. No puede tolerarse que la principal artéria del planeta oscile á los caprichos de una tribu, ni dependa del mal querer de un rebelde. No puede convenirse, no, en que baste sublevar cuatro soldados, y reunir una Asamblea de Notables, para tener á su arbitrio esas vías, por cuya libertad se ha vertido tanta sangre y se han consumado tantos sacrificios. Lamentémonos de lo sucedido, pero atribuyámoslo en gran parte á las pésimas condiciones de la sociedad humana en nuestros tiempos, sociedad injusta por necesidad, á pesar de haber progresado tanto. Duélanos la barbarie del islamismo, que áun cree justas, y hasta religiosas, matanzas como la matanza última de Alejandría, en que han perecido tantos inocentes, y duélanos mucho más que un pueblo tan alto y preclaro como el pueblo inglés, no encuentre todavía en los recursos de su ingenio y en los resortes de su maquinaria otro medio de castigar la supersticion de los bárbaros, que ir á mansalva con su escuadra de fortalezas flotantes, y con sus cañones, parecidos á volcanes erráticos, en arrebato de ódio, á destruir y aniquilar sin remedio una de las primeras ciudades del mundo por su posicion y por su historia; ciudad convertida en ahumadas y sangrientas ruinas, cuyos restos y escombros á un tiempo delatarán su desgracia horrible y la crueldad inglesa. El nom-

bre más puro entre tantas impurezas, el que brilla como singular estrella en noche de tinieblas, ¡ah! es el nombre de Brigth, quien, á pesar de haber vivido tanto tiempo en los talleres de la industria y en los combates del comercio, bajo el peso de esas fatalidades contrárias á la íntima fe, cree verdadero el Evangelio, santa la paz, viva la justicia, reinante Dios, y protesta contra estas odiosidades, las cuales hacen del planeta un osario y de la vida una carnicería, sembrando por igual vapores mefíticos de sangre en los aires y vapores deletéreos de duda en las conciencias. Pero el mundo no se rige por estas idealidades; y la nacion poseedora del imperio indio é interesada en la suerte del imperio turco no podrá consentir sin protesta el arbitrario dominio de un caudillo improvisado, á quien, de seguro, no abonan ni los dones del genio profético ni los títulos del triunfo militar, tan prestigiosos en los pueblos de Oriente, y tan propios para mantener, en las movedizas arenas de sus desiertos y en las inquietas tribus de su sociedad, el gobierno arriba y abajo la obediencia.

Las cosas no están acabadas de hacer cuando se han hecho; quizás entónces comienzan, como decia Shakespeare, en el eterno drama de las insaciables ambiciones. Ya se mostró que un rebelde no puede burlarse de los blasones británicos sin sufrir en el mismo instante la merecida pena. Ya se

mostró que un canal, necesario á la cultura europea, no puede hallarse á merced de la barbarie sin obtener en seguida el indispensable socorro. Todo esto se halla demostrado; pero las bombas empleadas en la demostracion tenian alguna cosa más que la explosiva pólvora, tenian ideas; y levantaban con sus estallidos algo más que las arenas de Alejandría; levantaban los problemas de Oriente. La fuerza del brazo británico se ha mostrado; pero al bombardeo ha seguido el saco, al saco la matanza, y á la matanza el incendio. La misma persona del Jetif, que representa la última sombra de autoridad en Egipto, ha estado en grave riesgo de perder la vida, como ha perdido la dignidad. Arabi dictó el expreso mandato de matarlo, y á Inglaterra y á los ingleses ha debido su salvacion hoy, como deberá mañana su trono. Mas no lo dudemos; esta deuda de duracion prolonga unos dias la triste nominal autoridad en los palacios; pero destrona los soberanos y los depone hasta de las más oscurecidas conciencias. El Jetif, que no ha sabido ni desconcertar las maniobras de Arabi, ni conjurar la intervencion extranjera, ni sostener el nombre de su padre, ni conservar ó sacudir la tutela turca en su autoridad política, ni aprovechar ó destruir la intervencion diplomática en su gobierno y en su hacienda; el Jetif, de tantas perplejidades víctima y de tantos desastres responsa-

ble, exige una intervencion permanente; y la intervencion permanente significa un protectorado completo. No hay, no, en este instante ni recato en la prensa británica para ocultar tal propósito y oscurecer tal pensamiento: los escritores más oficiosos y más oficiales ya lo dicen á una sin atenuacion y sin rebozo, manteniendo que sólo un protectorado efectivo puede compensar los dispendios hechos, y traer la seguridad completa de que no habrá necesidad, en lo porvenir, de renovarlos. El partido conservador añadió á la corona inglesa la perla de Chipre, y el partido radical sabrá tambien añadirle el floron de Alejandría. La política de Disraeli, comparada por lo fantástica en los diarios avanzados, á los dramas de Bouchardy, se impondrá con fuerza incontrastable á los radicales desde los senos de un sepulcro. Y los ensueños del Tancredo, aquellos ensueños románticos, imperiales, reaccionarios, tomarán cuerpo en la política del radicalismo, y carne humana y forma real bajo la mano de Gladstone: *sic fata voluere.*

El protectorado es una cuestion que trae consigo muchas cuestiones complejas, y que tiene frente á sí muchas enemistades implacables. Como engendra escorpiones el desierto, engendra caudillos cualquier aventurero que se presente contando cómo Alejandría ha sido mordida por los perros infieles; alza, con el libro sagrado en una mano y

el corvo alfanje en la otra, numerosas tribus al resuello de su aliento, cual trombas de arena encendida levanta el simoun al soplo de sus ráfagas. Arabi no tiene mandato de nadie, autoridad para nada; es un jefe militar, improvisado y casual, de quien apénas han oido hasta ahora mismo hablar los egipcios; y, sin embargo, cuentan que las palabras del Koran brillan sobre su cabeza; que los santones de la Meca están en su compañía; que la raza de los árabes libra en su valor; que las tribus de Siria se aperciben á secundarle allá en sus prestigiosas regiones, y que hasta el zancarron de Mahoma se ha conmovido en su aljama; dichos raros é informes, los cuales, si no suscitan ejércitos de formidable línea y tácticas de gran guerra, suscitan tenaces y formidables resistencias. Ahora mismo, en estos instantes, declarado rebelde por su amo y señor, perseguido y contrastado por los ingleses, con el bombardeo de Alejandría sobre su nombre y sobre su conciencia, se ha ido al desierto, y ha suscitado tales cóleras, que reune y mira en su alrededor un ejército. El fellah, el nubio, el árabe, podrán seguirlo, y componer esas nubes que se condensan en un minuto y se desvanecen á seguida en otro minuto; pero que á cada instante se presentan, fatigando á la milicia más aguerrida de Europa, y disputando la dominacion más firme y más segura. Y esta guerra contínua podrá traer

la necesidad de una defensa constante; y esta defensa constante podrá engendrar un presupuesto y un ejército y un gobierno verdaderamente imperiales. No lo demos al olvido, pues de las grandes experiencias vive la política. Las leyes naturales se armonizan con las leyes sociales, como las leyes sociales se armonizan con las leyes intelectuales. Cada organismo tiene sus órganos proporcionados al destino que ha de cumplir y al ministerio que ha de desempeñar en el planeta, como cada casualidad natural tiene su fin propio. Pues si la trabajadora y mercantil Inglaterra, en vez de hallarse organizada para el trabajo y el comercio, se organiza para la guerra, no lo dudeis, resultará un imperio guerrero, contrario, completamente contrario, á la naturaleza de sus instituciones parlamentarias y á los destinos de su libertad histórica. Con una perenne guerra extranjera y otra perenne guerra civil no hay régimen progresivo posible; que la guerra lleva en sus entrañas el despotismo.

Pero la cuestion egipcia no tiene tan sólo este inconveniente para la nacion británica; tiene otros muchos de trascendencia igual y de igual enormidad. La importancia del Bósforo se ha trasladado al Canal. La necesidad sentida en otras ocasiones por Inglaterra de que Turquía fuese como una parte del imperio británico, se siente hoy con igual fuerza, respecto al Egipto, region destinada por

el hado á entrar como parte integrante en la grande aglomeracion de razas formada por el trabajo y por el comercio inglés. La cuestion de Egipto resulta la cuestion de Oriente toda entera. Y la cuestion de Oriente toda entera, suscitada en este minuto del tiempo, trae complicaciones extraordinarias y extraordinarios problemas. Eso quiere decir para el austriaco, Salónica; para el ruso, Constantinopla; para el griego, nacionalidad; para el aleman, ducado de Austria; para el eslavo del mediodía, engrandecimientos; para todo el mundo, guerra. El imperio turco, ese antiguo aliado del imperio inglés, se moverá en su contra; porque, así como los ingenieros británicos han cortado el cable que unia el Bósforo con el Canal, los militares ingleses han cortado la relacion que unia al Jetif con el Sultan, y los políticos ingleses han cortado la dependencia que vinculaba el vireinato egipcio á la Sublime Puerta. Y esto no puede suceder sin suscitar toda la cuestion europea; y la cuestion europea no puede suscitarse, no, en este momento, sin traer terremotos que agrieten nuestra tierra y tempestades que asombren y oscurezcan nuestro cielo. Y no queremos recordar que levantando Inglaterra un protectorado en Egipto, levanta y suscita una rivalidad con los pueblos mediterráneos, especialmente con Francia y con Italia. Si Francia hoy, como quieren los gambet-

tistas, auxiliára con empeño á Inglaterra en sus propósitos de fundar el protectorado egipcio, Francia cometeria un error idéntico al que cometió Austria en su empeño suicida de auxiliar á Prusia para que se quedase con los ducados dinamarqueses. Puesto que Inglaterra inició por sí misma y bajo su responsabilidad completa la cuestion, y perpetró el bombardeo de Alejandría, que Inglaterra salga, como Dios le dé á entender, de sus dificultades enormes, y no comprometa en ellas á su vecina la Francia, ménos fuerte, y más expuesta de suyo á las extrañas irrupciones.

La noble aristocracia intelectual del Senado, Waddingthon, Schœrer, Saint-Vallier, todos los patricios, han pedido la alianza con Inglaterra; y yo estoy en este negocio de la alianza inglesa tan perturbado, que censuro al Ministerio Freycinet, y lo censuro ágriamente, por no haber tenido la resolucion de rechazarla desde el primer dia, y rechazarla sin reserva. Nada ménos cierto que la analogía de los intereses franceses é ingleses en África. ¡Oh! Una de las principales causas que han movido la opinion británica en sus arrebatos por la guerra egipcia, es el recelo á la intervencion francesa en Túnez. El paso de la grande artéria garantizado está por todas las potencias; en lo demas, confesemos esto: los cuartos de cuatro empresarios codiciosos y los cupones de cuatro acreedores ri-

cos, no merecen una guerra. Francia tiene allí los recuerdos de la excursion napoleónica, las glorias de los sabios intérpretes que deletrearon los secretos de la escritura jeroglífica, el número de obras, entre las cuales se cuenta el canal mismo, abierto por el esfuerzo de un frances; pero todo esto pertenece de suyo á la vida comun del linaje humano, y no exige, no, el sacrificio de una guerra. Las tradiciones jacobinas, agravadas por las tradiciones bonapartistas, imperan todavía en Francia de tal suerte, que no se comprende allí cómo su gran política es la paz y su gran desquite llevar por ejemplos pacíficos las instituciones republicanas á los pueblos circunvecinos, sin esgrimir un arma y sin tomar ni las apariencias más mínimas de una intervencion cualquiera. El pueblo frances hoy se halla como en otro tiempo el pueblo helénico, exaltado á una grande altura por sus instituciones republicanas, y perseguido y acosado de los odios históricos de tanto meda y macedon como lo detestan por su libertad, por su democracia y por su República. Una guerra defensiva solamente le está permitido; guerra que sería tan funesta por necesidad para los Imperios vecinos, como la guerra de Marathon y de Platea para el Imperio persa. Cuando Francia desee una guerra de conquista, cierre la Agora y constituya el Imperio, poniendo á la cabeza de ese Imperio el

Grande Alejandro, conquistador, ó el bárbaro Filipo, célebre por haber asesinado la República.

Hoy la última noticia es que Turquía se aviene á la intervencion; y si Turquía se aviene á la intervencion, lleva el mandato de todas las potencias en general, y el mandato de Alemania y Austria en particular; y si lleva ese mandato, contrasta la obra de Inglaterra; y si contrasta la obra de Inglaterra, esta grande potencia, despues de todos sus alardes y despues de todas sus empresas, no tiene más remedio que la humillacion ó la guerra. ¿Y aman á Francia los republicanos que le proponen una guerra por su vecina la Gran Bretaña, en cuya guerra corre los peligros de una invasion y espera los provechos de unos acreedores? Inglaterra puede arriesgarse á guerras continentales por su aislamiento geográfico y su marina formidable; pero Francia, no bien repuesta de sus heridas, y abierta por sus fronteras del Este á la irrupcion germánica, cometeria un suicidio.

¡Ah! Los radicales británicos bombardean, y los republicanos franceses pagan los vidrios rotos. No tengo la seguridad, no, de que las bombas inglesas hayan destrozado al rebelde Arabi, huido ya hoy á respetable distancia de su alcance; y veo cómo han destrozado al Ministerio Freycinet, maltrecho y roto á sus estallidos y á sus golpes. Existe hoy en Francia, entre los políticos y los comer-

ciantes, dos clases de tenaces anglomanos. Constituyen la primera clase todos aquellos correctos parlamentarios enamorados de la sábia combinacion insular que ha traido la historia de lo pasado á convertirse por milagro en seguro de lo presente, y que ha mezclado la monarquía tradicional con el régimen moderno, la nobleza con la plebe, la iglesia intolerante y aristocrática con la libertad religiosa; todas las grandezas, y áun los delirios, y hasta las extravagancias del pensamiento libre, abandonado á sí mismo, con una estabilidad y una seguridad como la estabilidad y la seguridad de los colegios religiosos y de las castas sacerdotales reinantes sobre la servidumbre y la ignorancia en los Imperios asiáticos: fenómenos todos, tanto más de admirar, cuanto que no se pueden traducir á ninguna otra lengua, ni sobreponer ó compaginar en ninguna otra parte. Hay otra clase de anglomanos: los instruidos y educados en los sabios colegios ingleses para las artes pacíficas del comercio, quienes han adquirido allí, con una gran severidad en el pensar, una gran rectitud en el proceder; y, por tanto, apénas comprenden las agitaciones y movilidades meridionales, tan opuestas á esa gravedad y á esa consecuencia británicas, las cuales prestan fuerza incontrastable á las costumbres, verdaderas generadoras de aquellas instituciones, tan sólidas como las mon-

tañas erigidas por los perseverantes y contínuos esfuerzos del tiempo. Unos y otros anglomanos, cuyas mocedades han pasado allá, en los colegios ingleses, cuándo suspiran por su juventud en el curso de la vida, creen que suspiran por Inglaterra, y le conservan religioso culto, muy justificado por las veleidades de la política en el territorio latino, y sobre todo, en estas dos democracias subvertidas é inquietas que constituyen como el fondo y la base social de Francia y España, expuestas siempre á cambios bruscos en su tempertuara política, y á estremecimientos en sus volcanizados suelos. Ambas clases de respetables anglomanos dominan hoy en Francia con dominio incontrastable; y como dominan en Francia, quieren la alianza de Francia con Inglaterra. Leed sus periódicos, harto conocidos; registrad sus nombres, harto célebres; oid sus discursos, siempre correctos; y encontraréis que, ora su apellido y nombre, ora su fe protestante, ora sus tendencias parlamentarias, pero siempre su educacion á la británica, deciden de sus simpatías y de sus inclinaciones en la gran crísis que atraviesa Inglaterra, y á la cual quisieran asociar á Francia. Me basta para demostracion evidente de mi tésis evocar los nombres de Saint-Vallier, Schœrer y Waddingthon, anteriormente mencionados, nombres para todos igualmente ilustres, y de mí respetados y queridos con verdadero afecto.

¿Y Gambetta? me preguntará seguidamente el lector. Riñeron, despues de haber estado muy unidos en amistad estrecha, cierto abate frances, de cuyo nombre no puedo en este momento acordarme, y el insigne publicista Montesquieu; y riñeron por su mal en abierta riña. Y Montesquieu, penetrado de su mucha enemistad, escribió á sus amigos la siguiente advertencia: «Lo que diga el Abate de mí, así como lo que yo diga del Abate, no lo creais, porque hemos reñido.» Hace mucho tismpo que reñí con Gambetta en política, y esta riña, léjos de moverme á juicios severos, me mueve á la circunspeccion y á la reserva. Gambetta tiene una virtud muy eficaz, su patriotismo; virtud que haria milagros, como los hizo de valor y de dignidad en la última guerra, si no estuviera eclipsada por un error político muy grande, por el jacobinismo. La soberanía popular, tal como la entendiera Rousseau, y la política republicana, tal como la practicára Robespierre, dan una suma necesaria; el sable de Bonaparte. Con tal política, la dictadura militar se impone; dictadura mejor ó peor ejercida, pero dictadura anti-parlamentaria y anti-republicana, aunque tenga la República por mote y la Convencion por instrumento. Y estas consideraciones dan la clave de la política gambettista, patriótica, pero guerrera; y republicana, pero jacobina. En su patriotismo, Gambetta desea que

las tierras occidentales tomen sobre las tierras germánicas, es decir, sobre las tierras centrales de Europa, el perdido predominio; y sostiene la alianza con Inglaterra, y como consecuencia de la alianza con Inglaterra, la accion inmediata; y como consecuencia de la accion inmediata, la guerra de desquite, y á toda costa y á toda prisa. ¡Oh error! No advierte que la alianza inglesa, áun suponiéndola sincera, es ineficaz é inútil casi para un pueblo continental; no advierte que la organizacion militar francesa, áun suponiéndola formidable, no tiene la solidez necesaria para los futuros tremendos encuentros guerreros; no advierte que toda maniobra de conquista sobre el Nilo trae por el pronto un conflicto con Turquía, Italia, Austria y Alemania; y por el postre, si prevalece y triunfa, una guerra segura entre Francia y su aliada, por el logro de los despojos, semejante á la guerra del Imperio austriaco y el reino prusiano por la lograda desmembracion de Dinamarca; no advierte que toda guerra dará un resultado fatal á la República, la cual, vencida, tendrá un desastre como el de Sedan, y vencedora, una victoria tan terrible y nefasta como las antiguas victorias del general republicano Bonaparte ¡ay! en esa misma nefasta tierra de Egipto.

La política de Freycinet hubiera sido para mí la política mejor, de haber sido una política resuel-

ta. Precisaba, en mi creer, cuadrarse y declarar rotundamente á la Cámara y al Senado que la paz europea es preferible á todo, y que la alianza de Francia é Inglaterra en Egipto es la guerra universal. Precisaba todavía más; precisaba tener una mayoría bien organizada y sistemática por los caminos de la paz. Pero las elecciones de la Cámara que hoy legisla, padecieron de confusion; y el Ministerio que hoy acaba, de subrogacion y servidumbre al Parlamento, confuso, confusísimo en su orígen, y más confuso y más indescifrable y más caótico en todas sus determinaciones subsiguientes. No puede haber en ninguna parte régimen parlamentario seguro sin partidos bien organizados; y no puede haber partidos bien organizados sin jefes bien resueltos; y no puede haber jefes bien resueltos sin programas bien claros. Enfrente de la política jacobina, que se delineaba ya en los programas gambettistas, habia que alzar la política liberal con sus límites señalados y fijos; como enfrente de la política guerrera que relampagueaba por todas partes, habia que levantar la política de paz y de progreso pacífico. Sobre estas dos bases pudo recaer la votacion de las últimas elecciones, y formar una mayoría compacta; y sobre esta mayoría compacta pudo levantarse un Ministerio vividero, y dirigir y encauzar la política. ¡Oh! Con falta completa de experiencia electoral presen-

tóse ante los comicios el Ministerio Ferry sin bandera; y con la falta completa de bandera, advino esta Cámara sin fijeza. Vedla: quiere la libertad, y no sabe cómo plantearla; quiere la paz, y no sabe cómo defenderla; quiere la República, y no sabe cómo servirla. En tal Cámara, por necesidad, habian de resultar vacilaciones múltiples, hasta en cuestion de suyo tan clara como la cuestion de Egipto. Levántase, pues, Gambetta, y la fascinó con su vehemencia; tras Gambetta levantóse Clemenceau, y la sedujo con su idealismo; y en el fondo, Gambetta y Clemenceau predicaban dos políticas tan radicalmente contradictorias como la política de guerra y la política de paz á toda costa. Y luégo vinieron los discursos de los senadores anglomanos, y empujaron con su autoridad la opinion de los indecisos á las sirtes de la alianza británica. Los mismos que habian condenado la política interior de Gambetta, encarecian su política exterior; como si la política interior y la política exterior de Gambetta no valieran los dos términos de una ecuacion: en el interior, jacobinismo de organizacion militar y militante; en el exterior, guerras convencionales de desquite.

En tal estado de las inteligencias, perplejas por necesidad, vinieron los créditos necesarios, por necesidad graves. Mr. Freycinet los explicó y los razonó con exactitud matemática. En la sir-

te de Egipto hay un lado de interes europeo, el Canal; y otro lado de interes británico, la ocupacion. Para el Canal basta con los créditos pedidos y con tres mil hombres de desembarco. El Canal no se halla en las tierras tradicionalmente egipcias, no se halla en ese valle del Nilo, en esas edénicas riberas de las palmas y de las esfinges; el Canal está en los desiertos por donde salieron los israelitas de su cautividad y entraron de antiguo las caravanas en los territorios de la sagrada Meca. El Canal está, pues, rodeado y circuido de tribus nómadas, fáciles de someter á la menor demostracion, y alejadas del territorio sembrado de torpedos diplomáticos. Francia necesitaba del voto de algunos créditos, porque habia de ir al Canal; pero la suma de estos créditos no necesitaba ser de gran monta, porque Francia no habia de ir á la ocupacion. Áun dada la incertidumbre á que obligan las circunstancias, Freycinet habia explicado con claridad la política de ocupacion del Canal y no ocupacion del Egipto. Mas en la Cámara existen partidos que desean las dos ocupaciones, y partidos que no desean ninguna ocupacion; afectos los primeros á la guerra y afectos los segundos á la paz. Y congregados estos dos partidos al embate de la casualidad, resultó derrotado el Ministerio; y derrotado cuando las circunstancias apremian, cuando las crísis llegan, cuando los cañones retumban,

cuando las batallas comienzan, cuando las responsabilidades sobrevienen, cuando la catástrofe amenaza. Los mismos que han creado como régimen normal este régimen de los períodos tempestuosos fugaces, el régimen de una Convencion omnipotente, gobierno de mil cabezas y ninguna responsabilidad, se duelen ahora de que un Ministerio debilitado, reducido por ellos á la impotencia, no tenga medio alguno de alcanzar política cierta, y programa concreto, y proceder fijo en las terribles perplejidades é incertidumbres que ha de traer, como la electricidad atmosférica trae nubes, el estado angustiosísimo de Europa. Que hubieran creado un régimen más parlamentario y democrático, ménos convencional y jacobino: paguen ahora su culpa.

Y en el momento mismo en que Francia derriba su Gobierno, y no tiene medios de intervenir en la crísis general, del fondo de Constantinopla se anuncia que la olvidada Conferencia existe, y del fondo de la Conferencia sale una voz diciendo que áun existe Turquía. Y como Inglaterra defiende al Jetif, y el Jetif resulta un vasallo del Sultan, Inglaterra no tendrá otro remedio sino dejar al Jetif entregado á su señor, ó hacer del Jetif un nuevo Arabi, contra el cual han desplegado los ingleses su elocuencia en los debates del Parlamento, y sus cañones en la rada de Alejandría.

Porque la entrada del Sultan en escena es la salida de Inglaterra, y la salida de Inglaterra es, ó la humillacion, ó el combate. ¡Y á una política de esta suerte querian los franceses asociar su República! Me parecen todos al príncipe imperial, que murió triste y oscuramente allá en un desierto del África meridional por defender entre los zulúes una factoría británica.

Muchas dificultades para salir de la crísis general de Europa, y muchas dificultades para salir de la crísis particular de Francia. El Congreso frances, al sacrificar á Freycinet, cuando tan unido estaba con él, ha sacrificado su última reserva y ha destruido su postrer asilo y refugio. Toda sustitucion presenta obstáculos invencibles, y el regreso á su persona y á su política resulta de una imposibilidad manifiesta. Nada peor en política que las alucinaciones de la oposicion y la perplejidad de los Gobiernos. La oposicion, alucinada, en sus ilusiones ha creido que bastaba derribar un Gobierno para sustituirlo; y el Gobierno, perplejo, en sus incertidumbres ha creido que bastaba ofrecer un equívoco para conjurar un conflicto. Y todo está disuelto en el choque de las alucinaciones de unos con las dudas de otros. ¿Á dónde convertir los ojos en busca de soluciones aceptables? Gambetta, es la guerra segura; Simon, la minoría parlamentaria indudable y la derrota

en el primer asunto político que tratar en las Cámaras ; Clemenceau, el salto mortal á las izquierdas ; Brisson, lo incierto y lo incoloro ; Duclerc, lo desconocido; Clovis y Revillon, lo imposible. Cuando las opiniones se dividen así, no hay más remedio que tomar en lo alto la iniciativa salvadora y ofrecer al pueblo reunido en comicios la solucion concreta. Monsieur Grevy debe volver al programa de la República democrática y progresiva en sus tendencias, pero gubernamental y conservadora en sus procedimientos. Hay que recoger el programa testamentario de Thiers, y ofrecerlo á la nacion, cansada de los programas excesivos y de las tentativas radicales. En torno de tal fórmula concreta hay que reunir á los hombres de buena voluntad, republicanos de conviccion, pero conservadores de arraigo. Y despues de disolver la Cámara del cáos, y disolverla constitucionalmente, hay que buscar la luz en una política firme, de libertad y de gobierno dentro, de paz y de concordia fuera. Para esta situacion crítica sólo existe un hombre con títulos y medios legítimos de salvar á Francia y á la república en Francia: su honrado Presidente. Si tiene la primera virtud del Gobierno, la voluntad, vencerá, uniendo su nombre, ya ilustre, al nombre inmortal de los grandes salvadores de la democracia en el mundo. Pero si vacila, y retrocede, y duda, vendrá cual-

quier Bonaparte de ocasion y fundará la dictadura del acaso fortuito sobre los abismos del terror social. Precisa, pues, despedir una Cámara perpleja y ofrecer á la nacion una política firme. Fuera de eso, no hay libertad para Francia ni salud para la República.

EL ESTADO GENERAL DE EUROPA.

Decididamente, si los negocios egipcios llegan á resolverse por medio de una concordia, entraremos en período de duradera paz, y podrán los pueblos entregarse de lleno á las fecundas artes del trabajo, sin temor á que las interrumpan súbitas y lamentables catástrofes. El Gobierno frances ha dado ahora una prenda más á tales presentimientos lisonjeros, licenciando el contingente de há cinco años áun sobre las armas, á pesar de las protestas gambettistas, aferradas, como su gran inspirador, á las soluciones de cesarismo y de guerra. El órden que llamamos interior ó civil, resulta en la mayor parte de las naciones completo; las amenazas de guerra universal, desconocidas; el protectorado tunecino, en calma; las tribus de Argelia, sumisas; las rivalidades alemanas, serenadas; y puede licenciarse una parte considerable del ejército, aliviando así de sus gravámenes

la paz armada, que tan cara nos cuesta, y que, al cabo, equivale por su aspecto económico á una guerra contínua entre lo mucho que grava el presupuesto y lo mucho que divierte brazos é inteligencias fecundantes de la industria y de la agricultura, tan propicias á la general actividad y tan útiles al humano progreso. El estadista que tiene las tempestades en sus manos, y á cuyo ceño miran todos los poderosos del mundo, Bismarck, ha llegado á los veinte años de su presidencia en el Gobierno, y ha merecido, en fecha tan solemne, felicitacion lisonjera de su Emperador, á quien prestára servicios, retribuidos con agradecimiento de tal suerte fervoroso, que llega en sus arrebatos y expansiones hasta querer legar al heredero de tanto imperio, con la corona férrea ceñida en la Edad Media por los Suabias, el férreo canciller, de política tan previsora y prudente, que acaba de forjarla para las sienes de los antiguos marqueses de Brandeburgo y actuales reyes de Prusia. Con tal motivo, los diarios alemanes de todos colores han publicado apologías de Bismarck, y en ellas han dicho cuanto bien puede hoy decirse de aquel que cumplió el testamento de la Asamblea de Francfort y que realizó la unidad alemana. En estas apologías, desde luégo se descubre, á traves de sus frases encomiásticas y de sus *hosannas* interminables, la seguridad y certe-

za del juicio público, que cree á Bismarck el primero de los ministros de Relaciones Exteriores conocido en Alemania, y el último de Negocios Interiores; tan gran diplomático europeo como triste gobernante y misérrimo hacendista. De todas suertes, una idea vaga sobre todos estos trabajos, á saber: que Bismarck hoy es hombre de paz, y su obra imperial una obra esencialmente pacífica. Más vale así, pues no conozco, no, calamidad comparable á una guerra europea.

Bien es verdad que la nacion guerrera por excelencia no puede moverse, no, en estos críticos instantes. Nada tan extraño en la Historia como el cautiverio de Alejandro III en Gatchina. Hanse visto reyes cautivos de otros reyes, como el inglés Ricardo del Duque de Austria, como el frances Francisco del emperador Cárlos V, como la escocesa María Estuarda de la reina Isabel Tudor. Y áun se ha visto más, áun se ha visto un pueblo desencadenado, y victorioso en su desencadenamiento, prender y guillotinar á sus antiguos monarcas, como los republicanos del siglo décimosétimo prendieron y descabezaron á Cárlos I, y los republicanos del siglo último á Luis XVI. Pero un rey preso de un pueblo, quien aparentemente se halla sometido y en paz, este caso no se habria registrado en los ricos anales de la humana historia. Una sociedad secreta le persigue, como

si fuese remordimiento metido en la conciencia, ó alma en pena huida del Purgatorio. En vano se rodea de triple guarnicion, apercibida y armada como para una guerra, ó pone, cual aquellos déspotas apocalípticos de Asia, el desierto inmenso entre su trono y su pueblo; blinda las puertas de su alcoba y duerme con armas blancas á mano y cañones cargados al pié de su lecho: la invisible sociedad secreta, en guisa de los endriagos de antaño, viene por los aires, y penetra en lo más recóndito del pecho de su víctima, como envenenado aire sutil ó como fatigosísimo y pesaroso ensueño. Cuentan que los asesinos han brotado en la estancia imperial como el Comendador de piedra en la cena del Don Juan de Sevilla; que los puentes han caido bajo los piés de las escoltas; que las luchas entre revolucionarios y czaristas han estallado en los jardines mismos de la régia prision; que para ir desde su retiro á San Petersburgo y desde San Petersburgo hasta Moscou últimamente, ha necesitado engañar á todo su pueblo, suspender los trenes ordinarios y apostar cincuenta mil hombres en el tránsito, ni más ni ménos que si ejecutase una formidable operacion de guerra. Y las gentes creen que se coronará en secreto, pues en público no puede coronarse ya sin correr grave riesgo su vida, segun las diabluras qué los revolucionarios inventan con sus múltiples combina-

ciones de pólvora y dinamita. Mas á esto contestan los enterados y sabedores de las antiguas usanzas moscovitas, que un Emperador coronado en secreto no sería Emperador, faltándole de un lado el convenio solemne con su clero, y de otro lado la toma de posesion oficial ante su familia y ante su pueblo. Corremos, pues, el peligro de hallarnos pronto, muy pronto, de manos á boca, con un czar que no sea tal czar, y que reproduzca la historia del falso Esmerdas, del falso Demetrio, y del falso rey D. Sebastian. La potestad absoluta en el siglo décimonono se parece á la potestad absoluta de todos los países y de todos los tiempos.

Hallábame yo en mi retiro de Biarritz, cuando me anunciaron que acababa de llegar á visitarme Mr. Potter, gran economista británico, y diputado en el Parlamento por la misma circunscripcion, tantas veces representada en vida por el ilustre Cobden. Aunque no se me ocultaban las ideas pacíficas del estadista insigne, con quien departia, esquivé á la contínua en nuestra conversacion hablar de Egipto, por no herir naturales susceptibilidades antiguas de nacion y de raza, ó no pagar con disgustos y desagrados aquel fino acto de amistad y de cortesía.

Lo que yo trataba de huir era lo que más convenia por cierto, y cuadraba en aquel momento, á la visita; y Mr. Potter, con reflexion y adrede,

iba dando de mano á los asuntos ajenos al asunto principal de toda conferencia política en las críticas horas de los desenlaces, los bombardeos y los encuentros. A súbita pregunta, lanzada con resolucion, de improviso, nadie se resiste; y súbita pregunta, sin reservas ni atenuaciones, trajo á los labios la cuestion guardada en los senos interiores del corazon y de la conciencia. No podia, pues, ménos de responder, y respondí. La respuesta ya tuvo todo el sello de mi franqueza, y dije la verdad entera de mis amargas aprensiones. Inútil repetirlas, conociéndolas tanto como las conocen los lectores de mis libros. Yo encerraba en ellas mi recelo contínuo á un excesivo engrandecimiento sobre el ya enorme que tiene la nacion británica, y á consecuencia de tal engrandecimiento, el temor á una coalicion internacional contra ella, como la provocada entre Francia, Inglaterra y Alemania contra el excesivo poder de la España de Cárlos V, y la provocada entre España, Inglaterra, Prusia, Rusia y Austria contra el excesivo poder de la Francia de Bonaparte. Y no veia más medio de conjurarla en gérmen, que atenerse al acta de completo desinteres convenida en el principio de la campaña, y cumplir letra por letra el discurso dicho sobre la indispensable abnegacion nacional por los elocuentísimos labios del Presidente del Consejo ante la Municipalidad londonense. Indispensable,

pues, que Inglaterra no se quede con Egipto, si desea la paz general en el mundo, tan conveniente á su trabajo, á su comercio y á su industria.

El ilustre diputado me pidió permiso para comunicar mis impresiones á persona de quien tantas pruebas de amistad tengo yo recibidas, como Mr. Dilke, y se lo di sin dificultades, seguro de haber envuelto cuanto de amargo mis reflexiones pudiesen tener en protestas, nada costosas á mi carácter ingénuo, de admiracion y afecto hácia el pueblo que ha personificado la tribuna parlamentaria y la libertad política en Europa. Pues bien, á los pocos dias hallábame yo en la terraza del Casino, admirando, como siempre, la inmensa extension del mar, que da una idea positiva de lo infinito, cuando me distrajo de mis contemplaciones la voz cariñosa del amigo, quien llevaba una carta recien recibida en las manos; carta que me leyó con la mayor satisfaccion. Y, en efecto, dirigida por Dilke á Potter, decia estas palabras: «Ved á nuestro querido amigo Castelar, y decidle que no pensamos quedarnos de ningun modo con Egipto.» Agradecí mucho aquel acto de verdadera deferencia; pero á impulsos de mi franqueza observé al interlocutor presente, á fin de que al ausente se lo comunicase, como no bastaba, no, prenda de tan subido precio á desvanecer aprension como la mia, de tan profundo arraigo. «El partido radical,

dije, cumplirá su palabra; mas como quiera que los ingleses deciden soberanamente de sus destinos en los comicios, el partido conservador se presentará de seguro á éstos con bandera de anexion, y triunfando de los escrúpulos contrarios, abrazará una política premeditada ya, y cuyo resultado pueda ser que no se queden los radicales con Egipto, pero que se quede Inglaterra.»

Y en efecto, no hay más que oir el caloroso lenguaje de la prensa conservadora, para comprender cómo se intenta y prepara tal maniobra maquiavélica. Para los periódicos exaltadamente ingleses no importan cosa los votos de toda Europa desoidos; los recelos universales aumentados; el Canal de Suez puesto en manos de una sola potencia; el yugo secular de Turquía destrozado en una sola batalla; Italia, enojada; Francia, herida; España, inquieta; Rusia y su Czar, amenazadores; Alemania, desairada; con tal que Inglaterra tenga una posesion más entre las muchas que ya cuenta, y cuya totalidad forma como una especie de gran serpiente marina, enroscada con sus múltiples anillos á todo nuestro planeta. Pero aquí entra la prevision de verdadero estadista que distingue al hombre ilustre, sobre quien descansa hoy la inmensa responsabilidad de un poder tan grande como el poder británico. A una satisfaccion momentánea de las pasiones exaltadas no hay que sacrificar la

duradera inmanencia de lo porvenir, incalculable. La retirada pronta de ese Egipto, escarmentado ya, desconcertará las manipulaciones políticas de los conservadores, que hacen de tan peligroso engrandecimiento el escabel de su gobierno. Bien es verdad que los poderes turcos, mal inspirados por las angustias de su agonía última, se revuelven ahora pidiendo cuenta de la ocupacion á los invasores, como si no hubieran su codicia y su insidia llevado sobre los territorios egipcios la poderosa autoridad extranjera. Turquía no comprende que se halla escrita su hora última en los secretos del destino, y que pueden acelerarla, y traerla más pronto aún de lo providencialmente señalado, sus temerarias imprudencias.

Las utopias de lo pasado y de lo porvenir muévense con desórden verdadero en Francia, sin comprender cuán léjos se hallan de la viviente realidad y cuán perturbadores en la moderna Europa resultan los inoportunos recuerdos de las unas, y los ilusorios principios de las otras. No saben los borbónicos franceses que ha pasado sobre su dinastía la revolucion, y se van á buscarla todos los años á los panteones del destierro, para exibirla como un esqueleto adornado y ceñido tristemente de retóricas y artificiosas flores. En cambio, los impacientes por la llegada inmediata de un tiempo todavía lejano, tan apartados de la realidad, como

de la vida están apartados los espectros del absolutismo, reúnense fuera de sí, como verdaderos energúmenos, en conciliábulos de ira donde fulminan ideas de incendio y exterminio, tan falaces como las neblinas evaporadas de las supersticiones antiguas. Nada más dramático y curioso que las escenas sucedidas últimamente; do quier han ido los comuneros á exhibir, movidos por el rencor, los infernales senos de sus iracundas venganzas. El nombre que toman prueba la vaciedad de su cerebro, pues se llaman anarquistas, como si una palabra pudiese cambiar la esencia del humano linaje é impedir la imposicion inevitable del Estado y del Gobierno. Y como se llaman anarquistas, no tienen precision alguna de organizarse, puesto que la organizacion supone un órden y un concierto repulsivos á sus desvencijadas conciencias. Y como no tienen, ni pueden tener necesidad alguna de órden y de concierto, tampoco la tienen de presidencia, de secretarios, de mesa, de cosa que indique autoridad ó jerarquía. Pero ¡ay! las locuras humanas muestran su desvarío en cuanto de algun modo tocan á la reveladora experiencia. Sin mesa y sin direccion, ¿cómo dar y quitar la palabra, mantener el debate, impedir la infernal vocinglería de todo el mundo á un mismo tiempo? Distinguido ciudadano llega por necesidad á la mesa, impulsado á ciegas del instinto, que mueve

á las abejas ó las hormigas en sus rudimentarios gobiernos, y retrocede al ver la necesidad inevitable de coger una campanilla para dirigir los debates, signo evidentísimo de la horrible idea de gobierno que han desechado los comuneros de su caletre, y quisieran expulsar del mundo, como si desechando la idea de aire quisieran acabar con la atmósfera. Mas no basta con una voluntariedad absurda del entendimiento para contrastar la imperiosa necesidad social. Siéntase á sus anchas en superior sillon el escrupuloso, y al presidir, como presiden los demas, declara que no se considera presidente. Tal distingo, no inventado todavía por la sociedad de Jesus, promueve las algazaras de risa con que desconcierta el comun sentido de los hombres las teorías sofísticas y los absurdos evidentes de las inteligencias enfermas. Yo recuerdo una experiencia de varios comunistas españoles, que llegaron á realizar la vida en comun. ¿Pues sabeis por dónde se deshizo la comunidad? ¿Sabeis cómo el individualismo, natural á la complexion humana, sacó la cabeza? Pues decidieron que cada dia guisase uno de los asociados, y la cocina de éstos, absolutamente no gustaba á los otros; hasta que cada cual se fué por su lado, recobrando así todos su personalidad propia y los derechos con esa personalidad coexistentes; pues no se burla, no, la naturaleza nunca sin que nos advierta y avise la experiencia.

Pasado este trago de la presidencia, y recibido este primer mentís á la doctrina, empeñóse un orador en demostrar no sé qué género de relaciones entre la guerra de los comunistas al capital y la guerra de los ingleses al Egipto. Este disparate, de suyo enormísimo, provocó la risa general, y entre tales risotadas, los murmuradores dijeron que podian contar con la formidable fuerza de ciento cincuenta millones de árabes decididos en pro de su guerrera propaganda. Decir tal demencia, y levantarse la dementísima Luisa Michel, fué obra todo de un momento. La célebre furia recuerda las calceteras de la guillotina, que presidian á las ejecuciones haciendo calceta, sin que se les fuera un punto de la terrible aguja cuando caia rodando una cabeza del cuerpo al tablado, como si fueran las brujas del Macbeth ó las parcas del Averno. Y pareciéndose á las calceteras de la guillotina, figúrasele Arabi un cordero y un mándria, pues no ha hecho en su afeminacion lo que hubiera hecho ella con su virilidad, destruir á fuerza de dinamita el Canal de Suez, como sus comuneros destruyeran tan grandes monumentos é incendiáran tan populosos barrios en la ciudad de París. Al oir tal blasfemia, una tempestad fragorosa de silbidos llena los aires, y un gesto de amenaza inminente se dibuja en la mayor parte de los rostros. Entónces la Euménide lanza con su natural desparpajo al rostro de sus

oyentes la palabra burgueses, y dice que imitan con verdadera imitativa armonía los gruñidos del cerdo. Tal indecente palabra suscita una protesta horrible, que se manifiesta en soeces injurias, atroces insultos, terribles amenazas, y hasta sendos palos sacudidos mútuamente por unos sobre las espaldas y cabezas de los otros, en medio del desórden propio y de la incesante algazara de una sociedad sin gobierno y de una reunion sin cabeza. Pero Luisa, que tanto habia criticado la timidez y cobardía de Arabi, tiene piés tan ligeros como los del vencido en Tell-Kebir, y sale á carrera tendida del diabólico aquelarre, no sin que unos le recordáran sus beaterías en la capilla de la cárcel, tan contrárias á sus arengas demagógicas de ahora, y otros la quisieron pegar, cosa que lleváran á efecto, de no salir con verdadera oportunidad el infame y condenable gobierno á defender con sus inquisitoriales agentes á la importunista y anarquizadora Luisa. ¿Se aprovechará esta enseñanza?

Algunos conservadores viejos y reaccionarios quisieran que se prohibiesen estas reuniones; y todo estadista de reflexion y seso, en vez de prohibirlas, debe dejarlas á su espontaneidad. Pasaron los tiempos en que las novelas del socialista Eugenio Sué y las páginas del anárquico Pedro Proudhon, producian reacciones espantosas. Hoy todo el mundo sabe que la utopia se desvanece por

sí misma, en cuanto le da un rayo de libertad, y que los partidarios de instituciones y sociedades imposibles carecen de toda fuerza para trastornar ni un punto la bien asentada realidad social. Que digan, pues, cuanto quieran. Imagináos varios dementes empeñados en arrancar el sol de su foco, y en divertir los planetas de sus elipses, para lo cual formáran mil sociedades diversas, y tuvieran mil reuniones tempestuosas, pronunciando arengas encaminadas al completo logro de tal desquiciamiento. Pues todo el mundo se reiria de los utopistas y de las utopias á mandíbulas batientes. Igual fuerza que los astros en el cielo tienen la propiedad, la familia, los Estados en el mundo, y las negaciones de sus enemigos sólo servirán para demostrar lo incontrastable de su fuerza y lo duradero de su vida. Por prohibir el error no vayais á extirpar la libertad. Ved la lentitud con que las sociedades humanas caminan al cumplimiento de su ideal de justicia, y no las creais amenazadas por una embriaguez de ideas delirantes que se desahogan con desórden manifiesto en un raudal de palabras inconexas. Digo esto, porque Mr. Duclerc, Presidente del Consejo de Ministros, ha proferido algunas frases de terror increible por tan extrañas reuniones, y ha evocado el espectro rojo de la comunidad parisien al estruendo de sus discursos y al espectáculo de sus reuniones. Luisa Michel,

Paulina Kimper, Adriano Martin y tantos otros genios de la destruccion social, seméjanse al ilota ébrio que los espartanos enseñaban á sus tiernos hijos para separarlos del vino.

Algun más cuidado presenta y alguna mayor atencion merece la mayoría parlamentaria, no formada por nuestro mal, y la situacion del Presidente, quien, habiéndose visto hace poco, tras larga crísis, un mes seguido, sin ministerio, teme volver á verse así de nuevo, presentarse á las Cámaras, y amenaza con lo peor que podria en estos momentos amenazarnos, con una disolucion. Si el tercer presidente de la República hiciera lo que hizo el primero por dignidad y el segundo por fuerza, declinar su mandato ántes de cumplir su término, demostraria que la República parlamentaria no puede organizarse de ningun modo en Francia, y traeria con el descrédito de todo Parlamento una dictadura civil ó una dictadura militar, tras cuyos excesos naturales vendríase por fuerza un imperio más ó ménos cesarista sobre nosotros, con sus encendidas guerras y sus inevitables decadencias. Se necesita formar una mayoría republicana y conservadora, sin la cual todo está perdido. Esa mayoría debe declarar que no tocará á las instituciones fundamentales, ni pensará en la reforma constitucional, ni alterará las facultades de los poderes públicos, fortaleciéndo

la Presidencia y guardando la política toda en el estado presente, sin perjuicio de corregirla y perfeccionarla en fragmentos y detalles que no atenten á la unidad del conjunto. La República no es una máquina de innovaciones vagas en país donde todo lo esencial está hecho, y sólo puede servir, por tanto, como arma y remate al edificio gigantesco de la revolucion francesa, el cual tiene ya todas las consagraciones posibles, hasta la sacratísima consagracion del tiempo. Se derribó el necesario ministerio Dufaure, quien representaba la suma resistencia grave á las reformas vagas y á las innovaciones impensadas; se derribó con él una política de conservacion verdaderamente indispensable; y desde tal fecha nos encontramos con una Cámara decidida en su incertidumbre á caminar; pero sin saber de cierto á dónde camina, y hablando mucho para no hacer nada en último término, de sí misma temerosa y asustada, cual esos tímidos que andan á tientas entre sombras espesas, y se asustan de sus propios pasos.

Entre los graves errores al uso, ninguno merecedor de tanto anatema como la terrible agitacion de Alemania, conocida con el nombre, ya vulgar, de agitacion anti-semítica. Diríase que soñamos al ver el pueblo de la Inquisicion, España, entrar en los caminos de una verdadera libertad religiosa, miéntras el pueblo de la Reforma y de la Revolu-

cion, Alemania, entra en los caminos de una increible intolerancia. Las Asambleas anti-semíticas se suceden, y en ellas las proposiciones más descabelladas se presentan. No duele á tales fanáticos el relato de los sucesos contemporáneos, que partirian las piedras inertes de poder saberlos, y no parten los corazones humanos. Ciegos hasta la demencia, ignoran la complicidad que tienen con los saqueos, con los incendios, con los degüellos, cuyos horrores desencadenados en Rusia, forman la parte más densa del vapor de crímenes exhalado por esa tierra maldita, cuya protervia está provocando la cólera del Eterno. Multitud de familias andan errantes por las estepas, llaman á las puertas de los Estados vecinos, y emigran á la libre América, dejándose, como sus padres, al salir de Tierra Santa, la mitad del alma y de la vida en el hogar abandonado por fuerza, y deshecho por la infame intolerancia. En una de las últimas reuniones hebrefobas, erudito bien chusco por cierto salió con la proposicion de que los judíos volvieran nuevamente al cautiverio en Egipto. Y soltó esto en presencia nada ménos que de varios sacerdotes evangélicos, los cuales habrán cantado mil veces en sus iglesias lo mismo que se canta en las sinagogas, el himno de Moisés á Dios, por la confusion de los Faraones y la libertad de los israelitas, mediante las cuales allegamos la idea de

nuestra religion y el decálogo de nuestra moral. Por manera que los anti-semitas desean rehacer hasta las cadenas arrastradas por los descendientes de Abraham á las orillas del Nilo, y profanar el Arca de la Alianza, y romper las tablas de la ley, constituyéndose de nuevo en Baltasares, Nabucodonosores, Vespasianos y demás enemigos de la tierra y de la familia judáica. Pues mucho deben desechar de cuanto adoran, porque judío es el Profeta cuyos salmos cantan ; judío el Bautista, cuyo natalicio en los altares celebran ; judío el Redentor, cuya divinidad sintetiza; y judía la Vírgen Madre, cuya mirada de amor místico les ha serenado las tempestades del corazon y les ha encendido dentro del alma el sol de la poesía. No hay como hablar de estas cosas para que se vea su inania; y aconsejamos, por tanto, á todos los gobiernos europeos y americanos, en nombre de los principios humanitarios y de todos los ¡derechos naturales, que aumenten la tolerancia en la misma proporcion y medida en que se aumentan todas estas exageraciones. La primera característica de nuestro gran siglo es la libertad religiosa, que ha enviado su luz á los abismos donde ántes crecian, entre sombras, la Inquisicion y el tormento, desvaneciendo las añejas supersticiones y reintegrando al hombre, ántes herido y esclavizado, en el pleno goce y posesion de su conciencia.

Un tema bien curioso ha embargado la universal atencion estos dias, el tema de las indemnizaciones francesas á las víctimas del Dos de Diciembre. Para cuantos hemos amado la República con delirio, y seguido su Vía Crucis con exaltacion, esta noche del Dos de Diciembre aparece á los ojos de la memoria, como una de las más execrables noches, porque ha pasado el planeta, despues de la primera puesta del primer sol en los cielos recien trasparentados por las irradiaciones planetarias. No hay noche alguna en el mundo, ni aquella en que los vencidos de Queronea se dispersaban por las campiñas griegas; ni aquella en que Bruto se despedia tristemente de la libertad y de la justicia en su heróico suicidio; ni aquella en que los soldados de Alarico segaban como hierba seca la gente romana sobre las ruinas humeantes de la Ciudad Eterna, que pueda en horror compararse á la última noche de la segunda República francesa, inmolada en violentísima orgía de sangre por una turba de pretorianos ébrios á quien dirigia y azuzaba otra turba de cortesanos traidores y feroces. Las conjuraciones múltiples, la preparacion sorda; el número de horrorosos esbirros enviados puñal en mano tras las primeras familias de Francia; la sorpresa de los representantes del pueblo en sus lechos; la disolucion de la Asamblea Nacional en su templo; la caza de cuantos

quisieron resistir en nombre de la ley, los asesinatos y fusilamientos en tropel, todos estos crímenes condenados en santas indignaciones, propias de la cólera de Isaías, por el primero entre los poetas del siglo, han hecho de tan terrible noche una de las mayores y más luctuosas tragedias históricas, pues en ella murieron mil santas esperanzas universales y brotaron mil oscuros martirios, eclipsándose por el perjurio y el terror con la humana conciencia el humano derecho, y cayendo de nuevo los pueblos recien resucitados al soplo de la libertad en sus horrosos sepulcros. Yo de mí sé decir que cuando evoco el recuerdo de aquella noche siento áun por las venas derramarse la cólera como si estuviera pasando todavía. Y despues que tocamos sus consecuencias, previstas por todos los republicanos europeos, hasta por los que, á la sazon, saliamos de nuestra infancia para consagrar nuestra juventud á la República, despues que hemos visto las consecuencias, ha crecido el horror de nuestros corazones al infame asesinato de las libertades democráticas y de sus ilustres representantes.

Hasta las menores minuciosidades y más sencillas de tal acto recordamos ahora, y al ponerlas en frente de las consecuencias que trajeron despues, no podemos ménos de comentarlas para que las enseñanzas vivas de la historia contemporánea instru-

yan en sus deberes á las generaciones que han de dirigir la sociedad mañana. En cuanto hubieron todos los conspiradores aceptado la consigna de aquella conspiracion, y salido, comenzó Bonaparte á dar por la sala contínuos y precipitados pasos. Mocquard, sólo Mocquard estaba en aquel minuto solemne á su lado. Ni uno ni otro decian palabra. El momento era demasiado crítico, la hora demasiado solemne, para que la atencion pudiera fijarse en ninguna idea. De pronto, Bonaparte se para, convierte los ojos á su secretario, que estaba de pié ante la chimenea y suelta una carcajada: «¿De qué os reís?» — le pregunta Mocquard.— «Me rio al pensar la figura que hará el pequeño Thiers, dándose á prision con gorro de dormir, y en paños menores.» Echóse tambien á reir Mocquard, é hizo un legajo con los papeles diseminados sobre la mesa, legajo en cuya cubierta puso esta significativa palabra: *Rubicon.*

Han pasado veinte años de esta escena; y el Emperador está preso por los extranjeros y depuesto por su pueblo. La mayoría del Cuerpo Legislativo se reune en el Palacio de la Presidencia. No hay ninguno de los presidentes legítimos. Thiers preside. Julio Favre corre á declarar que el pueblo ha tenido á bien proclamar con unánime grito la República, y que los diputados de París, incapaces de abandonar al pueblo en la hora

de la desolacion y del peligro, habian recibido su mandato y proclamado tambien la República. Julio Simon confirma las palabras de Julio Favre, y añade que Rochefort, en cuya prudencia confia, ha entrado en el Gobierno Provisional, y que si Thiers no ha entrado ha sido por haber opuesto incontrastable negativa.

Los diputados imperialistas, luégo que los dos individuos del Gobierno Provisional se han retirado, gritan, vociferan, protestan, recuerdan que ellos son representantes del sufragio universal, se indignan contra las manos aleves que han puesto los sellos del Estado en el edificio del Cuerpo Legislativo. La palabra final ciertamente faltaba á esta escena. Thiers la tiene guardada en su agudo ingenio hace veinte años. Es un dardo que traspasa de parte á parte los corazones de todos los imperialistas. Es una evocacion á la justicia. Es la moral de toda esta gran tragedia, moral destilada y reducida á su última esencia. Oidle, oidle. Los primeros trágicos del mundo, Esquilo, Shakespeare, Calderon, jamas hubieran hallado un final más propio del Imperio. La historia inspira disgusto de la novela; porque no hay novela ni tan dramática, ni tan lógica, ni tan interesante como la historia. ¿De qué os quejais? dice Thiers. ¿De que han puesto sus sellos al edificio de la Representacion Nacional? Peor fué sellar á los representantes. Y

áun no he olvidado la marca del sello que nos pusieron el Dos de Diciembre. ¡Yo soy un prisionero antiguo de Mazas! Con esta carcajada concluyeron las Asambleas del Imperio. Hay Providencia.

Efectivamente, habia pasado Bonaparte su Rubicon el Dos de Diciembre. Mas si la Historia enseñára algo á los ambiciosos, tal palabra debia helarle en las venas la sangre. Jamas ha nacido un hombre como aquél que, despreciando las leyes de su patria, pasó el rio vedado á los ejércitos, y levantó sobre Roma un Gobierno, al cual va unido indisolublemente su nombre, el nombre terrible de César. Escritor, orador, guerrero sin igual, filósofo de razon altísima, hombre que parecia haber recogido en su alma el espíritu de la humanidad, todas sus obras iban selladas con el doble sello de una grande idea servida por un genio mayor todavía que su idea, por un genio que á nuestra propia mirada analítica parece como sobrenatural y cuasi divino.

Era César el demócrata que habia comprendido las causas de los males del pueblo; el político que habia abrazado las causas de la decadencia del Senado; el guerrero que habia roto á los britanos y confundido aquellos galos tan temidos en el mismo pensamiento, bajo el humano techo de la nueva Roma, por él apercibida y preparada para

forjar una humanidad nueva. Parecia que resolver dentro de Roma el problema social, matar las castas, destruir la servidumbre de las provincias, llamar al Senado los representantes de todas las razas, imbuir en el derecho romano el espíritu universal de la humanidad, trasformar el mundo, convirtiendo los pueblos ántes rivales en pueblos ahora hermanos, eran fines que podian contrastar los males del despotismo y justificar la injusticia de la dictadura. Jamas la ejerció, jamas nadie con tanto poder; jamas se volverá, jamas, á ejercer en nombre de tan elevados principios y con tanta grandeza de alma é inspiracion de verdadero genio. Se concibe, hasta se excusa, que el género humano, deslumbrado por tanta gloria, se arrojára como ciego y fuera de sí, en brazos de aquel hombre que modelaba, á semejanza de su espíritu, la tierra.

Los tribunos, que huian del Senado y se pasaban á su campo, justificábanse invocando el genio de la democracia, reconcentrado en la espaciosa frente del dictador como la luz en el sol.

Y sin embargo, cuando aquel hombre fundára definitivamente un régimen bajo el cual toda vida de libertad se acababa, toda idea de patria desaparecia, y con ellas toda riqueza y variedad del sér humano, vino la desolacion en la conciencia, y tras la desolacion en la conciencia, la podredum-

bre en la sociedad. La idea del derecho se escribió en los códigos, pero no se encarnó en la vida; la muerte de las instituciones republicanas mató hasta el instinto de la dignidad; el pensamiento se enmoheció en la conciencia sierva; la inspiracion se apagó en el arte cortesano; los hombres, al dejar de ser libres, parecian despojados tambien de su naturaleza humana; todo culto á la ley, á la patria, á la justicia, moria; y con el culto á estos principios fundamentales de la existencia, moria tambien Roma, que al cabo de trescientos años de haber vivido sin ideal, sin esperanza, pasando por todas las locuras y todos los crímenes, cayendo en el lodazal de todos los vicios, fué á morir, ébria y prostituida, bajo las ruedas de los carros de guerra en que aullaban los bárbaros vencedores, á pesar de su barbarie, por haber tenido una idea y un sentimiento más perfecto de la conciencia individual y de la libertad del hombre. Tales son, tales serán siempre, fatal, necesariamente, los frutos del despotismo.

Napoleon III no tenía qué pensar sino en la naturaleza del gobierno que iba á establecer, para presentir la naturaleza de los frutos que en las semillas de ese gobierno se encierran. Si en aquel momento mismo en que el golpe de Estado cayendo sobre la cabeza de Francia, le movia á tanta risa, hubiera vuelto los ojos á lo porvenir, encon-

trára que toda la actividad del pensamiento y todo el hervidero de vida; en la servidumbre cohibidos, iban á estallar y á producir la erupcion tremenda de la guerra, y en esa erupcion, á perderse, tal yez para siempre, las gigantes alas del espíritu frances. Si hubiera mirado á lo porvenir, saqueos, incendios, matanzas, desolaciones, hubieran aparecido á sus ojos, como las espectros engendrados en aquella funestísima noche de maldicion y de ruina. Habia pasado el Rubicon para subir al poder; pero en el Rubicon ¡ay! se ahogaba Francia.

Los diputados tendian los brazos al pueblo en demanda de socorro para la libertad proscripta. El pueblo no los entendia. Se adelantaba el despotismo á dominar á Francia, porque la sociedad entera se habia aparejado á recibirlo. Mas en estas épocas tan tristes, las almas varoniles sólo pueden salvar su honra individual. Los representantes del pueblo recogieron los coches, las piedras, las mesas que hallaron á mano por el barrio de San Antonio, el antiguo barrio revolucionario, y opusieron una pobre barricada vacilante á la fuerza formidable de la tiranía vencedora. Esta barricada se levantaba artificiosamente, y no del fuego social; pues extinta estaba toda idea en las entrañas de toda aquella helada sociedad. Así que hubieron concluido la barricada, se encontraron con que no tenian fusiles. Para procurárselos, tuvieron que

desarmar algunos soldados sueltos. En este dia y en este momento, no recuerdo si en este mismo sitio, pasó la triste y heroica tragedia de Baudin.

Dirigíase al pueblo para que el pueblo, escuchando su voz, corriera en auxilio del derecho hollado. Los trabajadores meneaban la cabeza incrédulamente y no oian esas palabras de libertad, derecho, patria, honor, que la corrupcion universal habia borrado de su mente. En vano, pues, los conjuraba el representante del pueblo á salvar las libertades del pueblo. Uno de los trabajadores le dijo esta brutal frase, digna de un pueblo que estaba próximo á caer en el cesarismo: «¿Quieres que nos matemos por tus veinticinco francos?» Tal era la dieta de los diputados en la Asamblea Nacional, veinticinco francos. Baudin respondió á este frio sarcasmo: «Ahora verás cómo se muere por veinticinco francos.» El tambor sonaba, y con el tambor los gritos de la ébria soldadesca. Un tiro se escapa del lado donde estaban los representantes del pueblo, y un soldado cae herido. Cerrada descarga responde al tiro, y el cráneo de Baudin salta en pedazos. El representante del pueblo habia muerto dichosamente, como Bruto y como Caton, sobre el cadáver helado de la República. Digno de lástima parece á primera vista; digno de envidia aparece á los ojos de la Historia. Si ya sintió sobre su alma el hielo de aquella noche de

la libertad, no alcanzó á sentir los dolores sufridos por los infelices que le sobrevivieron.

No vió la Francia olvidada de su antigua gloria y de sus antiguas ideas revolucionarias. No la vió bien hollada con su servidumbre. No la vió preferir á sus asambleas sus cuarteles, y á los oradores los pretorianos. No la vió sostener con sus bayonetas la autoridad tiránica, destruida en la conciencia humana por las ideas de sus filósofos. No la vió, llevando á traves de los mares, surcados por Laffayette y Franklin, un pariente del imbécil Cárlos II al seno de la libre y democrática América. No vió sus hermanos en la libertad y en la República dispersos por el mundo; abrasados unos por el sol de los trópicos, bajo el peso de las cadenas; sentados otros en el hogar tristísimo del destierro; muertos y enterrados muchos en extranjera tierra; entristecidos todos por la nostalgia de la libertad y de la patria; vueltos al seno de Francia cuando el incendio corria por sus campos, la muerte por sus aires, la invasion por las más feraces regiones, la demagogia por la ciudad de París, que, despues de un sitio formidable, se atraia otro sitio, como si estuviera tocada de la horrible manía del suicidio.

París, al fin, se acordó de que no podia entregarse al vencedor sin alguna protesta escrita con sangre de sus venas. Dos mil combatientes sostu-

vieron el empuje de sesenta mil soldados del tres al cuatro de Diciembre. La fuerza y el número vencieron al heroísmo y á la fe. Los ciudadanos pacíficos, los transeuntes fueron cazados en las calles como fieras en las selvas. Seiscientos cadáveres caidos al plomo de traidora metralla empapaban la tierra de los boulevares en roja y caliente sangre. Los cementerios recibieron aquellas víctimas, las mezclaron sin distinguir ni sus nombres, ni sus condiciones; y el tirano, satisfecho de haber teñido en sangre sus manos, se asió fuertemente al cetro de Francia. Y vino sobre el mundo un nuevo eclipse de la libertad, y con el nuevo eclipse de la libertad, la oscuridad de la conciencia y los horrores de la guerra. ¡Dios mio! ¿A quién se le ha ocurrido, á quién, matar todas estas santas leyendas de la libertad con una indemnizacion pecuniaria y tangible á las víctimas despojadas de la sublime aureola del martirio?

LA MUERTE DE DISRAELLI EN INGLATERRA

Y LA

CUESTION ORIENTAL EN EUROPA.

Ha muerto el judío Disraelli, el cual, entre los títulos y honores adquiridos durante su larga vida pública cuenta el pomposo de Lord Beaconsfield. Irreparable pérdida para la causa de los conservadores en la Gran Bretaña. Por muy superiores que aparezcan los pueblos y las instituciones á los individuos, no puede nunca desconocerse que en estas grandes inteligencias se iluminan las generaciones, y en estas vidas excepcionales se aumenta la vida general como los caudales de un rio con los tributos de sus afluentes. Una de mis mayores penas por la expulsion de los judíos, que tan sin motivo decretaron los Reyes Católicos, dimana de la consideracion tristísima del número de ingenios de primer órden que, á causa de aquella iniquidad, perdimos en la sucesion de los siglos. El mejor filósofo de los tiempos modernos, Espinosa; el más ilustre hijo de la Venecia contemporánea,

Manin; y el estadista ilustre que en Inglaterra hoy ha muerto, pertenecian á raza hebreo-hispana, tan rica en grandes hombres. Sucede con los judíos españoles exactamente lo mismo que sucede con los árabes españoles; son los más ilustres de todos los suyos, unos y otros, en la moderna historia. Disraelli tenia el carácter aventurero de los españoles y la tenacidad inquebrantable de los judíos; en su mente brillaba la fantasía andaluza unida con la fé semítica; el «no importa» de nuestros padres le valió para empeñarse en guerras titánicas por ganar un nombre ilustre y una posicion brillante; y esa esperanza inextirpable de sus profetas le mantuvo en la espinosa ascension, desde la infancia horrible á la gloria inmortal, y le dió fuerza para cumplir vocaciones que parecian destinadas á estrellarse contra el escollo más insuperable, contra la supersticion religiosa y social de una oligarquía aristocrática. Pocas historias tan románticas en verdad como la historia de este hijo de una raza maldita, elevado á primer ministro de una monarquía cristiana y patricia en el pueblo más pagado de su prosapia y de su sangre. Nacido bajo tan abrumadoras maldiciones, habia de soñar, como soñaban sus primogenitores, en Babilonia y en Nínive, apocalípticamente. Por tal razon, sus primeras ideas toman subido tinte socialista y forman una especie de epopeya, en la cual arde viví-

simo el deseo de renovar con revolucion súbita desde el planeta hasta la humanidad, y desde los intereses económicos y materiales hasta los orbes sidéreos. Mas pronto habia de cambiar esta ideal adoracion á ciertas abstracciones por el culto egoista y contínuo á su propia persona. «El mundo, decia, es una ostra, y yo la abriré con mi espada.» El mejor medio de abrirlo en el pueblo británico es abrir las puertas del Parlamento. Disraelli, que gozaba de una buena posicion, se presentó en várias elecciones y devoró amargas derrotas. Por fin, una de esas familias, que poseian colegios en feudo, le dió un acta; y esta acta le abrió, como un talisman verdaderamente mágico, los aureos alcázares de la fortuna y del poder. Disraelli cambió de ideas y perteneció al partido conservador. Parecióle más fácil medrar halagando los instintos de las clases poderosas que combatiéndolos: y el plebeyo, más que plebeyo, el pária de otros dias, lanzado de la sociedad política y civil, se transformó en jefe de los nobles y en cortesano de los reyes; y el judío converso al protestantismo, descendiente de los oprimidos, cuyas creencias se arrancára del alma, pero cuya sangre no pudo arrancarse de las venas, alzóse á protestar de los opresores, juramentándose como paladin de la intolerante Iglesia anglicana; y el socialista se constituyó en conservador, cariátide que

sostenia los templos antiguos despues de haber querido destruirlos, apóstata que alimentaba los viejos privilegios despues de haber querido incendiarlos. Dos cualidades tenía el jefe de los conservadores muerto: una imaginacion romántica, que le daba raras aptitudes para la novela moderna, y una elocuencia sarcástica, que le daba raras aptitudes para la elocuencia parlamentaria.

Sus obras de literatura no pueden compararse á las obras maestras de Dikens, modelos acabados de la novela británica, pues pecan todas de difusas; sus discursos no pueden compararse en vária elocuencia á los discursos de Bright, ni en copia de ideas á los discursos de Gladstonne, pues pecan de combatientes por exceso; mas, de todas suertes, merece contarse entre los escritores y los polemistas notables. Sus enemigos, sin embargo, lo habian maltratado mucho con esos calificativos brutales propios de los ingleses y que tanto se asemejan á sus rudos puñetazos. Bright dijo de él que no tenía ni moralidad pública ni privada; Gladstonne lo comparó á un payaso que hace contorsiones para provocar á risa y suena los cascabeles para llamar el público interes sobre su persona; Duff lo confundió con Félix Pyat en el desarreglo de la fantasía, en la vulgaridad de la inventiva, en la extravagancia de las ideas, en los cambios bruscos de creencias, un Felix Piat,

demagogo por naturaleza y convertido, por egoismo, á protector de la monarquía y de la Iglesia. Pero Disraelli, que brillaba en los discursos sarcásticos cual en ningun otro género de elocuencia, devolvia golpe por golpe á todos sus enemigos y los insultaba con esa libertad de lenguaje que no tiene allá entre los ingleses, ni siquiera la sancion del duelo. En los últimos tiempos se dió á la política de aventuras y de engrandecimiento, deseando convertir la corona de Inglaterra en vasto y cuasi legendario imperio. De aquí su decision por dar á la monarquía británica el carácter de satélite del vasto imperio índico. La sangre oriental en las venas le hervia cuando miraba los celajes del Himalaya y las aguas del Gánges, y á su lado, las cunas sagradas de todos los dioses, las raíces eternas de todos los templos, las larvas primeras de todas las ideas. Así envió al Príncipe de Gales á su fantástico viaje por las selvas paradisiácas donde el género humano comenzó su carrera; é hizo entrar en las pagodas pobladas de ídolos, ir bajo los palanquines de oro á montar en los elefantes de color sagrado, asistir á procesiones, en las cuales aparecian los príncipes tributarios, que lanzaban á los piés del futuro monarca las perlas de los mares y los diamantes de las montañas, con todo lo cual podria creerse un semi-dios en la tierra. Como consecuencia de esta política, el

título de Emperatriz á la reina Victoria; la estrecha alianza con los emperadores férreos y con los imperios fuertes del Norte; la posesion de la isla de Chipre; la entrada triunfante en Candahar; la conquista ruidosa del Transwal; las pretensiones sobre Egipto; la política de engrandecimiento y de aventuras. Sobre todo ese poema cayó ¡ay! el pesado veredicto de la última derrota electoral, y sobre todo ese poeta cae ahora la eterna noche del sepulcro.

Nadie nos gana en profundo y verdadero entusiasmo por la causa de Grecia, que creemos unida con la causa de toda civilizacion y progreso. Desde los comienzos de la guerra oriental dijimos que la existencia de Grecia unida y libre allá en Oriente nos importaba mucho, como la existencia de Italia unida y libre aquí en Occidente. Los pueblos eslavos, los pueblos latinos de la gran península de los Balkanes han menester una confederacion democrática entre sí; pero esta confederacion democrática necesita, para tener unidad, libertarse definitivamente de los turcos y huir á la letal tutela de los rusos; necesita, decia, una direccion, ó, con mayor exactitud, una hegemonia de Grecia. El Congreso de Berlin se reunió cuando estas ideas se hallaban como diluidas en los aires, y las respiraron sus diplomáticos y las redujeron á fórmulas prácticas en sus protocolos. El Epiro y

la Thesalia quedaron consignados á Grecia. Mas el imperio turco sabe con profundidad hasta dónde alcanza la validez de los acuerdos diplomáticos y se propuso desbaratarlos con destreza. Entre tanto, Grecia creyó que bastaba un artículo promulgado para que fuera cumplido, y reclamó la fiel observancia de los decretos dictados por la voluntad general de Europa. El turco reune, como la raza mongólica en general, á la fuerza del tártaro, la doblez del chino. Gran guerrero, su valor no obsta para que tenga tambien, por su particular temperamento, la doblez y astucia de los débiles. Y se propuso ganar por su histórica habilidad lo que perdiera por su irremediable decadencia y oponer la notoria habilidad de sus artimañas á los inflexibles decretos del destino. Empezó por resistir la entrega de Dulcigno á Montenegro con el fin de mostrar cómo resistiria la entrega del Epiro á Grecia. La demostracion naval sólo demostró la imposibilidad de un concierto europeo y la destreza y la penetracion de los turcos. Tras esta triste campaña comenzaron las dos potencias occidentales, más devotas de Grecia y sus derechos, á disuadirla de todo ataque violento y á meterla en el camino de las concesiones y de los acomodamientos. Resistió Grecia con resolucion, armó sus reservas á costa de inmensos sacrificios, amenazó con la guerra, porfió con los vientos y mostró la

resolucion, verdaderamente inquebrantable, de fiar á las armas el acaparamiento de las prometidas reivindicaciones territoriales y la defensa de sus antiguos derechos. Europa le anunció que no podia tolerar su impaciencia y se reunió en nuevas conferencias para llegar á una transaccion pronta y definitiva entre las demandas de la nacion cristiana y las negativas del imperio turco. Rectificóse la concesion antigua y se limitaron las fronteras antiguamente concedidas. Grecia pugnó por la totalidad de las promesas que le dieron y de las esperanzas que allegára. Mas el abandono total en que la dejaron sus aliados acaba de obligarla hoy mismo á una resignacion. Mucho le ha costado en verdad; pero no ha nacido aún ni en los cielos ni en la tierra quien pueda vencer un imposible. Y Grecia no ha tenido más remedio que aceptar la resolucion de Europa. El pueblo se ha agitado, el ejército se ha conmovido. Aténas ha hablado con su natural elocuencia, el Gobierno se ha visto amenazado de una grande impopularidad, el Rey ha tenido que refugiarse en el Pireo; mas Grecia sale agrandada, y disminuida Turquía.

LAS VICTORIAS INGLESAS EN EGIPTO

Y

SUS CONSECUENCIAS POLÍTICAS.

Volvamos á la guerra, enfermedad del género humano y plaga de nuestra pobre humanidad. La increible asonada, que se proponia reemplazar la administracion de Francia é Inglaterra en Egipto con fuerte liga militar apoyada en apariencias falaces de representacion parlamentaria, se ha venido estrepitosamente á tierra bajo el peso formidable y el ataque matemático de las tropas inglesas; nueva enseñanza que ha mostrado la superioridad de la inteligencia sobre el número, y de la razon sobre la fe ciega y las supersticiones fantásticas. El partido liberal del continente se forja muchas ilusiones respecto al estado interior de las tribus mahometanas. Olvidando su decaimiento y su esclavitud las cree capaces de poseer instituciones democráticas y de llegar al concepto de nacionalidad, tan trabajosamente formado, y tan poco definido todavía en la

cultura moderna. Por tal error creyó que Midhat-Bajá podia establecer y sustentar una constitucion democrática en el Bósforo y que Arabi-Bajá podria constituir y prosperar una nacionalidad moderna en el Nilo. Donde reina el Koran y su horrible fatalismo, no queda espacio para la libertad y sus beneficiosas creaciones. Desde los primeros dias del movimiento egipcio, cuántos no estaban cegados por alguna de esas pasiones, que mandan sus vapores del corazon á la mente, veian con claridad la inania de todo alto concepto nacional aplicado á una rebelion de serrallo, como las frecuentes, áun despues de concluidos los genízaros en las córtes de los déspotas, donde suele cortar los caprichos de la soberbia y aterrarla el filo de un puñal ó el glóbulo de un veneno. Arabi, afortunado en sus comienzos, con algun ascendiente sobre sus compañeros de armas, expulsó la guardia georgiana del Jetif, fiador de las convenciones europeas, y le impuso una guardia suya para someterlo primero á sus caprichos y luégo derribarlo á la primer oportunidad. Quien haya leido un poco la historia mahometana y visto sus rebeliones contínuas, no extrañará estos atrevimientos de los soldados, ni estas alteraciones de los gobiernos. Aquellos Abasidas de Bagdad que degollaron en una noche á los omníadas de Damasco y luégo comieron alegremente sobre sus

descabezados cadáveres; aquellos mismoso mníadas de Andalucia, tan gloriosos; en relaciones con el imperio griego y el imperio germánico; fundadores de una civilizacion á cuyo comienzo está la sublime Aljama de Córdoba y á cuyo término la bella y regocijante Alhambra de Granada; restauradores de las ciencias naturales y exactas en la oscura Edad Media, cayeron desgarrados por los amores de sultanas sensuales, por las armas de guardias esclavonas, por las intrigas de santones fanáticos, por los ódios de negros feroces, por la fortuna de caudillos audaces, por la indisciplina y anarquía, predominantes do quier faltan los grandes ideales de libertad y los vivos sentimientos del derecho.

Indudablemente, la córte de Constantinopla, fiando de un lado en la imposible alianza con la Alemania imperial y de otro lado en el desvanecido poder de los califas sobre los creyentes musulmanes, impulsó al infeliz Arabi para ver si Francia é Inglaterra cedian al temor de un conflicto europeo y si las razas fieles peleaban al conjuro de un caudillo improvisado, desquitándose, por tal suerte, de lo hecho en Túnez y en Chipre al mismo tiempo, y apercibiéndose para mayores empresas en los tres continentes, donde áun quedan por celajes varios el arrebol último de su tradicional autoridad, que va extinguiéndose poco á

poco sobre sangriento ineludible ocaso. Y despues de haber consumado todo esto, el Sultan se ha visto solo, como todos los poderes moribundos, en su triste rota, y constreñido á llamar públicamente rebelde al mismo á quien habia en secreto azuzado, y á firmar una convencion militar vergonzosa con el mismo ejército que bombardea sus ciudades y desarraiga los últimos restos de su dominacion antigua en el célebre y prestigioso Egipto. Despojado de sus dominios casi, defendido por el escudo de la tutela británica; sin su antigua pujanza en el mar Negro; sin sus posiciones estratégicas sobre la perdida línea del Danubio; amenazado de los rusos en Armenia y de los austriacos en Dalmacia; herido por los griegos en Thesalia, que se aperciben á despojarle de Creta, cual los ingleses le han despojado de Chipre; la Syria escapándose á su poder, y el árabe ofendido, y el persa hostil, y el tunecino y el argelino esclavizados; y el Egipto en manos cristianas; la triste y flaca Turquía debe desaparecer del continente civilizado y evitarnos el asqueroso espectáculo de su descomposicion y de su podredumbre.

A pesar del secreto guardado en todas las operaciones parciales, el general en jefe de las tropas británicas, Wolseley, habia, sin reserva de ningun género, anunciado al mundo que para el

doce de Setiembre las posiciones de Tell-Kebir estarian tomadas, y para el quince ó diez y seis las tropas inglesas entrarian victoriosas en el Cairo. Como quiera que la prudencia mostrada en Alejandría; el abandono de la expedicion al importante Abu-Kir; los últimos encuentros en el desierto; la noticia de los formidables reductos levantados por los egipcios, y de las inmensas tropas sumadas bajo sus banderas habian hecho formar á los mismos periódicos ingleses un concepto muy desfavorable de las sábias lentitudes de Wolseley, decidido á no dejar ningun género de poder á las contingencias del acaso; todos esperábamos del bárbaro caudillo, no una victoria tenida generalmente por imposible, una verdadera y áun heróica resistencia. Pero se conoce que sirve mucho Arabi para encender el ánimo de las tropas en los conciliábulos de la conjuracion, para llevarlas de los cuarteles á los palacios en són de rebeldía; mas no sirve nada para prestarles el valor necesario á una pelea, en campo raso, contra la inteligencia y la táctica del ejército europeo.

Los reductos pavorosos, con tan fuertes colores descritos y en tan grandes proporciones agigantados, eran vanos obstáculos y ficticias amenazas. Hondos sus fosos, altos sus parapetos, á pesar de tales ventajas, hallábanse dispuestos con tan grosera imprevision, que á las primeras evoluciones

de una estrategia mediana podia enfilarlos con la mayor facilidad el enemigo y destruirlos y burlarlos sin esfuerzo. La sorpresa resulta de tal suerte súbita, que parece inverosímil. Allí, en su tierra propia, carecen estos mahometanos de confidencias, correos, espías, escuchas, segun se dejan asaltar á la callada y coger de improviso. Lo mismo sucedió en Plewna cuando se acercaron los rusos; el primer anuncio de su aproximacion lo dieron las descargas. El rancho de la mañana estaba servido en el campamento de Arabi-Bajá, y muchos árabes eran muertos junto á las marmitas humeantes y con cuchara en mano. El 12 de Setiembre á la una de la mañana dormian los ingleses con el sueño de los justos. Creeríase aquel sitio una ciudad de trabajadores felices en el seno de sus familias respectivas, y no un ejército de soldados próximos á desafiar los furores del combate y á correr peligros de muerte. Cuando se despertaron, lo hicieron con sigilo y silencio, como en cualquier monasterio de cartujos, donde la regla severísima prohibe la palabra é impone los enmudecimientos del sepulcro. Nunca un cuerpo de catorce mil hombres se movió, nunca jamas, con tal reserva. Las órdenes se daban en voz baja, y se decian como si fueran secretos de confesion. Parecian aquellos hombres, no colectividades grandes y múltiples armadas, cazadores individuales y

aislados, requiriendo sus armas en silencio para no despertar el instinto móvil y el cuerpo ágil de la gacela ó del tigre. Al ponerse tanta muchedumbre armada en marcha, sus pasos enormes y fragorosos apagábanse á una en las arenas del desierto. Pero tendrian que ver, sobre aquella inmensidad de aridez y desolacion, bajo el cielo esplendente, á la luz matutina, en el momento de irse las estrellas y despertarse la tierra, ¡oh! los soldados de línea con sus uniformes rojos, los escoceses con sus bandas de colores y sus enagüillas de cuadros, los cipayos con sus uniformes propios de la India, correr al són de sus instrumentos de guerra, tan discordes, tras los hijos del desierto africano, parecidos, con sus alquiceles y turbantes y gumías, á evocaciones de un mundo sobrenatural despertado del sueño eterno y surgido de los sombríos panteones, en aquella tierra de la muerte, enorme laberinto de sepulcros y gigantesco templo de mómias.

Á mil metros del campamento árabe comenzó la carrera de ataque del ejército inglés, y á trescientos metros las nutridas descargas de fusilería. La Guardia entónces, mandada por los generales Cameron y Gardon, despidiendo atronadores hurras y cambiando el resonante fuego por la muda bayoneta, se lanza á los reductos con el ímpetu y con la fuerza de gigantesco alud desprendido de

alto monte á profundo valle. La primera línea de resistencia fué rebasada con la misma facilidad que rebasa en las mareas altas el resonante oleaje oceánico la débil valla de arena. Un corto fuego de mosquetería siguió á este avance á la bayoneta, y la dispersion se declaró en todos los cuerpos árabes con esa celeridad que sólo conocen el relámpago y el pánico. En ciertos sitios la pujanza individual de los moros protestó con heróicos ejemplos contra la desbandada general, y empeñáronse cuerpo á cuerpo combates personales y aislados, muy funestos para los ingleses, sobre todo, para sus valientes y pundonorosísimos oficiales. De éstos han muerto nueve, y veintidos han recibido heridas graves. De soldados han muerto cuarenta y cinco, y han resultado heridos trescientos veinte. Los egipcios han tenido mil quinientos hombres, poco más ó ménos, entre muertos y heridos, fuera de combate. Arabi se ha escapado enteramente solo y ha ido al Cairo, donde le apedrearon á su llegada los muchachos, para entregarse al Jetif desacatado y esperar la terrible y sólida resolucion de los Consejos de guerra. La victoria del inglés no puede ser más completa, ni más triste la rota del rebelde.

Bien examinadas las condiciones del combate porfiado entre Inglaterra y Egipto, échase de ver que la organizacion vencerá siempre á la desorga-

nizacion, y la ciencia vencerá siempre al instinto. Parapetándose tras una legalidad aparente, representada por una Asamblea de Notables, y tras un ejército codicioso de poder é influencia, pudo simular Arabi que habia un partido nacional en aquellos beduinos, apénas acostumbrados á la disciplina de sus tribus, y en aquellos fellahs maltratados por el cruel látigo y exhaustos por el avaro fisco; los usales sólo piden que les dejen una parte de su trabajo y no les arrebaten de la boca el pan de sus hijos para satisfacer las vanidades y alimentar los devaneos de sus inicuos tiranos. Á virtud del delegado poder que tenía y de la oficial autoridad que representaba, pudo quedarse Arabi con una parte del ejército regular egipcio, y valiéndose de la fuerza propia de esta parte semi-escamoteada, sacar levas, fáciles de reunir en pueblos de natural guerreros, pero difíciles de disciplinar ante la ciencia y la fuerza de un verdadero y amaestrado ejército. En los dos encuentros, el de Kassasina ménos favorable, y el de Tell-Kebir tan favorable para los ingleses, hase visto que los cuerpos de artillería egipcia, un tanto industriados en las prácticas europeas, acertaban á molestar, y que los negros, valerosos de suyo, acertaban á defenderse; pero las levas, reunidas al acaso, encrespadas por los ulemas, provinientes del secuestro y llevadas al ejército con

el crudo látigo, desvanecíanse á una en seguida, como esos relampagueos fugaces de nuestros horizontes meridionales en las eléctricas y calurosas noches del estío, tras los que no viene frecuentemente ni el trueno, ni mucho ménos el rayo. Y tamañas levas tienen, ademas del inconveniente de su propia debilidad, otro más grave todavía; el inconveniente de que asaltadas pronto por el terror y dispuestas á la fuga, contagian el ánimo de los más valerosos con su terrible miedo, y concluyen, como los elefantes de las antiguas huestes asiáticas, por ser más dañosos al ejército, por ser más dañosos á quien van unidos é incorporados, que al ejército contra el cual los asestan y disparan.

Habia en Europa mucho amigo de Arabi-Bajá, y lo exaltaban al extremo de compararlo en su defensa del Egipto con Garibaldi en su defensa de Italia y con Kossuth en su defensa de Hungría. Y estos amigos, no queriendo ver hoy la evidencia indudable, atribuyen al oro y no al plomo de los ingleses, la desmedida victoria. No pueden comprender cómo los mismos que combatieron á pecho descubierto el 28 de Agosto y el 9 de Setiembre con tan extraordinaria pujanza, han dejado ahora de resistir, por lo ménos algun tiempo, tras reductos formidables y en posiciones ventajosas. Los mismos soldados, que mos-

traron tanta solidez en los alrededores de Alejandría, portándose como leones, han corrido en Tell-Kebir como gamos. La antevíspera de la batalla, el 10, vivaqueaban á catorce kilómetros de su campamento; y el dia de la batalla se dejan sorprender y asaltar, completamente desapercibidos y á las horas en que más debian recelar la sorpresa y el asalto, por lo difícil de toda marcha diurna para un ejército europeo en los abrasados arenales y bajo el cielo implacable de África. Embargados por tantas cavilosidades, apénas comprenden cómo catorce mil hombres han dado cuenta de veinte mil en tan pocos instantes y con tan rápido y fácil empuje. Y nosotros volvemos á nuestras tésis, las levas no se organizan con tanta facilidad ni se sostienen con tanto empeño; los beduinos, y por regla general todos los fellahs, no tienen ese gran sentimiento de patriotismo y de honor encontrado por los liberales europeos; el Egipto no puede oponer con sus llanuras las resistencias invencibles que oponen los Balkanes con sus desfiladeros y los Alpes Ilirios donde combaten los fuertes albaneses: la tormenta, pues, hase desvanecido con la misma facilidad que se habia formado, y las improvisaciones de Arabi han pasado al frio de una madrugada como pasan los seres efímeros y los infusorios invisibles sorprendidos, ó por un exceso de calor ó por una súbita escarcha.

Las dificultades militares ya están superadas, y comienzan ahora las dificultades diplomáticas. Nada más fácil que abusar de la victoria ó exagerarla; y la opinion pública puede pedir ahora con empeño en Inglaterra una ocupacion larga é indefinida, que parezca una dominacion estable y áun permanente. Á título de posesion provisional tienen los ingleses hace dos siglos nuestra plaza de Gibraltar. El diario que mejor expresa la opinion de Lóndres ve tras las fáciles victorias difíciles arreglos; y aconseja una estancia en Egipto de mucho tiempo, si ha de validarse la influencia del Jetif y han de volver las cosas al ser y estado en que se hallaban mucho ántes de la concluida guerra. Y aún dice más ese diario; áun dice que solamente la sangre y el oro de Inglaterra se han empleado en el combate, y á quien vierte ambos elementos corresponden las soluciones definitivas, con exclusion completa de cualquier otra potencia. Los más industriados en las cosas diplomáticas dudan y no saben si cuenta la Gran Bretaña, para las resoluciones por venir, con Alemania ó con Rusia; si quiere prescindir de Francia ó devolverle todo el poder que le tenian reservado las antiguas convenciones europeas; si va derechamente á conservar la soberanía nominal del Sultan sobre su vireinato secular, ó va en los raptos primeros del triunfo á destruirlo y ahogarlo; si

oye la Conferencia europea ó procede como si no existiese ya Europa; si acapara el canal para sí á título de feliz posesion, ó llama con solicitud á los demas pueblos en el canal interesados para que regulen su paso y aseguren la libertad necesaria de sus comunicaciones; si dejan el Jetif entregado á sus propias fuerzas y expuesto á una conspiracion de cuartel árabe y de serrallo oriental, ó extienden su mano sobre las Pirámides y fundan allí un verdadero protectorado. Dícenos hoy el telégrafo que Constantinopla le ha mandado á Wolseley detenerse ahora en los caminos del Cairo, y Wolseley ha contestado que se detendrá cuando se lo diga y ordene Lóndres. El partido radical manda en la Gran Bretaña, y el partido radical no puede, no, desconocer que á él, á sus tradiciones y doctrinas, toca una política ménos ambiciosa y más humana que la política egoista de los conservadores. Corre un peligro muy seguro de que, limitando su conquista la Inglaterra liberal, y venciéndose á sí misma despues de haber vencido á sus contrarios, dé ocasion á que los conservadores extravien el voto electoral con prometerle dominio secular y arraigo profundo en Egipto. Pero vale más la derrota política en el honor y en la consecuencia, que un triunfo conseguido por la triste revocacion de las más solemnes palabras y por el vergonzoso perjurio á los más divinos principios.

Una cosa indudablemente ha demostrado Inglaterra, que necesitaba inmediata demostracion, á saber: como el ingreso de la democracia en sus viejas instituciones, ese ingreso traido por las leyes contemporáneas, no ha dañado al cumplimiento de los más rigorosos deberes y al sosten de la más severa disciplina. Creíase generalmente por estas clases directoras de la Europa reaccionaria, tan hábiles para condensar con facilidad y cuajar de prisa opiniones falsas, en la impotencia militar inglesa, despues que los radicales habian llevado al Gobierno muchos de sus principios y al Parlamento muchas de sus fuerzas. Pero no comprenden los reaccionarios que jamas surge un principio progresivo en la sociedad humana; un principio destinado á dilatar la fuerza y el derecho de los individuos, sin que surja de igual suerte á su lado una compensacion inmediata, cuya virtud de cohesion aprete los lazos sociales y contribuya de algun modo á la estabilidad. Surgió el principio verdaderamente progresivo del libre exámen, allá en el siglo décimosexto, y el protestantismo le puso al lado el principio de la gracia divina; y obligó á la misma Iglesia católica, en sus combates, á reformarse moralmente para que no se perdiese la disciplina religiosa, indispensable á los espíritus y á los ánimos. Surgió el sentimiento republicano en la Inglaterra de Crom-

well, y este sentimiento de verdadera expansion halló un contrapeso de concentracion manifiesta en el puritanismo evangélico. Surgió la República de Francia, y en tal fulguracion de ideas nuevas, brotaron con ella la Convencion y los ejércitos patrióticos, formidable organismo del Estado, aquéllas y éstos escuela de disciplina severísima y de austero y estóico deber. El hombre que dirige los destinos de Inglaterra hoy ha mostrado, en varios de sus meditados y sustanciosos escritos, cómo el aumento de los electores británicos desvaneció la utopia demagógica y enterró en el limbo de los recuerdos al antiguo partido cartista. Pues el sufragio universal, establecido ya por completo en Francia, Suiza y Alemania, ese principio del derecho político moderno, á cuyo planteamiento caminan todos los pueblos en general, y con especialidad Inglaterra, trae consigo las compensaciones indispensables del servicio militar obligatorio y de la instruccion primaria universal y gratuita. Nunca el sentimiento de disciplina se ha fortalecido tanto en los ejércitos como ahora que han visto, en guisa de lábaro, brillando por los aires la imágen de su patria unida con la imágen de su libertad, y que han sentido dentro de sí mismos con el culto todos á los derechos el aguijon de todos los deberes. Las gentes superficiales, que no siguen las lentas y pausadas transformaciones de

la sociedad con el debido estudio, creian tan sólo en el ejército de línea inglés, y áun llamaban á éste un ejército de mercenarios, incapacitado por su carácter particular para los movimientos espontáneos del heroismo y para los sublimes holocaustos del martirio impuestos por la necesidad á las milicias, verdaderas instituciones de abnegacion y de sacrificio. Pero cuantos observaban con cuidado á la nacion británica, veian con claridad cómo iba, junto á su ejército de línea, estableciendo un ejército voluntario, quien, poco á poco, difundia en el pueblo todo las virtudes militares, y llevaba por los seguros, aunque lentos, métodos ingleses, al seno de la grande isla el servicio universal y obligatorio. Lo mismo las rivalidades con el tercer Napoleon que los recientes progresos de Alemania en este siglo, han advertido al Gobierno inglés, así que necesitaba fortalecer su organizacion militar, y la ha fortalecido, como que necesitaba universalizar el servicio, é indirectamente, y á la callada, sin mengua de las tradiciones propias, lo ha universalizado. El empuje militar de la muchedumbre y su ejemplo ha fortalecido más, y más aún si cabia, indudablemente, al ejército de línea.

Pero por lo mismo que Inglaterra es una fuerza militar tan grande y un poder marítimo casi omnipotente, necesita moderarse á sí misma si no

quiere caer en las tremendas caidas de todos los poderes exagerados y violentos. Mire al rededor suyo, y vea lo que sucede. Una conquista del Egipto puede, con seguridad, por sus innumerables inconvenientes, desnaturalizar su ministerio en el orbe dándole un carácter violentísimo, inconciliable con la libertad, y desorganizar sus instituciones políticas dándoles un aspecto de fuerza inconciliable con su ministerio pacífico y de progreso. Al pueblo egipcio se le puede fácilmente vencer; pero no se le puede fácilmente asimilar. Inglaterra necesita correr el grave riesgo de una ocupacion permanente, preñada de dificultades y de peligros. Esas razas musulmanas que no tienen el principio, de nosotros tan amado, el principio de la unidad nacional, tienen otro principio, de nosotros ya desconocido, el principio de la unidad religiosa. Y si por carecer del primero no saben defender su patria con el empuje que defendieron la suya los españoles en la guerra de la Independencia, en cambio, por el segundo saben resistir con una resistencia invencible, pues no hay medio alguno de asimilárselas, en razon de su dogmatismo, el cual, con su fuerza de aislamiento, las tiene como acampadas en medio de los más cultos y de los más poderosos pueblos. Examínese lo que ahora mismo está sucediendo, y se verá surgir de sus múltiples incidencias millares de próvidas ense-

ñanzas. El ejército ha huido, pero ha quedado el pueblo. Y en su fe ciega el pueblo egipcio, quizas el más débil entre todos los pueblos ismaelitas, opone una protesta insuperable al ejército extranjero. Las santones se recluyen dentro de sus mezquitas á pedir á Dios el exterminio de los infieles vencedores; el comerciante pone á la puerta de su bazar innumerables rótulos diciendo que no comerciará con los perros cristianos; rebélanse contra las complacencias del Jetif los barrios más populosos del Cairo; huyen al seno del desierto los hombres más influyentes de las grandes ciudades; crece la tormenta espiritual en todas las tribus; y el oficial inglés no puede arriesgarse á ir por una calle ó por un camino sin temor á que le asalte y le asesine la gumía del mismo fellah, aunque ha huido á su presencia y ha dejado, en el pánico primero de su rota, desamparadas é indefensas las formidables trincheras. No confunda el inglés la raza móvil, impresionable, artística, pagana, de los indios, con la raza fuerte, vigorosa, tenaz, intransigente, inaccesible de los semitas. Aun los musulmanes indios no pueden acabar con la complexion fisiológica y psicológica que llevan, por su naturaleza especialísima, en cuerpo y alma. Los indios, despues de todo, son los padres del antropomorfismo y de los sistemas helénicos de los elementos progresivos históricos, y transigen;

miéntras los semitas son los padres de las teologías, de las teocracias, de los libros sagrados, de los dogmas perennes, de todas las resistencias históricas, y no transigen nunca. Ponedlos en Egipto, en la tierra de los panteones, y los veréis petrificados y resistentes, ni más ni ménos que las moles graníticas de sus esfinges, aunque estén abrasados por la fe de sus creencias, como esas moles mismas, que permanecen frias é inmóviles en medio de los ardores y de los vientos del desierto. Francia, para sostener su dominacion sólo en Argelia, necesita setenta y cinco mil hombres; para sostenerla en Argelia y Túnez cien mil hombres, ¿cuántos necesitará Inglaterra para sostener la enorme ocupacion suya en Egipto?

Y no queremos contar las dificultades exteriores. Inglaterra no puede aguardar, si del Egipto se apodera, ni el afecto de Turquía, herida en su dominacion y en su autoridad; ni el consentimiento de Rusia, contrariada en sus ambiciosos proyectos orientales; ni el voto de Alemania, resentida por el prematuro planteamiento de problemas, cuya incógnita queria despejar en momentos más supremos; ni el auxilio de Francia, temporalmente destituida hoy de su antigua tutela en Egipto y de su coparticipacion antigua en todos aquellos complicados negocios; ni la sancion de Italia, que aspira, con razon y motivo, en su falta

de colonias, á posesiones en el Africa oriental, si, en las regiones civenaicas y en las desembocaduras del Nilo, las cuales recojan á sus puertas, en las riberas vecinas á Sicilia y Malta, la emigracion constante que ahora, todos los dias, se parte hácia América, y lleva léjos una fecundante actividad, cuyo ejercicio, al otro lado del hermoso Mediterráneo, refluiria en bien y crecimiento de su incontestada grandeza y de su rápida regeneracion. Y no hablemos de nosotros. Nada más natural que una estrecha concordia entre Inglaterra y España. La naturaleza de nuestros productos y de los suyos pide un cambio completo y hace que se combinen nuestros intereses como se combinan los humores contrarios en el cuerpo y los gases opuestos en el aire. La seguridad de nuestras colonias exige el mantenimiento de buenos oficios, de amistosas relaciones con la raza por excelencia mercantil y navegante. Nuestra libertad jóven y su antigua libertad se llaman y atraen, porque así como Inglaterra es el más individualista y liberal de los pueblos germanos, España es el más individualista y liberal de los pueblos latinos. Hasta nuestros convenios en la guerra de la independencia y en la guerra civil han borrado los odios añejos provenientes de las guerras religiosas. Pero es necesario que Inglaterra nos levante su veto puesto en la última empresa africana, el cual

todavía nos duele, cuando nuestras posesiones del Estrecho aseguran la libertad completa de aquel paso, el más importante de toda la tierra, y lo despejan y limpian de morunas piraterías; y que Inglaterra no cierre toda esperanza de una reivindicacion pacífica y amistosa del corto territorio nuestro que detenta en sus manos y que nos imprime una marca de ignominia en la frente, y las cerraria de seguro, si con Egipto se alzase, aumentando con su ambicion desapoderada nuestros fundados recelos y nuestra incontrastable desconfianza.

Pero volvamos á nuestro ministerio de narradores, y contemos los últimos acontecimientos sucedidos al terminarse este mes de Setiembre, poniendo en su punto la situacion actual de tan complicado problema. Todo habrá de reducirse á conjeturas, pues nada tan misterioso é impenetrable como el secreto de las negociaciones diplomáticas subsiguientes á la ruidosa victoria. Dícese que Inglaterra y Turquía, despues de no haber podido llegar á una inteligencia en los preliminares de la guerra egipcia, por un cambio brusco han llegado á entenderse para repartirse la dominacion sobre aquel disputado territorio. Dícese tambien que, no pudiendo suceder tal cosa, Inglaterra pondrá en manos de la conferencia bizantina de Constantinopla el arreglo, tanto de sus relaciones con Egipto,

como de su ministerio en el canal de Suez. Algunos avanzan á más, á creer que Francia é Inglaterra, puestas de acuerdo, prescindirán de toda Europa y convendrán á una en la mejor política y en el medio mejor para resolver tan penoso asunto y despejar tan complicado problema. Nosotros fiamos todavía en la palabra de Gladstone, quien prometió no quedarse con Egipto. Acostumbrados de antiguo á profesarle un cariño profundo unido á una constante admiracion, resístesenos creer que manche su aureola con inexplicables contradicciones entre sus palabras ántes y sus hechos despues del triunfo. Hay en su grande alma un candor más ingenuo del que le atribuye la perfidia de sus enemigos, acostumbrados á ver en el fondo mismo de todas las cuestiones políticas, un natural é indeclinable maquiavelismo. Si Gladstone, el gran orador, no es un cuákero tan vigoroso como Brigth, es, en cambio, un metodista inglés en quien el sentido moral no puede hallarse apagado hasta el extremo punible de no prestar asenso él mismo á su propia elocuentísima y magistral palabra. Todavía, en nuestros momentos de vagar por los campos de la humana inteligencia, leiamos hace pocas noches sus magistrales disquisiciones sobre Homero, y al pasar los ojos por aquellos paralelos entre la Biblia y la Iliada, contemplando sus esfuerzos por

descubrir luminosos rastros de la fe revelada en el Sinaí, así como pálidos albores de la fe revelada en el Calvario dentro de los exámetros homéricos, si desconfiábamos de la seguridad y acierto de su crítica, no podiamos ménos de rendir voluntario é imparcial homenaje á la grandeza incomparable de su alma y á la elevacion inaccesible de sus sentimientos y de sus ideas. Quien tiene tanta gloria, tiene tambien mucha responsabilidad; y quien tiene mucha responsabilidad, no puede faltar, como cualquier advenedizo, á su palabra ni desmentir su conciencia.

Por de pronto la ocupacion militar no cesa, y ya empiezan los periódicos á decir que se prolongará seis meses, tras los cuales vendrán seis meses de próroga. El general Wolseley acaba de telegrafiar á Lóndres que la poblacion musulmana está vencida, pero no está resignada hoy de ningun modo á su vencimiento y que ha de quedarse allí por mucho tiempo el ejército para hacer tascar el freno á los inquietos rebeldes. Luégo el Jetif ha engañado á los ingleses con el disimulo natural á los redomados caractéres orientales y en vez de mostrarse contento con la victoria, casi envidia la suerte de los vencidos que han peleado por su religion y por su patria, miéntras él, prisionero de sus propios servidores, ha vivido en el trono como en pesado insufrible cautiverio. Así es que la

cuestion se complica todos los dias, y esta complicacion inevitable, aumentando las probabilidades múltiples de una larga estancia del vencedor en Egipto, indudablemente agranda la resistencia del derrotado y los recelos de todos cuantos se han resentido más ó ménos en sus intereses y en sus aspiraciones por la brusca y desmedida victoria.

UNA CRISIS MINISTERIAL

EN

INGLATERRA.

Una grande modificacion ministerial acaba de cumplirse hoy en Lóndres. Lord Derby, á cuyo nombre va unida indudable tradicion conservadora, se ha entrado de súbito, tras un discurso encomiástico de la indispensable amistad con Francia, en el Ministerio radical. Aunque antiguos disentimientos con Disraeli tenian al ilustre magnate colocado en esas fajas políticas intermedias de una indecision tan grande como las cordilleras arenisças del desierto africano y como las olas férvidas del diario movimiento oceánico, no ha dejado de maravillar á la opinion que terrateniente y propietario tan poderoso, especie de monarca feudal por sus numerosos dominios, se asocie sin escrúpulo á un Gabinete que consumára la reforma social en Irlanda, y pretende otra no ménos considerable en Inglaterra, cambiando por una cooperacion ó coparticipacion de los colonos en las

tierras los antiguos fundamentos de la propiedad secular. Aunque Derby ha tomado una de esas carteras titulares, las cuales á nada obligan, y que, teniendo mucha significacion, exigen poco trabajo, su entrada en el haz gobernante responde á dos propósitos: primero, á reanudar la inteligencia de Inglaterra con Francia, y segundo, á compensar el aumento de radicalismo próximo á cumplirse por la elevacion inmediata del subsecretario Cárlos Dilke á la categoría de ministro.

Mas para entenderse hoy con Francia, precisa conceder algo á Francia en Egipto. El nuevo ministro Derby, así como el antiguo ministro Chamberlain, político aquél á la manera experimental de Palmersthon, y político éste á la manera trascendental de Cobden, han dicho á una, en sendos discursos, que no conviene á su patria poseer la triste Irlanda oriental, y han abogado por el abandono rápido, no solamente de toda larga ocupacion, sino de todo fingido protectorado en Egipto. Mas lo cierto es que no hay síntoma ninguno de correspondencia entre los actos y las palabras. Organizan los ingleses á su grado el ejército. Montan como les conviene la Comision de Hacienda, pretextando el horror de los indígenas á las antiguas mezclas franco-británicas. Mueven á los tribunales para que condenen, y á los Jetifes para que perdonen. Internan á los súbditos del

Sultan y del Virey, como Arabi-Bajá, en las posesiones inglesas, cual si toda la tierra de los Califas con toda la tierra de los Faraones se hubiera convertido en una simple agregacion del vasto imperio británico. Muchas cosas tristes podrán presentir los estadistas ingleses en lo porvenir de una extension de su imperio al pié de las Pirámides; mas no dan muchas muestras de temerlas cuando tantos eslabones tienden ahora entre los dos territorios, hasta el extremo de que sea cosa difícil mañana separarlos, como es difícil separar del tronco y de las ramas esas plantas parásitas, identificadas con el árbol de cuya sávia viven y medran.

Y cuenta que Irlanda está cada dia más desagradable para los ingleses. El calor de una fiebre contínua la consume como á los pobres tísicos. Pasa de los desmayos que se confunden casi con la muerte, á las convulsiones que se confunden casi con la epilepsia. Los crímenes se repiten con una frecuencia horrible, y los criminales no parecen por ninguna parte. Nadie quiere ser jurado, ni áun para castigar aquellos hechos más abominables y que más indignan á la conciencia humana, porque nadie puede ya estar seguro de libertarse y eximirse á la justicia popular invisible, que ha reemplazado á la visible justicia legal. Uno de los primeros oradores irlandeses acaba en pú-

blica reunion de proferir la palabra que resume y contiene las tenaces aspiraciones de Irlanda; es á saber: «separacion de Parlamentos.» Bajo una misma corona, no componiendo en lo exterior un mismo Estado, Irlanda quiere un Parlamento propio como lo tiene Hungría. Tamaña concesion daríale, de seguro, si hemos de creer á sus defensores, el reposo y la dignidad á que aspira, permitiéndole dotar su Iglesia nacional, es decir, su Iglesia católica, y tener á raya por medio de reformas sucesivas la soberbia oligarquía protestante y aristocrática que aún se funda sobre la violencia y la conquista.

EGIPTO Y TURQUIA

DESPUES DE LA GUERRA.

No hay tierra tan fecunda en ideas como la Tierra Santa. Estos tres desiertos de Arabia, Egipto, Judea, puede muy bien decirse que han dado las tres religiones fundamentales á los pueblos cultos de la moderna historia. Así como Grecia es la patria de la libertad y del arte, Judea es la patria de la religion y del dogma. El Sinaí de Mosiés tiene á un lado la Meca del Islam y al otro lado la Jerusalen del Evangelio. Espectáculo maravilloso para un alma que sepa levantarse á las alturas de la historia y evocar el pensamiento de los siglos. Aquella Jerusalen, asentada en las aras á donde han bajado tantas veces los ángeles del cielo y á donde tantas veces han subido las oraciones del hombre; circuida por sus vastos mares de arena, en que los rayos del sol rebotan; bajo las reverberaciones de un horizonte asiático enrojecido por el dia como por el fuego la bóveda de un horno de cal ardiente; entre sus guirnaldas de

nopales parecidos á una corona de espinas; ostentando los muros bruñidos por aquella luz esplendente; las rotondas de sus iglesias y de sus mezquitas; los minaretes de sus alcázares; el seco lecho de sus torrentes cuyas aguas se han mezclado con las lágrimas del profeta; las suaves líneas de sus colinas sembradas por olivos tan viejos, que parecen fósiles de la historia, Jerusalen es todavía, en su viudez y en su servidumbre, tendida sobre su estercolero, con su osamenta fuera de la piel, profanada por las hienas de Tartaria, la ciudad del mundo que más holocaustos ha merecido al género humano y más confidencias á la divina verdad. Todos hemos llorado en las amargas aguas del mar Muerto; hemos bebido todos algunas gotas del torrente Cedron; todos hemos prestado nuestra voz al coro de sus sacerdotes; y hemos repetido con las manos plegadas y las rodillas en tierra el eco de sus salmos. Todavía los acentos de su *miserere* anublan nuestros ojos y los trenos de sus lamentaciones arrancan gemidos de dolor á nuestras gargantas; los trances amargos de la vida llamámoslos aún calles de Amargura; el dolor eterno, á que nuestra contingencia y nuestra debilidad nos condenan, llamámosles crucifixion ó calvario; y cuando queremos pensar en la inmortalidad, recordamos que sólo en su valle de Josafat podrémos revestir nuestra carne regenerada; y cuando soñamos con lo

eterno y lo invisible, nos fingimos una Jerusalen mística, poblada de ángeles y bendecida por profetas, en los celajes de lo infinito.

No creais que somos nosotros solamente los que soñamos con Jerusalen y con su sepulcro. Todas las razas del mundo han recibido de Jerusalen alguna idea ó le han pagado algun tributo. Alejandro, que cebára en Tiro sus soldados y en Persia buscára el desquite de las agresiones brutales de Darío y Ciro contra Grecia, se dirige á Jerusalen; y cuando el Sacerdote Sumo, envuelto en blanca túnica de lino, y llevando al cuello la placa de oro donde se halla inscrito el nombre incomunicable de la divinidad, se presenta, rodeado de los suyos, á la puerta del sacro templo, baja el conquistador la frente coronada de luz y reconoce allí la presencia de un sobrenatural indescifrable misterio. Casi todos los grandes renombres de Oriente se hallan, sin duda, inscritos en los anales de Jerusalen. Cosroes de Persia, que destruye la obra de Constantino y Santa Helena; Omar, que visita el sepulcro de Cristo como cuna de tantas ideas; Arum, que ofrece á Carlo Magno, en prenda de amistad, las llaves de aquellas sacras puertas; los Emperadores de Constantinopla y los Califas de Asia y Egipto, Saladino y Malek-Adell, fantaseados á una por la poesía muslímica y la poesía cristiana; Federico II

de Suabia, el héroe de las tradiciones germanas; todos estos renombres del Oriente, sin contar los que ha enviado en sus cruzadas el Occidente, buscaron algun rescoldo de las llamas del cielo en las tumbas del Gólgotha y algun eco de las palabras de Dios en las colinas de Sion. Todavía la rosa de Jericó perfuma nuestra infancia y reflorece gallarda en los vasos de nuestros altares; todavía los pozos de Jacob guardan agua con qué apagar la sed inextinguible de mil generaciones; todavía los camellos del desierto llevan en su lomo peregrinos que creen ir por aquel océano de arena, sin rutas y senderos, á la santa eternidad; todavía en las nubes relampagueantes de las tempestades creemos ver las chispas levantadas por las ruedas del carro de los profetas; todavía las piedras del templo de Salomon, semiocultas en las ruinas, están empapadas con lágrimas de los judíos que vuelven á celebrar su Pascua; todavía los que agonizan allá en las estepas de Rusia y en los campos de Grecia piden por piedad que los lleven á morir sobre la tierra de Jerusalen, madre mística de su alma y postrer asilo de su postrer esperanza.

Sugiérennos estas reflexiones las competencias empeñadas en los últimos dias, respecto á jurisdicciones en los Lugares Santos, entre la Iglesia romana y la Iglesia griega. Solemos hablar muy

ligeramente del positivismo de nuestro siglo, y atribuirle una falta de fe, desmentida por los hechos á cada paso y á cada instante. Humean las ruinas de Sebastopol aún odios guerreros, hieden á matanza los campos de Balaklava; y todos estos horrores sucedieron hace veintinueve años por una cuestion, á primera vista baladí, por el protectorado que deben ejercer las grandes potencias sobre los Santos Lugares. Como en el tiempo de las Cruzadas, en el tiempo de las revoluciones han sido el Santo Sepulcro y las demas tierras consagradas por la devocion universal del cristianismo gérmenes de discordias y batallas. Tambien los mahometanos tienen sus lugares santos. La Meca los llama con mayor imperio que á nosotros los cristianos Jerusalen, á causa de las peregrinaciones obligatorias impuestas á su fe por los dogmas y por los cánones de los sagrados libros. Quien cela y cuida region de tantos recuerdos y de tantas esperanzas para familias dilatadas de pueblos y regiones enteras del planeta, por precision ha de tener una grande influencia y ha de revestir una poderosa majestad en tribus, cuyas leyes, costumbres, é instituciones conservan todavía los caractéres y los aspectos teológicos. El Muftí de la Meca en su autoridad aguarda, circuido de ulemas, nacires, imanes, las peregrinaciones llegadas de Damasco, de Persia, del Indostan, de Marruecos, en carava-

nas presididas por el camello sacro, llevando la pirámide religiosa de ofrendas sobre su lomo adornado de plumas de avestruz; gentes de vigorosa y exaltada fe, quienes por las siete calzadas canónicas dirígense, danzando casi, á la columnata de ligeros pilares, donde penden las lámparas alimentadas por los aceites bien olientes; al mirab litúrgico, en que descansan los libros de las leyes y de las ideas reveladas; al pozo tradicional dé Zemzan, cuyas aguas limpian de pecados los cuerpos y embriagan de grandiosas esperanzas las almas; al monte Safá, desde cuya cima enseñó Abraham el patriarca en sueños á su hijo Ismael toda la futura historia y todo el poder de sus descendientes; al santuario de la Kaaba, perfumado por innumerables pebeteros, esclarecido por luces tan brillantes como las estrellas de Arabia contenidas en receptáculos de cristal y oro, encubierto con el velo sacro, regalo de los sultanes, bordado de argénteas inscripciones y de riquísimas preseas, bajo el cual reluce la piedra negra, caida del paraíso con Adan, salvada por las potentes alas de los arcángeles del diluvio, y hundida en las paredes sacrosantas, á fin de que todos los peregrinos la besen y recojan á una en los labios la miel de los divinos recuerdos encerrados bajo las líneas de tan grandiosa mezquita en la virtud misteriosa de tan preciada reliquia. Serán de ver las tribus atezadas por el

calor de los arenales inmensos, acercándose á la meta de su viaje místico, entre los faquíes exhaustos de bailar las danzas sagradas, y los marabúes extáticos de fascinar las fascinadoras serpientes y tragarse como panes angélicos las brasas de los hogares divinos. El santon que reciba todas estas gentes, y atice todas estas supersticiones, y numere todos estos ejércitos, por necesidad habrá de tener en sus manos la unidad posible dentro de tribus tan diversas, la unidad religiosa.

Por esta razon el Sultan reinante ha dado importancia excepcional á la designacion del que podríamos llamar sin esfuerzo pontífice máximo, como depositario y representante del poder religioso entre los fieles musulmanes. Aspirando á rejuvenecer y restaurar el Califato, necesita, para que todos los mahometanos puedan reconocerle como delegado de Mahoma en el mundo, cual Mahoma lo fuera de Alhá, el acatamiento de una tan grande autoridad religiosa, como la que domina en los sitios consagrados por los recuerdos del Koran, sitios los cuales áun guardan impresas en sus piedras las plantas de los patriarcas y difundidos por sus aires los aleteos de los arcángeles. Un santon rebelde, cuya sangre árabe, sin duda, hervia y se rebelaba contra esta superioridad de los mongoles sobre los nietos del Profeta, murió asesinado hace poco tiempo en su aljama; y el que

ha de sucederle, preso en Constantinopla por los recelos del Sultan, ha recabado en el cautiverio, no se sabe á qué costa, los favores imperiales, y sale ya con sus poderes firmados y su guardia personal de árabes á instalarse pomposamente allá en la prestigiosa Meca. Tal nombramiento se forjó cuando la resistencia del sublevado Egipto inspiraba esperanzas insensatas al Sultan-Califa sobre la reunion del poder espiritual y del poder temporal en su persona, símbolo verdadero del movimiento panislámico. Pero, desde aquellos dias á éstos, el mundo musulman ha retrocedido mucho, y el mundo cristiano llegado sin esfuerzo á recoger la tutela, vinculada de antiguo en Constantinopla, sobre la tierra de los Cartagineses y la tierra de los Faraones. El prematuro avance de la insurreccion argelina se ha detenido en su marcha; y los movimientos aguardados de Trípoli, de Syria, del Magreb mismo á favor de Arabi, se han frustrado por completo. La doble amistad de Alemania, en que tantas esperanzas pusiera el Divan, no le ha servido, como en la guerra de Crimea le sirvieran las amistades más valiosas de Francia é Inglaterra. Cual hace tiempo se cayeron de su corona en Europa, Bulgaria, Bosnia, Herzegovina, las fronteras de Grecia, se le caen ahora Egipto, Tunez, el istmo de Suez. Para mayor desgracia, conforme se van sumando más datos sobre la in-

surreccion de Arabi, resulta más claramente que lo ha movido el Sultan, pues creyó tomarle sin peligro por cumplidor de sus designios y brazo de sus venganzas.

Así los periódicos de Constantinopla desahogan el mal humor nacido de sus terribles desengaños criticando acerbamente la expedicion británica y su terrible general. De oirlos y creerlos ¡ah! las líneas de Tell-Kebir eran como puertas de par en par francas; los negros, los más guerreros entre tantos enemigos de la irrupcion, estaban paralizados en Damieta; los indómitos é irregulares beduinos habíanse á una entregado y vendido, no por mucho dinero; el fellah, arrastrado al trabajo y al combate por medio de latigazos limpios, no presentaba ninguna resistencia; y los jinetes de San Jorge, impelidos contra el rebelde, más que instrumentos de guerra ó de combate, aparecian como signos de los que llevan las monedas en su reverso, propios para rodar en las competencias económicas de un mercado y no para combatir en las competencias cruentas de una guerra. Para ellos Arabi es un farsante, quien no ha visto el verde pabellon de Mahoma sino en las copas de cristal que le han emborrachado, y Wolseley es uno de los más hábiles compradores que ha conocido la historia. Pero ahora se las prometen muy felices del clima verdaderamente asesino para los

ingleses; y del armamento de los indígenas, verdaderamente realizado por Arabi, con el cual áun podrán la noche ménos pensada é imprevista, morir degollados bárbaramente, y sin remedio y sin apelacion, todos los ingleses. Así habló siempre la derrota en todos los tiempos y en todos los pueblos, explicándose las desgracias más merecidas por ventas ó por traiciones, y meciéndose, despues de haberlo perdido todo, en las más ilusorias y más insensatas esperanzas.

La política oriental ó asiática tiene la inmoralísima indiferencia de la naturaleza. Como ésta despide sus rayos abrasadores y no se cuida si hiere un burdel ó un templo, desata sus miasmas pestilentes y no sabe si asesina jóvenes ó viejos, virtuosos ó criminales, bienhechores ó malhechores del humano linaje; un déspota de Asia mata los hombres, de quienes se ha servido en sus empresas, como puede romper cualquier inútil instrumento. El caso de Arabi prueba la verdad indudable de tal aserto. Alzóse con violencia en armas para destruir el protectorado anglo-frances, á impulsos de Turquía y en complicidad evidente con una parte considerable del pueblo egipcio, abrumado por la gravedad horrible de los impuestos y por el yugo de tres ó cuatro tiranías diversas. Creyó, en sus ilusiones, más ó ménos fantásticas, y en sus esperanzas, más ó ménos engañosas,

que habia un partido militar entre los fallahs adscritos por fuerza en el ejército y entre las tribus diseminadas, como la langosta, en el desierto; y ahora, en su cautiverio y en su desgracia, no quiere ni jueces egipcios, ni abogados egipcios, ni leyes egipcias, sino jueces y abogados y leyes de nuestra Europa, siquier le juzgue un consejo de guerra y le apliquen el Código militar. Nosotros confiamos en que la honra de Inglaterra y la humanidad de su primer ministro preservarán á un rebelde, impulsado á la rebelion más bien por circunstancias externas que por internos impulsos, de la muerte, á que le habrán condenado allá en sus maquinaciones, los mismos que se han servido para fines propios de la violencia de sus instintos y de la exaltacion de sus supersticiones. Esos fanáticos ulemas, que de sus labios febriles y de sus almas delirantes han lanzado tantas ideas inconexas y supersticiosas sobre las pasiones de Arabi, produciendo los efectos que sobre la pólvora producen los fósforos inflamados, hasta con furor abrasarle en deseos de conquista y de venganza, bien podrian ahora, en este instante siniestro, absolverle; y dirigiéndose al Sultan y al Jetif interponer su valimiento entre los rigores de las leyes y las desgracias del vencido. Sería para desconfiar de la civilizacion cristiana si viésemos á los motores de Arabi quedarse tranquilos y sere-

nos en sus tronos, miéntras él, instrumento dócil de poderes altísimos, pagaba por todos como pudieran pagar por él su sable ó su caballo.

¡Partido militar en Egipto! ¿Sabeis cómo se recluta su ejército? Un dia, despótico firmán prescribe que los egipcios se queden por una noche, con grande anticipacion designada, en sus respectivos hogares. Y se quedan, porque, de salir, aprisionaríalos el esbirro, que cura del cumplimiento de los firmanes y que acecha la cara del vasallo. Y quedándose, va el secuestrador oficial á sus madrigueras; los ata como una presa de cualquier cacería, y se los lleva consigo, atados, al cuartel, donde los recluye indefinidamente á su antojo, apaleándoles de contínuo y manteniéndoles allí por los procedimientos con que puede mantenerse á los presidiarios en sus horribles presidios. Algun viajero, amigo mio, me ha contado la sorpresa por la noche, sorpresa parecida más bien á la comision de un crímen que al cumplimiento de una ley; la separacion del hogar entre los lamentos de toda una familia, pues lo mismo se llevan al soltero que al casado; la dolorosísima traslacion entre mujeres y niños, que se mesan las cabelleras, que se retuercen los brazos, que se arrojan al suelo, que se interponen á una en el camino como si lleváran á enterrar aquellos deudos, puesto que no saben los desamparados si han de volver á donde, por la

infame leva, dejan indefinidamente ¡ay! el abandono y la miseria. ¡Partido nacional en Egipto! ¿Dónde iréis á buscarlo? El turco insolente, que áun se cree dominador, cuando la tierra le falta bajo los piés; el mameluco, vendido al pié del Cáucaso, en los mercados de siervos, por los cazadores de hombres; el árabe, apto para las algaradas de la guerra, inepto para los empeños y trabajos de la política; el cofto, en quien se reproducen los rostros largos y las bocas grandes y los pómulos deformes de las antiguas momias; el siervo agrícola, pegado al terruño, y oprimido por la correa como por incontrastable cadena; el syrio, entregado á la quiromancia y á la magia; el beduino, el nubio, el negro, identificados con las últimas especies animales, nacidos en la esclavitud, criados al apaleo contínuo, con sus almas en poder de un clero inmóvil y sus vidas en poder de un Sultan imbécil, no pueden tener patria ni constituir ese cuerpo animado de voluntad y de conciencia colectivas, que forman las grandes entidades conocidas con el ilustre nombre de naciones.

Así es que la suerte de los egipcios no está en sus manos ya; está en manos de los ingleses. Podrán éstos hacer cuanto les plazca en la seguridad completa de que las circunstancias europeas les auxilian y favorecen á una con verdadero favor y auxilio. Así les atribuyen los planes más extraños.

Ya dicen que constituirán de nuevo un ejército para sustituir al despedido y licenciado en los últimos tiempos, dirigiéndolo todo entero con oficiales ingleses; ya que se alzarán pronto con la interior administracion de aquellas desdichadas tribus; ya que llamarán á Francia con empeño al goce y coparticipacion de la indefinida tutela; ya que abogarán toda intervencion europea. ¡Oh! Por la situacion de nuestra Europa no puede tener la victoria de Inglaterra más límite que su mesura y su prudencia. Por lo mismo está en el deber estrechísimo de moderarse; porque no cede á ninguna extranjera y exorbitante presion. Su poder marítimo es inmenso. En el Norte, la tierra de Heligoland, que pertenece á los alemanes; vecinas á Normandía y Bretaña, Jersey y Guernesey, que pertenecen á Francia; en la puerta del Estrecho, Gibraltar, carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos; en los centros del Mediterráneo, la italiana Malta; en los archipiélagos semiorientales y semihelenicos, Chipre; Adem y Perim á los dos extremos del Canal de Suez; Ceylan y Hon-Kong en los mares de China; la India, con cuyo imperio posee la parte más vasta y más importante del Asia; la Oceanía ó Australia con legiones de islas parecidas á verdaderos continentes; en América las ochocientas Bahamas, las trescientas Bermudas, Jamaica, Guyana, Trinidad y tan-

tas otras, el Canadá con sus ricos Estados; por manera que la dominacion británica resulta una especie de serpiente marina enroscada por mares y por costas á toda la extencion de nuestro planeta.

No me asombra y maravilla, pues, la fiebre de conquistas y engrandecimientos coloniales que se apodera con tal espectáculo de todas las naciones europeas. Francia toma la tierra de Túnez; envia emisarios al Asia y al África; tiene competencias con la Gran Bretaña en Madagascar y otros puntos. Italia se cree no redimida todavía, porque le faltan las antiguas riberas de Dalmacia, poseidas por los venecianos, y el desierto donde venció Escipion á los Cartagineses. Austria se arrastra sigilosamente al centro de los Balkanes en acecho de su codiciada Salónica, complemento de la extension alcanzada en Bosnia y Herzegovina. Prusia quiere convertir al Austria en una potencia húngaro-eslava con ánimo de acaparar á Trieste, y tener así, para futuros proyectos que satisfagan sus naturales ambiciones en el Mediterráneo, un gran puerto, sin perjuicio de codiciar tambien la Holanda, no sólo por la desembocadura del Rhin azul, sino por poseedora de inmensas colonias asiáticas. Hasta la humilde Bélgica pensiona de su pobre peculio al famoso Stanley, para que inspeccione los territorios interiores del continente

africano, donde inmortalizó gloriosamente su nombre hallando, comisionado por un periódico americano célebre, al doctor inglés, cuya vida se consagró desde sus albores y comienzos á interpretar ese jeroglífico de nuestro planeta, que se llama la tierra de África. Y no hay para qué hablar de la inmensa Rusia, que va extendiéndose como una mancha por todo el globo, y encerrando en los pliegues de su manto la mitad casi del Asia.

Si en los periódicos ingleses no lo viera, ni áun lo imaginára. El deseo de hallar tierras desconocidas, como en los siglos del Renacimiento, se apodera de muchas cabezas hoy, avivando vastos planes. Hace ya tiempo que un geógrafo eminente se personó en el Congreso americano, diciendo tener la seguridad indudable de hallar franco boquete, allá en los hielos eternos del polo, por el cual pudiera penetrarse hasta los senos de una tierra nueva, tan desconocida de nosotros como el Nuevo-Mundo en la media y antigua historia. Symmes se llamaba este hombre. Al oirle, todo el mundo le respondió con una carcajada homérica, y sus planes pasaron al vulgar lenguaje, como sinónimos de mentiras y alucinaciones. El congreso de Wasingthon le desdeñó, y la Academia francesa no quiso ni escuchar siquiera la relacion de tales ensueños, más propios para entretener, como cuentos, á los niños que para embargar, como

invenciones, el ánimo y atencion de un gran cuerpo científico. Y Simmes decia que así como Colon adivinó América por las ramas y las hojas flotantes en el Océano, habia conocido él por las manadas de hurones, de zorras, de osos, hasta de conejos, que suben del Sur al Norte durante los otoños, y luégo bajan al llegar la primavera, instalándose á sus anchas en la region habitada por los esquimales, y llegan, despues de haber errado tanto tiempo, nutridos, engordados con sus crías respectivas, una señal indudable de hallarse y existir allí un territorio habitable dentro del inmenso círculo de hielo polar. Y muchos viajeros confirman estas aprensiones ahora y hasta describen la nueva tierra que imaginan encerrada en las nieves eternas como los oasis en los arenales africanos. Y las creen pobladas de frutos dulces, de flores bien olientes, de várias especies animadas y hasta de una raza cuya presencia entre nosotros causára el asombro causado por la venida de los indios occidentales en las maravillosas carabelas de Colon.

LA PAZ CON AMÉRICA.

De pocos sucesos nos hemos holgado tanto en estos dias como de la paz convenida entre los Estados del Pacífico y su anciana madre patria, la nacion española. Apenábanos con profundísima pena la interrupcion de relaciones entre miembros de una misma familia, en quienes de abolengo son idénticas la lengua en que circulan sus ideas y la sangre que circula por sus venas. ¡Ah! Nosotros hemos creido siempre que para componer una sola nacionalidad, no empece de modo alguno el vivir bajo diversas banderas y gobiernos cuando quedan lazos más fuertes é intereses más vivos de identificacion que las públicas administraciones y las autoridades políticas. Una misma creencia religiosa, que nos acompaña desde la cuna hasta el sepulcro; la consanguineidad íntima de temperamento y complexion, que tan poderoso influjo ejerce de suyo en toda la existencia; el lenguaje, que encarna las almas y que acostumbra con su

analogía y con su sintáxis á cuantos le hablan á expresarse, por necesidad, en modos comunes de sentir y de pensar; las letras mismas y las artes; la idéntica historia; la obediencia secular á leyes antiguas y á códigos consagrados por el tiempo; el hábito de apelar al mismo diccionario y de vivir en los mismos usos y costumbres, concluyen por formar una sola nacionalidad bajo un solo espíritu, á pesar de los gobiernos, de las cámaras, de la policía y del ejército. Ejemplo vivo nos dan de tal verdad razas atrasadas en los comienzos de su incierta libertad y de su jóven cultura. Los eslavos, diseminados en la Europa oriental, á pesar de hallarse unos bajo la tutela de Turquía y otros bajo la tutela de Austria, en comunidad forzosa éstos con los húngaros y en comunidad forzosa con los romanos aquéllos; divididos en várias naciones y separados por diversas creencias, pues los bohemios pertenecen generalmente á la religion católica, miéntras los servios pertenecen á la religion griega; con lenguas várias, aunque bordadas sobre un fondo comun y único, sienten que son de una misma familia por el espíritu, y que forman una sola nacionalidad por la tradicion y por la sangre.

¡Cuanto más no sucede todo esto entre americanos y españoles! Que nuestros hijos de allende los mares consulten la fe de su alma, la prosapia

de su estirpe, la etimología de su apellido y de su nombre, la casa solariega de su familia, el manantial de su sangre, y encontrarán que desde los átomos componentes de sus cuerpos hasta las ideas vivas de sus almas, emanan de una comun y misma patria. Los españoles somos americanos residentes en el Viejo Mundo; y los americanos son españoles en el Nuevo Mundo residentes. Por esta causa hemos creido siempre funestas las guerras internacionales de nuestra patria con las repúblicas hispano-americanas, y las hemos considerado como verdaderas guerras civiles entre los hijos de una sola familia y los indivíduos de una sola nacion. A virtud de tales convicciones profundas no se ha reanudado relacion diplomática de la vieja metrópoli con sus emancipadas colonias que nosotros no hayamos bendecido como verdadera ventura; y no se ha empeñado guerra y combate, tanto en los territorios de la Nueva-España como en las costas del mar Pacífico, que nosotros no hayamos abominado y tenido por un verdadero parricidio. Así, en 1865 y en 1866, dirigiendo nosotros diario muy favorecido por la pública opinion, interpusimos nuestra palabra de paz entre los beligerantes y clamamos por una conciliacion cuando sonaban con tanto estruendo los cañones de ambas partes y caian con tanto heroísmo en la eternidad unos y otros combatientes. En

vano las gentes celebraban sus esfuerzos y ponian de manifiesto su heroísmo; en vano decian unos contra otros frases estóicas, recogidas por la historia como timbres de la fuerza y la pujanza de todos; en vano constaba que aquéllos se habian defendido como sus antecesores en Gerona y Zaragoza y que habian atacado éstos como sus antecesores en cien marinos encuentros; el laurel de la gloria guerrera tendíase con orgullo sobre todos, pero teñido en la misma sangre; y los héroes y los mártires, aunque amortajados y envueltos en distintas banderas, llevaban á una en sus huesos frios la cal del mismo terruño, los besos de la misma madre.

Despues de tal catástrofe, las naciones del Pacífico y su antigua metrópoli quedaron separadas, no con los respetos de familias que se reconocen unas, siquier vivan bajo distintos techos, sino con el ódio de familias olvidadas del amor de la sangre hasta herirse y deshonrarse mútuamente. No se veian los colores de Chile y del Perú en los puertos de la Península, ni la sacra bandera española, tan querida de todos sus hijos en uno y otro continente, ondeaba por las costas del Pacífico despues de los dolores y de los desastres de la guerra. Habia en esta discordia increible algo más doloroso aún, el divorcio de los corazones que más habian reprobado en unos y otros pueblos

aquellos arrebatos de odios, y el divorcio de las inteligencias que más habian difundido los sentimientos de reconciliacion y las tendencias de paz. Siempre que llegaban los aniversarios de ciertos dias nefastos para unas y otras naciones, aunque gloriosísimos por el arrojo en ellos mostrado por todas, reabríanse las heridas y denostábanse aquéllos que llevan unos mismos nombres en una sola lengua. Y miéntras tanto, las relaciones de comercio, útiles á unos y otros, quedaban interrumpidas, y suspensa la circulacion de las ideas que unos y otros necesitan. Los hijos maldecian de los padres, y los padres de los hijos, en sendas invectivas, sin comprender que los herian y debilitaban á todos por igual aquellas maldiciones.

Muchas gentes enemigas por supersticion ó por interes, enemigas implacables de nuestra España, decian que jamas nacion madre tratára con tanta crueldad á sus hijos cual nosotros habiamos tratado á chilenos y peruanos en el Callao y en Valparaíso, como si la guerra, una vez desatada, pudiera contener y dulcificar los ciegos estragos de la muerte. Pasaron los dias, y, por motivos más ó ménos justificables, rompieron en lucha entre sí las naciones hispano-americanas que con nosotros habian contendido. Entónces vióse clara y manifiestamente cómo las batallas no pueden moderarse de ningun modo en sus cruentos em-

peños, aunque parezcan dependientes del humano arbitrio, cual no se moderan las catástrofes del humano arbitrio independientes. Represalias horribles, combates á sangre y fuego, irrupciones despiadadas, bombardeos implacables, inmersion de naves y tripulaciones heroicas en las hondas entrañas del Océano, incendios y matanzas y saqueos y asolamientos, demostraron que todos los pueblos hacen á esa divinidad antropofágica, denominada guerra, los mismos cruentos sacrificios. Otra enseñanza más reveló entónces la reveladora experiencia, es á saber: con cuanta injusticia se habia injuriado la pía y noble maternidad de nuestra España. Entre nosotros no hubo más que una sola voz para expresar un solo deseo. Á una todos los españoles clamaban, tanto en la tribuna como en la prensa, para que se detuvieran aquellas legiones fratricidas y se acabára por reconciliacion perdurable aquella discordia maldecida de la conciencia humana y de la conciencia divina en reprobacion inapelable. Los beligerantes, en la ceguera de sus odios, buscaron armas entre nosotros, y nosotros les dijimos que sólo podiamos procurarles aquello que llevábamos en nuestras almas, sentimientos de afecto para que se reconciliáran, y no máquinas de guerra para que se destruyeran. Esta noble conducta de la nacion española y de sus diversos gobiernos tocó en el corazon á nuestros

hijos, impeliéndoles á buscar el regazo de la madre patria, como si necesitáran su amor y su abrigo en el momento de restañar las hondas heridas y convalecer de la horrorosa enfermedad. Lo cierto es que durante la última guerra se han convenido y se han afirmado las paces.

El Perú las arregló hace tiempo, y en Lima existe hoy un agente diplomático de nuestro Gobierno. Los dos eminentes repúblicos de Chile, que representan á su patria en París y en Berlin, habian mostrado, con el tacto correspondiente á sus respectivos cargos, un deseo que brota de todos los corazones hispano-americanos, por instintiva é indeliberada manera, el deseo de reconciliacion amistosa con España. Los que llevan la voz de nuestro Estado en una y otra capital, no podian ménos de afirmar cómo un sentimiento idéntico al sentimiento americano late unísono en todo corazon español, animado del mismo deseo fervoroso que corre como el calor de nuestra sangre por todas nuestras venas, cuando de nuestros hijos y de nuestros hermanos se trata. Nada más fácil, pues, que anudar las relaciones con Chile al impulso de todos estos sentimientos, y se reanudaron en Lima. Por una triste casualidad, convertida en feliz coyuntura, los despojos de nuestros bravos marinos yacian cuasi insepultos en triste y desierta isla del Océano Pacífico. Alguno

que otro indicio, algun que otro torrero, algun que otro recuerdo de sus compañeros de armas, designaban con más ó ménos exactitud el triste lugar donde yacian aquellos sacratísimos despojos, verdaderos pedazos de nuestro corazon. El Océano solitario rodeaba sus huesos en la tierra como Dios rodea sus almas en el cielo. Pero ni una cruz, ni una inscripcion, ni una corona, ni una ofrenda en aquella triste y desierta huesa, donde apénas crece la hierba de los campos y ni siquiera cae más rocío que las amargas gotas de las ondas, semejantes á tristes y luctuosas lágrimas, las cuales expresan un afecto de compasion y de dolor en la misma indiferente naturaleza. Nuestro encargado de negocios recabó de la Sociedad de Beneficencia, último resto del régimen peruano, la traslacion de aquellos sacros cadáveres á más conveniente cementerio, al par que recabó de las tropas chilenas, ocupantes del Perú, los honores prestados por las ordenanzas en actos de tal género á los pueblos amigos. Y las cenizas fueron conducidas al continente peruano en barcas de vapor apercibidas por la Administraciom militar, como fueron acompañadas por las tropas con todos los honores de ordenanza, quedando así reanudadas nuestras relaciones y establecida y confirmada la paz internacional.

Nosotros la creemos duradera por hallarla fun-

dada, no sólo en los tratados de la diplomacia y en los pactos de las cancillerías, sino en algo más profundo, en los sentimientos universales de nuestros respectivos pueblos. Así, cuando los primeros buques mercantes han llegado á Chile y al Perú desde nuestras costas, no ha tenido límite el entusiasmo de aquellos naturales. Y lo mismo ha sucedido cuando los buques de la marina española y los puertos del Océano Pacífico han unido las voces de sus cañones y los colores de sus banderas en las fiestas de reconciliacion. Unos y otros, nuestros marinos y sus marinos, nuestros soldados y sus soldados, las tripulaciones de nuestros vapores mercantes y los ciudadanos de los puertos chilenos y peruanos, han visto y han sentido cuán odiosa, por infundada, era la enemistad antigua, y cuán saludable y necesaria es la concordia para que prosperen y crezcan así nuestros intereses materiales como nuestras ideas y nuestras almas. Mucho han contribuido á ello con sus tratos los diplomáticos, y con sus esfuerzos los Estados y sus gobernantes; pero no han contribuido ménos las prensas y las letras, tanto de América como de España. Y entre los periódicos, ninguno como *La Ilustracion Española* y *Americana*, en que nos ufanamos de escribir nosotros, no sólo por su gloriosa historia, sino por el número de ilustres compañeros que tanto enaltecen y honran sus colum-

nas. Este periódico, destinado en el pensamiento y en la intencion de su fundador á unir el alma de España con el alma de América, no ha cejado un punto en sus propósitos ni cedido en sus empeños. Los ingenios de allende como los ingenios de aquende los mares, han hallado en él espacios luminosos donde gravar sus pensamientos. No ha fenecido un americano ilustre á quien no se haya consagrado aquí fúnebre oracion elocuentísima y ofrendas de dolor sincero. Estas ilustres páginas han saludado las glorias de la América española como si fueran glorias exclusivas nuestras, y han plañido como propias sus desgracias. El gran movimiento intelectual de todas aquellas repúblicas sin excepcion, ha tenido aquí su resonancia por medio de esta popular hoja, cada dia más leida en uno y otro continente. Así la enemistad oficial entre nuestra patria y las repúblicas del Pacífico se ha trocado poco á poco en amistad sincera y profunda, merced á estos nobilísimos esfuerzos. *La Ilustracion* no ha desaprovechado coyuntura propicia de mostrar que la interrupcion de relaciones entre los Estados no impedia el reanudamiento de relaciones entre las inteligencias. Por tanto, puede hoy envanecerse y gloriarse de una paz que habia previsto en su entusiasmo por España y América, estas dos patrias nuestras, á las cuales unos y otros pertenecemos, y que di-

latan el viejo continente hispano por el Nuevo Mundo y consagran y embellecen á la joven América con las tradiciones y los reflejos y las grandezas de nuestra gloriosísima historia.

No podríamos concluir sin dejar una indispensable advertencia, que reclama todo cuanto hemos dicho en este artículo. Hace diez y seis años tronaban el cañon del Callao y el cañon de la marina española en una guerra cruenta; las costas y las aguas del Pacífico ensangrentábanse con española sangre, y lo que todavía es más triste, al caer americanos y españoles en los empeños del combate, maldecian ciegos de furor á España y América mutuamente, sin comprender que se maldecian á sí mismos. Ahora los chilenos y los peruanos han ido á la desierta isla que servia de sepultura y catafalco á huesos de los nuestros, y los han recogido con religiosidad y los han besado con amor, como reliquias sacratísimas de la propia familia, mostrando en este acto que la guerra con España, provocárala quien la provocára, les parece un verdadero parricidio. Pues bien: los tiempos andarán; la sangre, hoy caliente, llegará dentro de algunos años á evaporarse; los huesos en cuyos átomos arde aún el reciente ódio, llegarán á helarse; cobrará su imperio la razon, su derecho la justicia, y llegarán á comprender, peruanos y chilenos, que ha sido un verdadero fratricidio la guer-

ra entre Chile y el Perú. Que la paz con España se complete con la paz en América. Tales son los deseos de nuestra madre patria y tales los votos dirigidos por los españoles al cielo. Que Dios nos oiga, y que la guerra cese.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
La Libertad y la guerra de América.	6
Política hispano-americana..	20
La Muerte de Gardfield..	51
La Paz americana..	69
Los Publicistas hispano-americanos..	83
El Occidente y el oriente de Europa.	103
Los Conflictos orientales.	131
El Egipto..	161
Las Fiestas de Francia y los bombardeos de Inglaterra.. . . .	193
El Estado general de Europa..	227
La Muerte de Disraelli en Inglaterra y la cuestion oriental en Europa..	257
Las Victorias inglesas en Egipto y sus consecuencias políticas. .	265
Una Crísis ministerial en Inglaterra.	289
Egipto y Turquía despues de la guerra.	293
La Paz con América.	311

FIN DEL ÍNDICE.

AÑO XLII.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Sale á luz los dias **6, 14, 22** y **30** de cada mes, y cada año forma un hermoso volúmen de unas **1.200** columnas gran fólio, conteniendo sobre **3.500** grabados, reproduciendo las más recientes modas y toda clase de labores propias de señoras; **48** figurines artísticamente grabados en acero é iluminados en colores;—dibujos de tapicería;—**24** grandes patrones trazados tamaño natural, con más de **1.000** modelos de trajes, corazas, túnicas, delantales, abrigos y demas confecciones. Estos patrones alternan con grandes hojas de dibujos para bordados y selectas piezas de música moderna para *piano* y *canto y piano*, originales de los maestros compositores más notables de España y del extranjero; y **50** ó más ejercicios de ingenio, como son Saltos de Caballo ó Jeroglíficos; todo lo cual constituye un **precioso album**, digno de ocupar, por su belleza, lujo y utilidad, un lugar preferente, lo mismo en el gabinete de la aristocrática familia, que en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

La lectura es amena, moral é instructiva, y su contenido excede en el año, de **10** tomos en 8.°

PRECIOS DE SUSCRICION.

	1.ª EDICION.		2.ª EDICION.		3.ª EDICION.	4.ª EDICION.
	Madrid.	Provincias y Portugal.	Madrid.	Provincias y Portugal.	Madrid y Prov.	Madrid y Prov.
	Pesetas.		*Pesetas.*		*Pesetas.*	*Pesetas.*
Un año.....	37,50	40	28 »	30 »	20 »	15 »
Seis meses..	19 »	21	14,50	16 »	10,50	8 »
Tres meses..	10 »	11	7,50	8,50	5,50	4,25
Un mes.....	3,50	4	2.50	3 »	2 »	1,50

SE REMITE EL PROSPECTO Y NUMERO DE MUESTRA GRATIS

á las Señoras que lo soliciten, dirigiéndose á la

ADMINISTRACION: CARRETAS, 12, PRAL.-MADRID.

LA
ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA.

PERIODICO ESPECIAL DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES.

DIRECTOR:

D. ABELARDO J. DE CÁRLOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable REVISTA ilustra sus páginas, no sólo con los acontecimientos más importantes que en el mundo ocurren, sino tambien con la copia exacta de los monumentos artísticos y notables que existen en España, América y el extranjero.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	MADRID.	PROVINCIAS Y PORTUGAL.	EXTRANJERO.
Un año..... .	Pesetas. 35	Pesetas. 40	Francos. 50
Seis meses... ..	» 18	» 21	» 26
Tres meses.....	» 10	» 11	» 14

Cada número consta de 16 páginas gran fólio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen, se publican suplementos, grátis para los Sres. Suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas, y la edicion, tan lujosa como las mejores de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

SE REMITEN NÚMEROS DE MUESTRA GRATIS A LOS QUE LO SOLICITEN, DIRIGIÉNDOSE A LA

Administracion: Carretas, 12, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AUTORES CONTEMPORÁNEOS,

PUBLICADA

POR LA EMPRESA DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PRECIOS EN MADRID.

DE D. JUAN VALERA.

El Comendador Mendoza.—Un tomo, 8.° mayor frances.— 4 pesetas.

* **Las ilusiones del doctor Faustino.**— Dos tomos en 16.°— 5 pesetas.

* **Pepita Jimenez** (Sétima edicion). —Un tomo en 8.°—Pesetas 2,50.

* **Doña Luz** (Segunda edicion).— Un tomo en 8.°—Pesetas 2,50.

* **Pasarse de listo** (Tercera edicion). —Un tomo en 8.°—Pesetas 2,50.

* **Cuentos y Diálogos** (Primera edicion).—Un tomo en 8.°—Pesetas 2,50.

DE D. JOSÉ SELGAS.

* **Hechos y dichos.**—Un tomo.—3 pesetas.

* **Un Retrato de mujer.**—Un tomo.—2,50 pesetas.

Escenas fantásticas.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

* **El Mundo invisible.**—Un tomo, 8.° mayor.—4 pesetas.

DE D. EMILIO CASTELAR.

Recuerdos de Italia (Segunda parte).—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

La Cuestion de Oriente.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

La Rusia contemporánea.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

DE D. PEDRO A. DE ALARCON.

Amores y amoríos (Historietas en prosa y verso).—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

* **El final de Norma** (Cuarta edicion).—Un tomo en 8.°—3 pesetas.

DE D. RAMON DE CAMPOAMOR.

* **Nuevos poemas y doloras.**—Un tomo en 8.°—4 pesetas.

* **Doloras y cantares** (15.ª edicion, aumentada con muchas *Doloras* nuevas).—Un tomo en 8.°, con el retrato y autógrafo del autor.—7 pesetas.

DE D. ANTONIO DE TRUEBA.

Mari-Santa.—Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

Nuevos cuentos populares.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

De flor en flor.—Un tomo, 8.° mayor frances.—3 pesetas.

DE D.ª MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

Un libro para las damas (estudios acerca de la educacion de la mujer. Segunda edicion). Un tomo, 8.° mayor frances.—4 pesetas.

La Vida íntima.—En la culpa va el castigo.—Un tomo, 8.º mayor frances. — 4 pesetas.

Un libro para las madres.—Un tomo, 8.º mayor frances. — 4 pesetas.

Hija, esposa y madre.—Agotadas las dos primeras partes. — Hay ejemplares de la tercera y última, **La Madre,** con el Apéndice *Hermana.* — Un tomo, 8.º mayor frances. — 4 pesetas.

La Abuela.—Un tomo, 8.º mayor frances. — 4 pesetas.

El Sol de invierno. — Un tomo, 8.º mayor frances. — 4 pesetas.

La Senda de la gloria. — Un tomo, 8.º mayor frances. — 4 pesetas.

* **Las esclavas del deber.** — Un tomo, 8.º mayor.—4 pesetas.

* **Cortesanas ilustres.** — Un tomo, 8.º mayor. — 4 pesetas.

* **La dama elegante,** Manual práctico del buen tono.— Un tomo, 8.º mayor. —4 pesetas.

DE D. RAMON DE MESONERO ROMANOS (*El Curioso Parlante*).

Panorama matritense (Primera serie de las Escenas), 1832 á 1835. — Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Escenas matritenses (Segunda serie), 1836 á 1842. — Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Tipos y caractéres, bocetos de cuadros de costumbres, 1843 á 1862.— Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica, de 1840 á 1841.— Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

El Antiguo Madrid, paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa. — Dos tomos, 8.º mayor frances, con varios grabados. — 8 pesetas.

Memorias de un Setenton, natural y vecino de Madrid.—Dos tomos, 8.º mayor frances. — 6 pesetas.

DE D. CESÁREO FERNANDEZ DURO.

Venturas y desventuras, coleccion de novelas.—Un tomo, 8.º mayor frances.—4 pesetas.

* **Disquisiciones náuticas.** — Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **La Mar descrita por los mareados** (*Más Disquisiciones*).—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos,** libro tercero de las *Disquisiciones náuticas.* — Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **Los Ojos en el cielo,** libro cuarto de las *Disquisiciones náuticas.*—Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **A la mar, madera,** libro v de las *Disquisiciones náuticas.* — Un tomo, 8.º mayor frances. — 6 pesetas.

* **El Arca de Noé,** libro vi de las *Disquisiciones náuticas.* — Un tomo, 8.º mayor frances.—6 pesetas.

* **Memorias Históricas de la Ciudad de Zamora, su provincia y obispado,** tomo i de los *cuatro* de que ha de constar la obra completa.—Un volúmen de 600 páginas, en 4.º —7,50 pesetas.

* **Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado,** tomo ii.—Un volúmen de más de 600 páginas, en 4.º—7,50 pesetas.

DE D. MANUEL DEL PALACIO.

Letra menuda. — Un tomo, 8.º mayor frances.—3 pesetas.

* **Fruta verde.**—Un tomo, 8.º mayor frances.— 3 pesetas.

DE D. EUSEBIO BLASCO.

Malas costumbres. Apuntes de mi tiempo.—Un tomo, 8.º mayor frances. — 3 pesetas.

DE D. ANTONIO FLORES.

* **Ayer, hoy y mañana,** ó *La fe, el vapor y la electricidad.* — Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899. —Seis tomos en 8.º — 3 pesetas cada tomo.

DE D. JOSÉ ORTEGA MUNILLA.

El Tren directo.—Un tomo, 8.º mayor frances.— 3 pesetas.

* **Don Juan Solo.**—Un tomo.—2 pesetas.

* **La Cigarra.**—Un tomo.—2,50 pesetas.

* **Sor Lucila** (segunda parte de *La Cigarra*). — Un tomo. — 2 pesetas.

DE D. A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

* **Guía ilustrada de Madrid,** con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital.—Un tomo, 8.º prolongado.—6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

DE D. JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

El Matrimonio. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Académico Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra. — Edicion reformada. Dos tomos, 8.º mayor frances. — 8 pesetas.

DE D. ANSELMO FUENTES.

Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente. Este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica. — Un tomo, 8.° mayor frances. — 3 pesetas.

DE D.ª FRANCISCA SARASATE.

Un libro para las pollas. — Un tomo, 8.° mayor frances. — 3 pesetas.

DE D. RAMON DE NAVARRETE.

Sueños y realidades. — Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

DE D. NARCISO CAMPILLO.

Una docena de cuentos, con un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

DE D. JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Cuentos. — Un tomo, 8.° mayor frances. — 3 pesetas.

DE D. EDUARDO BUSTILLO.

El Libro azul, novelitas y bocetos de costumbres. — Un tomo, 8.° mayor frances. — 3 pesetas.

DEL DUQUE DE RIVAS.

La Leyenda de Hixem II. — El Capitan Morgan. — Un tomo, 8.° mayor frances. — 3 pesetas.

DE D. E. DUPUY DE LÔME.

De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo. — Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

DE D. JULIO MONREAL.

Cuadros viejos, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII. — Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

DE D. VENTURA HIDALGO.

Adriana de Wolsey, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer.—Un tomo, 8.° mayor frances. — 4 pesetas.

DE D. J. MALDONADO MACANAZ.

* **Principios generales del arte de la colonizacion.** Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos.— Un tomo en 4.° — 6 pesetas.

DE MIGUEL DE CERVÁNTES.

* **El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.** Un tomo en 16.° frances, con más de 700 páginas, de edicion microscópica, propia para viajeros.—Pesetas 7,50.

Várias obras inéditas de Cervántes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro. Un tomo, 8.° mayor frances.—8 pesetas.

DEL PADRE RIVADENEIRA.

* **Vida de la Santísima Vírgen María.**—Edicion diamante, papel de hilo, adornada con un grabado en acero. — 1 peseta.

DEL PADRE GOMEZ RODELES.

* **Vida de Santa Cecilia.** — 1,50 pesetas.

DE SANTA TERESA DE JESUS.

* **Libro de las fundaciones** *que hizo en España Santa Teresa de Jesus*, conforme al original autógrafo. — 4 pesetas.

VARIOS AUTORES.

Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas. Un tomo, 4.° mayor. — 12 pesetas, lujosamente encuadernado.

* **Estudios sobre nacionalidad, naturalizacion y ciudadanía,** por un Secretario de Legacion.— Un tomo, 4.° mayor, de 436 páginas.— 12 pesetas.

* **El Bazar,** revista literaria ilustrada. En las páginas de este ameno periódico hay novelas, poesías y artículos de costumbres, escritos por nuestros primeros poetas y literatos, y multitud de bellos grabados de los más distinguidos artistas nacionales y extranjeros. En su primera parte está impresa la novela *La Fe del amor*, original de *D. Manuel Fernandez y Gonzalez*, y en la segunda se puede leer íntegra la más popular y trascendental novela del insigne *Víctor Hugo*, titulada *Noventa y tres*, con ilustraciones artísticas notabilísimas. — Cuatro tomos, 25 pesetas.

Manual de la Moda Elegante. —Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas (Tercera edicion, revisada y aumentada, con láminas en cromo).— 4 pesetas en rústica, y 5,50 encuadernado.

NOTA.—De todos los títulos de la BIBLIOTECA hay ejemplares encuadernados, con un aumento de 1, 1,50 ó 2 pesetas por volúmen.

OTRA.—Los títulos marcados con * no pertenecen á la BIBLIOTECA, pero pueden adquirirse haciendo á nuestra Administracion el pedido, acompañado del importe en letra ó libranza del giro mútuo.

THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be taken from the Building

MAY 1 2 1978		
MAY 1 8 1978		
MAY 1 8 1978		
APR 1 8 1978		
JAN 2 0 1918		
JAN 2 1 1918		

form 410